

SOLO PARA ADULTOS

ASA AKIRA

Traducción de
Concepción Rodríguez González

Grijalbo

www.megustaleerebooks.com

Para mis padres. Pero, por favor, no lo leáis

Nota de la autora

Empecé este libro con la esperanza de arrojar una luz diferente sobre la industria que tanto adoro. No se puede decir que todos los días sean de vino y rosas, pero me da la sensación de que nunca se ha escuchado la voz sincera y sana de alguien que lo ve desde dentro.

Mientras escribía, el libro se convirtió en algo más. Siempre me he preguntado por qué soy como soy. Me educaron de manera normal. Mis padres son cariñosos, amables, y siempre estuvieron a mi lado. No tengo problemas mentales. ¿Por qué soy tan sexual? ¿Por qué insisto en hacer públicos mis momentos más íntimos?

Debo admitir que no he encontrado la respuesta, pero escribir este libro, por extraño que parezca, me ha hecho sentirme en paz conmigo misma. Al fin y al cabo, creo que mis anhelos sexuales como mujer son normales y que deberían aceptarse como tales en la sociedad. Es asqueroso que un hombre que se folla a mil mujeres sea considerado un donjuán mientras que una mujer que hace lo mismo sea rechazada. No me avergüenza haber trabajado en una mazmorra sadomasoquista, haber hecho striptease, haber sido chica de compañía o, en la actualidad, mantener relaciones sexuales por dinero todos los días. Al contrario, me enorgullezco de mí misma por tener las agallas de concederme lo que deseo.

Todo el mundo ha visto hasta el más pequeño pliegue de mis partes íntimas, pero, aun así, siento que este libro es la aventura que más expuesta me ha dejado hasta el momento. Espero que lo disfrutes.

P. D.: Algunos (aunque no todos) de los nombres que utilizo en este libro han sido cambiados.

La escena perfecta

Rodando y... ¡acción!

Bobby iba a comérselo a Monica. Me quedé detrás de la cámara, observándolo. Tras mirarme con los ojos entrecerrados, Bobby enterró la cara en el coño de Monica y se sacó la polla para acariciársela. Se le estaba poniendo dura por momentos, y mi coño se humedeció al unísono, como si estuviéramos sincronizados. Observé cómo Monica arqueaba la espalda cada vez que Bobby le succionaba el clítoris y la acercaba al orgasmo.

«Vamos, córrete de una puta vez», susurré mentalmente. En cuanto lo hiciera, yo me uniría a ellos.

Ese día interpretaba a una prostituta. Bobby y Monica representaban a una pareja curiosa que me había contratado. Hay algo extrañamente autorreferencial en interpretar a una prostituta en una película porno: me pagaban por representar a una mujer a la que pagaban a cambio de sexo. Y, por supuesto, también por mantener relaciones sexuales. Es algo así como las matrioskas de los trabajadores del sexo.

Mientras el cuerpo de Monica se retorció, me situé delante de la cámara y le cubrí la boca con la mano. Le di una última oportunidad de tomar aliento antes de tapársela bien y empezar a frotarle el clítoris con fuerza mientras Bobby enterraba la polla en ella. No la solté ni dejé de frotarla, a pesar de lo mucho que intentó liberarse. Su orgasmo se mantuvo otros diez segundos, y sus gritos apagados escaparon de vez en cuando entre mis dedos, hasta que le permití que respirara con libertad. Mientras ella se relajaba después de un clímax tan intenso, dejé un reguero de besos desde su rodilla hasta los dedos de los pies, que se flexionaron cuando Bobby rozó el punto justo con su verga.

Bobby tiene una polla genial para el porno. Grande, recta, de color uniforme. En aquel momento brillaba debido a la lubricación vaginal de Monica, tanto que parecía que la chica la estuviera pariendo. Me agaché para chupar el flujo y, mientras volvía a introducirlo en su coño, me escupí en el dedo y lo deslicé

lentamente en su ano. Ella gritó pidiendo más, así que le metí otro. Observé cómo la polla de Bobby entraba y salía de su coño mientras yo introducía los dedos en su culo. Noté la cámara sobre mi hombro, tomando un primer plano del hechizante movimiento.

Hicimos que se corriera de nuevo y aparté a Bobby del plano mientras me encaramaba encima de Monica para besarla. Luego ascendí un poco más para ponerle mi coño en la cara. Pilló la indirecta enseguida y me lo comió hasta que me corrí y me tumbé de espaldas. Consciente de que la cámara enfocaba mi cara, me follé la polla de Bobby con la mirada y me lamí los labios. No me resultó difícil, ya que necesitaba una verga. Me gusta que me coman el coño tanto como a cualquiera, pero cuando hay una polla en acción, es algo así como ir a un asador de carne y pedir pescado.

Como si fuéramos animales hambrientos de sexo, Monica y yo nos turnamos para montar la polla de Bobby durante las tres siguientes posiciones. Al final, mientras Monica volvía a ofrecerle el culo a Bobby, yo me agaché y le lamí el ano a él. A los chicos europeos les gusta eso. Bobby gimió, y supe que estaba a punto de correrse. Seguí lamiéndolo hasta que finalmente alargó el brazo hacia atrás y me agarró del pelo para apartarme de su culo. Cogió a Monica de la cabeza también y nos colocó a ambas de rodillas delante de él para correrse en nuestra cara y en nuestra boca. Mientras el semen se deslizaba por mi rostro, Bobby me agarró del brazo, me llevó hasta el sofá que había al fondo, me inclinó sobre él y me folló hasta que alcancé otro orgasmo. Me dejé caer hasta quedar de rodillas y gateé hasta Monica. Escupí el semen que me quedaba en la boca sobre su coño. Utilicé la rodilla para empujarme la mano e introduje el semen con los dedos dentro de ella. La follé así hasta que se le nublaron los ojos y llegó al clímax una vez más. Nos besuqueamos mientras los ritmos de nuestros corazones se relajaban, y el director gritó: «¡Corten!».

Una vez, muy de tanto en tanto, sucede: la Escena Perfecta. Se consigue cuando todo el mundo, tanto los intérpretes como el personal, tiene la energía completamente sincronizada. Cada posición, cada transición, fluye de manera orgánica. Los actores se pierden en el sexo, aunque son conscientes de la cámara en todo momento; la penetración siempre está visible. La iluminación es impecable, y no hay sombras extrañas ni reflejos incómodos. Sale todo en plan animal, con fluidos por todas partes, sudor, saliva, eyaculación femenina; la energía está presente al cien por cien durante los treinta y cinco minutos, sin cortes. Es posible que surja una posición inventada descabellada, como una tijera invertida contra una escalera de caracol.

Tú sabes que está sucediendo cuando estás más o menos a media escena, y una vez que el tío suelta una buena corrida y la toma acaba, también lo sabe todo el equipo. La excitación en la sala resulta inconfundible, y todo el mundo habla con una voz un poco más aguda que antes de empezar.

—¡La hostia! ¡Una toma de puta madre! —exclamó el director.

—¡Se me ha puesto dura y todo! —bromeó el cámara número dos.

—Esta ha entrado a formar parte de mis diez escenas favoritas —aseguré yo.

Es algo así como si nos hubiéramos metido una primera raya de coca todos juntos: todo el mundo quiere hablar a la vez y se da palmaditas en la espalda para felicitarse por su papel en la producción. Es un subidón, y cuando rodamos una escena, siempre lo buscamos.

Un plató porno es una especie de Las Vegas: lo que ocurre allí, se queda allí. Siempre intento establecer una conexión lo más auténtica posible. Desde el momento en que entro en el plató, hago todo lo que está en mi mano para que la escena sea mejor. Llego a mi hora. Me río de las bromas. Busco en mi compañero de turno algo que me guste, ya sea sentido del humor, un brazo musculoso, un aroma almizclado, cualquier cosa. Cuando empezamos con el sexo, pienso en las cámaras que nos rodean, que graban nuestra relación sexual para que miles de hombres la vean y se masturben.

A riesgo de parecer un tanto melodramática, diré que casi siempre que grabo una escena de sexo me enamoro un poquito. No sé describirlo de otra forma. No me enamoro necesariamente de mi compañero, sino de todo en general. De la situación. Del hecho de saberme observada. De la sensación de estar expuesta. Me enamoro de ser el centro de atención durante esos maravillosos treinta y cinco minutos. Mucha gente dice que desconecta mientras practica el sexo en una película porno; yo hago justo lo contrario. Estoy más presente que nunca. Intento absorberlo todo y dejar que eso me ponga más cachonda. En lugar de insensibilizarme, aprovecho la situación y disfruto todo lo que puedo. El productor ha preparado todo esto para mí: me ha conseguido sexo con uno de los mejores intérpretes del mundo, delante de la cámara; me ha dado la oportunidad de encender al mundo entero... ¿Por qué voy a desconectar? ¿Para qué querría intentar pensar en cualquier cosa que no sea esto? Miro a mis compañeros a los ojos e intento demostrar lo mucho que los deseo. Decirles lo mucho que me gusta cómo me follan. Les demuestro lo ansiosa que estoy por que ellos sientan lo mismo.

Entonces el chico suelta la carga, o la chica se corre en mis dedos una última vez, la cámara corta, nos damos una ducha, recogemos nuestros cheques y disfrutamos del resto del día.

Para mi primera escena, cogí un autobús desde la estación Port Authority de Nueva York hasta la casa de Gina Lynn, en una ciudad amish de Pennsylvania, y trabajé por unos míseros quinientos dólares. Cuando me subí a ese autobús, tenía un plan. Haría películas porno durante un par de años, lo olvidaría, ahorraría dinero y abriría un estudio de yoga.

Han pasado casi seis años y todavía sigo en el negocio. Ahora mismo ni se me pasa por la cabeza dejarlo. Todavía estoy con el «subidón», y no quiero sufrir el bajonazo. El porno me convirtió en la mujer que siempre deseé ser, y todavía lo hace. Ahora me siento más confiada, más poderosa, más segura de mí misma que nunca. Es un trabajo, pero disfruto haciéndolo todos los días. No hay ninguna otra cosa que prefiera hacer. Me encantaría poder congelar el tiempo y vivir este momento para siempre. Sé que el reloj no se detiene. Sé que pronto seré demasiado vieja para este negocio y que tendré que dedicarme a otra cosa.

La legendaria actriz porno Julia Ann, que probablemente lleva en este negocio más tiempo del que yo llevo follando, me contó una vez una historia que jamás olvidaré.

—Estaba viendo una entrevista que me habían hecho diez años antes. Era una grabación de lo que ocurría entre bastidores.

—Ajá.

—Me volví hacia mi compañera de reparto, Janine, y le dije: «Si sigo haciendo porno a los treinta, ¡soy una puta fracasada!». Nos echamos a reír.

En la actualidad, Julia Ann tiene cuarenta y cuatro años. Ha conseguido éxito en otras empresas. Es una famosa maquilladora y dirige su propio negocio de rescate de animales. Seguramente tiene más que suficiente para retirarse.

Pero no ha dejado el porno.

En ese sentido, siento que me parezco mucho a ella.

2

De putas

Me he prostituido dos veces. Bueno, técnicamente son tres, pero dos fueron con el mismo tío.

Así que no sé si cuenta.

La primera vez fui con Laila. Ella acababa de salir de una larga relación absorbente, y era como si de pronto se hubiera lanzado de cabeza al negocio de las chicas de compañía a modo de venganza. Incluso tenía un teléfono personal y otro para los negocios y todo eso. El mes anterior, siempre que le escribía un mensaje de texto, Laila estaba de camino al trabajo o acababa de salir de un trabajo.

—Este tío, Frederick, el de Malibú, no ha dejado de preguntarme por ti. Está forrado, chica.

Estábamos tumbadas la una al lado de la otra en la sauna del spa coreano del barrio, relajándonos tras una triple escena anal.

El spa coreano era nuestro refugio secreto. Nadie del porno lo conocía, y en su peor día estaba lleno de amas de casa rusas y coreanas que nunca molestaban. Ese día en particular era entre semana, y en la sauna no había nadie salvo nosotras. De todas formas, habría dado igual que hubiera gente a nuestro alrededor. Laila habla muy alto, es grosera y le importa una mierda la gente. Esa misma mañana había vociferado sin el menor reparo en un Starbucks lleno hasta la bandera: «Que le den por culo al Imodium; yo bebo café antes del sexo anal».

Normal.

Es inevitable. Solo puedes enseñarle el interior de tu culo al mundo durante cierto tiempo antes de quedarte sin filtro.

Me pregunté por qué me había mencionado a ese tío. Ella sabía que no estaba metida en el negocio de las chicas de compañía. Ese tal Frederick-de-Malibú era famoso por liarse con chicas del porno, un súper pez gordo de una enorme

compañía comercial familiar.

—Ya me han hablado de él otras veces. Parece asqueroso. —Era cierto. Había intentado llegar hasta mí a través de otras chicas desde mis primeros días en la industria del porno—. Ni hablar.

—Es de lo más agradable, y nada asqueroso en absoluto. Te pagará lo que quieras.

—Dile que quiero cinco mil dólares por media hora.

Pensaba que era un precio ridículo que nadie estaría dispuesto a pagar.

Me cubrí la cara con una toalla húmeda y seguimos criticando a la supuesta chica nueva de nuestra agencia. Spiegler tenía pensado coger a una chica nueva asiática. En esos momentos, Laila y yo éramos las únicas asiáticas en su nómina. Y queríamos que la cosa siguiera así. Él solo representaba a veinticinco chicas, y si tres de ellas eran asiáticas, se rebajaría mucho nuestro mercado.

Esa misma noche, Laila me escribió un mensaje de texto.

«Acepta. ¿Cuándo puedes hacerlo?»

No tenía ni la más mínima idea de cómo funcionaba el mundo de la prostitución, pero como me sentía impulsiva, intrigada y debo admitir que bastante aburrida, accedí a quedar con Frederick-de-Malibú durante media hora la noche siguiente, con una condición: que Laila me acompañara. No me suponía un problema moral ejercer de chica de compañía, pero sentía un miedo irracional (¿de verdad es irracional?) ante la posibilidad de que me mataran. Dos chicas podían hacerse con un tío, ¿verdad? Además, la opción de conseguir lo que me pagaban por realizar una doble penetración (una polla en el culo y otra en el coño) en apenas treinta minutos (y sin meterme nada en el culo) resultaba demasiado tentadora. Eso era lo que duraba el episodio de un programa de televisión. Ni siquiera eso, si el programa era de la HBO o de Showtime. Me convencí de que debía intentarlo.

Laila me recogió con su coche.

—Tía, está chupado. Al final te preguntarás por qué no has hecho esto antes.

—No sé. ¿Y si intenta hacernos algo? Me he traído uno de esos aerosoles de protección Mace. Pero es rosa, joder, y nunca lo he usado. ¿Esas cosas tienen fecha

de caducidad?

—Cállate ya, anda. Vamos a ir allí, practicaremos sexo con condón durante diez minutos, nos daremos una ducha y nos largaremos. Va a ser el dinero más fácil que hayas conseguido en tu vida.

Sexo con condón. Mierda. Me había obsesionado tanto buscando formas de mantener el aerosol al alcance de la mano que se me había olvidado por completo coger condones. Regla número uno de una chica trabajadora: Lleva-los-putos-condones.

Todavía no habíamos llegado y ya tenía un strike en mi partido de prostitución.

Por suerte, Laila estaba mucho más preparada que yo. Llegamos al hotel, le entregamos el coche al aparcacoches y nos subimos en un lujoso ascensor que nos llevó hasta la habitación. Fue entonces cuando todo aquel asunto empezó a parecerme real. O, más bien, surrealista. Se me pasaron por la cabeza un millón de ideas. La principal era que si alguien nos reconocía, sabría sin la menor duda lo que íbamos a hacer. Y lo contaría en internet. O peor aún: llamaría a la policía. Agaché la cabeza todo lo posible sin llegar a parecer demasiado rarita y maldije en silencio a Laila por hablar tan alto. Mientras avanzábamos por el pasillo, reconocí los espejos que había en la pared, ya que los había visto en las fotos tomadas con el móvil que aparecían en el perfil de twitter de varias chicas.

Cuando Frederick abrió la puerta, lo primero que me chocó fue ver que era negro. Había oído hablar de ese tío durante años y siempre me lo había imaginado blanco. En realidad, me daba lo mismo, pero tuve esa extraña sensación que se experimenta cuando coges un vaso pensando que es agua y, cuando el líquido llega a tu lengua, te das cuenta de que es Coca-Cola. De pronto, todo lo que daba por sentado un segundo antes resultaba cuestionable.

Frederick llevaba puesta una bata blanca, y supuse que debajo estaba desnudo. Era mucho más atractivo de lo que me había imaginado. Guapo, incluso. Y no era viejo.

No era joven, pero tampoco viejo.

Sonrió y dejó al descubierto una boca llena de preciosos y carísimos dientes blancos.

—Estaba deseando conocerte. Pasad.

Cuando entramos en la habitación, vi que en la televisión aparecía una película mía. En ella, iba vestida con la versión porno de un uniforme escolar, y me follaba al profesor para conseguir créditos extra. Justo en ese instante me di cuenta de lo horrible que se veía mi piel en esa pantalla enorme.

Empecé a arrepentirme de haber ido.

—Os he dejado unos disfraces en el baño, chicas —dijo Frederick.

Era evidente que Laila estaba mucho más cómoda que yo, ya que se sentó en el suelo frente al minibar como si estuviera en su casa. Se sirvió una copa y luego entramos en el cuarto de baño. Tal y como nos había dicho, Frederick había dejado cuatro uniformes escolares sobre de la encimera para que eligiéramos. Parecían recién salidos de la lavandería, pero estaba claro que no eran nuevos. ¿Qué chicas se habrían puesto esos disfraces antes que yo? Seguro que conocía a unas cuantas.

Me decidí por una blusa corta que dejaba mi abdomen a la vista y una falda de tablas a cuadros rojos que iba con una corbata a juego. Opté por los calcetines gordos holgados estilo japonés en lugar de por las medias hasta la rodilla. Laila eligió un traje similar en color azul, pero se decidió por las medias. Después de vestirse en silencio, Laila me dio la mano. Salimos del baño así, cogidas de la mano. Nunca llegué a preguntarle si lo hizo para tranquilizarme o como parte de la actuación. En cualquier caso, fue muy dulce.

La película todavía estaba en pantalla, pero ya no era mi escena.

—¿Quería vernos, profesor? ¿Es por nuestra impuntualidad?

Laila es una profesional de la hostia.

—Espero que no nos haya llamado para castigarnos. En realidad somos muy buenas chicas.

Me quedé asombrada al escuchar cómo mi propia voz se adaptaba al papel.

El diálogo interno que sonaba dentro de mi cabeza era muy diferente. «Mierda, me he dejado el aerosol en el baño. ¿Qué tipo de profesor se viste con una puta bata? Esto está muy trillado. Tal vez no sea demasiado tarde para coger el espray. Podría decir que tengo que hacer pis.»

—Quizá el profesor pueda enseñarnos a alcanzar nuestro máximo potencial.
—De mi boca salieron unas palabras que debían de haberse grabado a fuego en mi cerebro después de todas las escenas de colegialas que había tenido que grabar a lo largo de los años.

—Sois buenas chicas. El profesor os mostrará cómo conseguir algunos créditos adicionales.

En ese momento me di cuenta de que a la gente le gusta de verdad ese viejo y trillado topicazo de las películas porno. Cada vez que ruedo una escena colegiala-profesor, me quedo flipada al ver que los guiones no cambian jamás. No obstante, ver lo metido que estaba Frederick en la escena me relajó. Seguramente no necesitaría mi espray.

Deseé que mi falta de entusiasmo no resultara demasiado evidente.

Nos inclinamos sobre la televisión y le enseñamos el culo.

—¿Así, profesor?

—¿Así es como lo quiere? ¿Esto le pone la polla dura al profesor?

—¿Por qué no os besáis, chicas? Dadle un buen espectáculo al profesor.

Frederick se sentó en el sofá y empezó a acariciarse la verga mientras nos miraba. La tenía dura como una piedra. No podía creerme que la ñoñería de enseñarle el culo estuviera funcionando.

Sin apartar la vista de Frederick, besé a Laila mientras le tocaba el coño. Por la forma en que cambió la respiración del hombre supe que eso lo había vuelto loco.

Y de repente caí en la cuenta: allí estábamos nosotras, dos chicas con las que se la había cascado durante años. Estábamos haciendo realidad la fantasía de aquel tipo. A sus ojos, no podíamos hacer nada mal. Todos nuestros movimientos le parecían sexis. Llevaba esperando aquello desde quién sabe cuándo. Nos tenía en un pedestal.

Estaba tan obsesionado conmigo que había accedido a pagar para pasar treinta miserables minutos a mi lado.

Me sentí como una diva.

Empecé a disfrutar de aquello.

Al más puro estilo porno, como si fuera algo natural para nosotras, Laila y yo nos pusimos de rodillas al mismo tiempo y empezamos a gatear hacia él, hacia el sofá. Me metí su polla en la boca mientras ella se encargaba de las pelotas. Pensé en cuántas veces se habría corrido imaginándose ese momento.

Muchas veces pienso en el hombre que está al otro lado de la pantalla mientras hago una mamada. Si no me hace mucha gracia el compañero de turno, sé que puedo concentrarme en el tío que está en casa mirándome, masturbándose para echármelo encima. En aquel preciso instante, la parte favorita de mi trabajo se había hecho realidad.

«Profesor, quiero ser su alumna preferida.»

Para cuando Frederick se puso el condón y me metió la polla, ya estaba muy mojada. Grité para él como lo hacía en las películas. Moví el culo. Laila y yo nos dimos unos cuantos cachetes, igual que habíamos hecho tantas veces antes delante de la cámara. Solo que ese día teníamos público en directo.

Tal y como Laila había dicho, una vez que empezamos a follar apenas duró diez minutos. Como ocurría en la escena que él había estado viendo, se corrió en nuestra cara. Fuimos al baño, nos duchamos por turnos, recogimos nuestro dinero y nos fuimos.

Ella tenía razón. Había sido el dinero más fácil que había conseguido en mi vida.

Volví a ver a Frederick otra vez al día siguiente, pero sola. El escenario fue similar, aunque sin Laila. La secuela fue bastante decepcionante. Quizá porque estaba sola... o tal vez porque la emoción de la novedad se había apagado. Quizá porque quiso que me pusiera el mismo uniforme que el día anterior, y no lo habían limpiado. O tal vez porque me pidió que folláramos sin condón, lo que me recordó cuántas chicas en este negocio se follan a sus clientes a pelo. Eso me entristeció. Me quitó las ganas. Nunca volví a verlo. Todavía me envía mensajes de vez en cuando, pero nunca contesto. ¿Para qué? La chispa que sentí en nuestro primer encuentro ha desaparecido. Le di demasiada importancia a aquel tío. Strike dos.

No me sentía mal por el trabajito, pero no quería hacerlo de nuevo, así que le dije a Laila que lo de acompañante no era lo mío. Por eso la siguiente vez que mencionó a un cliente sonreí y contesté: «Dile que quiero diez de los grandes».

Bromeaba. Jamás pensé que alguien estuviera dispuesto a pagar tanto a cambio de sexo.

Pero Joe lo hizo.

Acordamos que me reuniría con él para cenar. Si me sentía incómoda en algún momento, me marcharía con mil dólares. Si lo acompañaba a casa, conseguiría diez mil dólares en efectivo. Las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina. Era una oferta que no podía rechazar.

—Veo unas cinco horas de porno al día —me confesó Joe durante la cena, y esa brutal sinceridad me cautivó.

La mayoría de la gente pensaría que ese es el tipo de información que te callas en una primera cita. Pero, claro, aquello no era una cita.

Al igual que Frederick, era bastante guapo. Era el tipo de tío que aparece en los documentales biográficos que me molan. Tenía pinta de cerebritito y de inadaptado social; y, aunque no soy psicóloga, me parecía que podía estar dentro del rango del Asperger. Después de cenar estaba más que entusiasmada con la idea de ir a su casa. Nos quedamos toda la noche despiertos, hablando. Joe era listo, y me dio la sensación de que podría escucharlo toda la eternidad. Era el tipo de hombre del que podría aprender algo de verdad. Le dije que solo me había prostituido una vez (una verdad a medias), y nos entusiasmamos tanto con la conversación que no empezamos a follar hasta las cinco de la madrugada.

Creo que lo que me hechizó fue el aire de «amor verdadero» que tenía todo aquello.

Después del sexo dormimos un rato. Más tarde salimos a desayunar y, cuando acabamos, cogí el coche para irme a casa. No me lo quitaba de la cabeza: me sentía fascinada por él, por su cerebro, por todo lo ocurrido. Idealicé la situación, fantaseé con la posibilidad de que él fuera mi héroe salvador.

La semana siguiente era Navidad, así que no tenía rodajes a la vista. Joe me llevó de viaje en primera a Hawái. Todo era de primera categoría. El hotel, la suite, las limusinas, todo. No dejó de trabajar desde su ordenador durante el tiempo que estuvimos allí, pero alquiló un reservado con dosel para mí en la piscina. Me tumbaba a tomar el sol, paseaba, exploraba el complejo del hotel e iba de compras con su dinero mientras él trabajaba todo el día. Luego nos reuníamos para cenar, follábamos y nos quedábamos hablando hasta la madrugada. Era perfecto.

La última noche dimos un paseo por la playa después de disfrutar de otra lujosa cena.

—¿Cuánto tiempo más quieres seguir con el porno?

Allí estaba. La pregunta inevitable. La pregunta que puede traducirse de la siguiente manera: «No digo que sea ahora, pero con el tiempo te pediré que dejes el trabajo por mí». Todos los tíos con los que he salido me la han hecho al final; la cuestión no es si la harán o no, sino cuándo.

Imaginé cómo sería mi vida si me quedaba con aquel tío. ¿Podría renunciar de verdad a la vida que llevaba? Claro que sí, él era rico. Seguramente no tendría que volver a trabajar nunca más. Sin embargo, sabía cómo acabaría la cosa. Ya había vivido esa situación antes. El primer paso sería pedirme que le hiciera promesas a largo plazo que, en el fondo de mi alma, sabía que no podría mantener. Y luego, después de un tiempo, recuperaría el juicio y me daría cuenta de que no estaba dispuesta a renunciar al trabajo de mis sueños. Discutiríamos, nos comprometeríamos a cosas y al final nos daríamos cuenta de que nuestra relación jamás podría funcionar, porque lo cierto es que necesito hacer lo que me hace feliz, y eso es el porno. Tomaríamos caminos separados y no volveríamos a hablar nunca más.

Esa noche no follamos. Apenas le había dirigido la palabra después de la preguntita. Él sabía lo que significaba mi silencio. Al día siguiente cogimos un vuelo de vuelta a Los Ángeles. Nos despedimos con torpeza en el aeropuerto, y supe que lo más seguro era que jamás volviera a hablar con él.

En el taxi que me llevó a casa, la primera canción que sonó en mi iPod fue «Ho», de Ludacris. Menuda mierda. Entonces recordé algo que mi amigo Sebastian me dijo hacía mucho tiempo.

«No pagas a una prostituta para que venga; le pagas para que se vaya.»

Fui la peor fulana del mundo. No me marché. En absoluto. Hice todo lo contrario. Fui una y otra vez. Me involucré a nivel sentimental e intenté encontrar algo donde no lo había. Strike tres.

Carta a mamá

2 de agosto de 2008

Querida mamá:

¡California es genial! El clima es agradable. Bueno, estamos en agosto, así que es lo normal, pero cuando llegué aquí hace cinco meses ya tomaba el sol junto a la piscina de la urbanización todos los días. Aquí vivimos cinco en total; la agencia, que se llama Goldstar Modeling, tiene una casa que las chicas de fuera pueden utilizar.

Las demás son de distintos lugares, como Ohio y Michigan. Hay un par de ellas que me hacen pensar que no debo perder de vista mis cosas, pero en general ¡todo el mundo es guay!

Por lo que he visto hasta ahora, el estereotipo de la típica estrella del porno... es bastante acertado. Aunque también totalmente falso. Lo que quiero decir es que sin duda hay chicas enganchadas a las drogas, chicas que han sufrido abusos por parte de algún miembro de su familia, y chicas que se han metido en el negocio porque sus novios, también conocidos como «chulos de maleta», querían que lo hicieran. Pero esas son solo la mitad; también hay chicas con carrera, chicas feministas y chicas cuyo entorno es totalmente normal. Mi agente me ha dicho que las del primer grupo no duran mucho; son las chicas del segundo grupo las que aguantan varios años. (Eso me da seguridad.)

Hay una chica aquí, Devon, que es de Detroit. También es nueva. Un día estaba a punto de ir al supermercado, que está a unos diez minutos andando, y ella me pidió que le comprara un sándwich. Eso me molestó un poco, así que le pregunté: «¿Por qué no vienes conmigo?».

Y ella me respondió: «No, no puedo andar mucho».

Y yo le dije: «No se tardan ni diez minutos. Venga, no seas vaga... será como una mini sesión de ejercicio».

Entonces ella me contestó: «Desde que me dispararon me duele cuando camino cuesta arriba».

(El camino de vuelta es bastante empinado.)

Le pregunté cuándo le habían disparado. Pensé... ¿Detroit? En el gueto, ¿verdad? Seguramente un caso de violencia doméstica, o algo relacionado con drogas.

«Me metí en una pelea por una plaza de aparcamiento y el tío me pegó un tiro en cada rodilla», respondió.

La hostia, mamá... ¡No podía creer lo que estaba oyendo! ¿Quién dispara a alguien, y varias veces, por una plaza de aparcamiento?

Está claro que es cierto que esa ciudad está abarrotada.

Mi primera semana aquí fue bastante frenética. El mismo día que llegué, mi agente me recogió en el aeropuerto y me llevó directo a un fotógrafo que me hizo las fotos para la página web de la agencia. Mi agente es bastante rarito. Sé que es legal porque fue Gina Lynn quien me lo recomendó; también es su representante y ella es una de las estrellas más importantes de por aquí, pero... Me parece que no voy a creer todo lo que me diga.

Al día siguiente, antes incluso de que salieran mis fotos, me reuní con el dueño de una compañía llamada Vouyer Media, ¡y me ofreció un contrato en exclusiva para mis primeras películas! Es una compañía gonzo. Verás, mamá, en el porno existen dos clases de producciones: el porno gonzo y el porno argumental. En el gonzo, las películas se centran en el sexo: nada de diálogos, de arreglos ni escenarios. El cámara se mueve alrededor de la gente que mantiene relaciones sexuales para obtener tomas muy cercanas de la penetración y todo eso.

El porno argumental es totalmente diferente. Se considera «más elegante»; las películas son como las normales, pero con escenas de sexo. Hay días adicionales de rodaje en los que solo se graban diálogos, y el proceso es largo y tedioso. Además, el sexo suele ser más suave y la cámara, por lo general, está en un trípode o un brazo de grúa, a una distancia segura de la escena de sexo en sí. Su comercialización está más dirigida hacia parejas y mujeres.

Así pues, mis primeras cinco películas fueron con Vouyer Media. Ya han salido todas; las producciones gonzo van muy rápido. Se tarda un día, unas ocho horas, en rodar una escena. El día de trabajo comienza sobre las nueve de la mañana, en la silla de maquillaje. Después de eso, grabamos lo que se conoce como «chicas bonitas», que básicamente son fotos mías a solas. Empiezo con la ropa de ese día: un disfraz de médico, un uniforme de colegiala, traje de oficina, etcétera... Luego me la quito para enseñar el conjunto de lencería y al final me quedo desnuda, momento en el que toman primeros planos de partes íntimas. Sobre la una del mediodía, vuelvo a ponerme la lencería y el disfraz y empezamos a grabar el «calentamiento», que es como un striptease o vídeo «presexo» que se edita hasta un total de cuatro minutos. Tardamos en grabarlo sobre una hora, hasta las dos, que es cuando llega el protagonista masculino. Nos hacen fotos en tres o cuatro posiciones sexuales. Alrededor de las tres, por lo general ya estamos listos para grabar el vídeo de sexo, que dura unos treinta minutos. Casi siempre estoy en la puerta de casa, ya duchada y todo, sobre las cinco de la tarde.

En mi segundo mes de rodaje, sin embargo, ocurrió algo bastante jodido. ¿Estás sentada? Si no es así, siéntate. Estoy segura de que esto te va a parecer algo horrible, pero te prometo que no es para tanto. En realidad, es algo así como pillar un resfriado. Verás, mamá, tuve una infección de clamidias. Pero ¡es curable! Solo hay que tomarse unas pastillas y desaparece. Sin embargo, cuando me lo dijeron me quedé destrozada. Por Dios... ¡es una enfermedad de transmisión sexual! ¡Qué asco! No se lo digas a ninguno de mis amigos, y tampoco a los tuyos, ¿vale? Tampoco se lo digas a papá. No se lo digas a nadie, y punto. Aquí tenemos un sistema de análisis, y todo el mundo en el porno lo utiliza. Todas las productoras exigen un análisis que no tenga más de treinta días (en algunas, el análisis debe tener menos de dos semanas) para rodar una escena. Está bastante bien... Al principio ni siquiera podía ver cómo me insertaban la aguja en el brazo, pero ahora apenas noto cuando me la clavan. Bueno, a lo que iba: estaba en la playa con Jenna (otra de las chicas que vive en mi casa), cuando me llamaron. El identificador de llamadas me dijo que era una llamada del laboratorio de análisis, y Jenna me comentó enseguida que era una mala señal, que nunca te llaman a menos que tengan malas noticias.

«Hola, ¿eres Asa?»

«Sí, ¿está todo bien?»

«Tengo que darte malas noticias, cielo. Se trata de tu análisis. Ha dado positivo para clamidias.»

Mamá, te juro que en ese momento todo se volvió negro. Sé que es lo que cuentan en los libros, las películas y todo ese rollo, pero a mí me pasó de verdad. Sentí que estaba a punto de desmayarme (aunque no lo hice), y Jenna tuvo que llamar a nuestro agente por mí. Creo que hasta me quedé sorda durante un par de minutos.

El caso es que Jenna me llevó al laboratorio, tomé la medicación allí mismo, me hicieron un nuevo análisis una semana después y volví a estar lista para rodar.

No recuerdo muy bien mis primeras escenas. Una de ellas era para una película llamada Make me Creamy, que traducido es algo así como «Ponme cremosa», y te aseguro que la película no va de tartas. ¿Sabes en qué consiste? Pues es cuando el tío eyacula dentro de la vagina de la chica. Creo que no voy a hacer más escenas como esa. No es que me arrepienta, pero... no quiero tener el semen de según qué tíos dentro de mí, ¿entiendes?

Hasta el momento, desde aquellas cinco películas iniciales que rodé con Voyeur Media, he grabado unas cincuenta películas para diferentes compañías. Parecen muchas, ahora que lo pienso. Creo que me gustan más las películas gonzo... me parece que el sexo duro es lo que se me da mejor, ¿sabes? En eso de actuar necesito más práctica.

Ah, ¿y quieres saber algo realmente extraño? Los chicos negros del porno no se quitan los zapatos durante el sexo. Cuando tienen que empezar la escena desnudos, entran al plató en pelotas, pero con los zapatos puestos. Y si inician la escena vestidos, se quitan los zapatos para retirar los pantalones y LUEGO VUELVEN A PONÉRSELOS. Y solo lo hacen los chicos negros. Voy a llegar al fondo de este asunto antes de dejar el negocio.

Mmm, ¿qué más he aprendido?... He descubierto que cuando estoy con la regla puedo cortar un trocito de la esponja de maquillaje, introducirlo en el fondo de la vagina y ¡practicar sexo limpio y sin rastro de sangre! Solo tengo que asegurarme de sacarlo después de cada toma... Una vez se me olvidó quitarme la esponja y cuando la saqué dos días después olía fatal.

Mamá, creo de verdad que he encontrado mi vocación. Sé que no es lo que querías oír... Sé que parece algo absurdo. Pero cuanto más me dedico a esto, más me doy cuenta de que es justo aquí donde quiero estar. Espero que puedas alegrarte por mí.

¡Escríbeme pronto!

Iré a casa en cuanto me sea posible.

Te quiere,

ASA

Haiku

*Home from Trader Joe's,
Was it there for that whole time?
Dried cum on my chin.*

Regreso de ver a Joe.
¿Estuvo ahí todo el tiempo?
Semen seco en mi barbilla.

Envidia de pene

Ruby y yo repasábamos el guión mientras estábamos sentadas en el suelo de Studio E. Estábamos rodando una escena lésbica para *BigTitsAtWork.com*, que traducido sería algo así como «TetasGrandesEnElTrabajo.com».

«¿Qué? ¿No piensa decir nada sobre mis tetas, señorita Akira?»

«Bueno, creo que eso sería de lo más inapropiado, jefa.»

«Vale, si lo que insinúa es que le estoy impidiendo trabajar y que quiere que quite las tetas de en medio, tendrá que hacerlo usted misma.»

«No estoy segura de si eso sería correcto.»

«Escuche. Si quiere conservar su trabajo, hará lo que le diga. Ahora cierre la puerta y sea buena chica.»

Los guiones para estas escenas nunca cambian mucho. El vestuario consiste siempre en una falda de tubo, medias y una camisa demasiado desabotonada para llevarla en una oficina de verdad. Siempre hay un jefe y un empleado. El empleado generalmente corre el riesgo de perder su trabajo.

El sexo, puesto que trabajábamos para una página web centrada en las tetas grandes en el trabajo, incluía un montón de juego con las tetas y posiciones en las que estas quedaban bien a la vista. Siempre que grabo algo para esta página me siento bastante tonta, ya que mis pechos no son especialmente grandes; no puedo evitar pensar en los espectadores en su casa, preguntándose qué hago yo allí. Por alguna razón, me imagino a una pareja británica contemplando la escena. El hombre exclama con el típico acento inglés: «Mira, esa chica apenas tiene una copa C. ¿Qué diantres hace ahí?». «¿Quién se cree que es?», responde su esposa con el mismo acento británico. «¿De verdad piensa que tiene los pechos grandes? ¡Menuda desfachatez!»

Después, la pareja brinda con su copa de vino y se ríe un buen rato a mi costa.

Mientras Ruby y yo volvíamos a repasar nuestras líneas, Brent entró como una exhalación. Era el director de esta elegante página web.

—¡Están rodando una escena gay ahí al lado, en Studio D! —soltó de repente.

Su reacción no era exagerada en absoluto. El lado gay y el hetero del porno rara vez se cruzan y, para nosotros, en la variante hetero, la otra faceta era un reino misterioso del que no sabíamos nada. Que en el estudio de al lado se rodara una escena gay era como ganar el puñetero sorteo de la lotería.

Todos habíamos oído rumores sobre el otro lado.

«No se hacen análisis todos los meses, como nosotros. Se limitan a utilizar condón.»

«El setenta y cinco por ciento de ellos son seropositivos.»

«Me han dicho que casi todos son hetero, que solo graban porno gay por la pasta. Ven porno hetero en el móvil para que se les ponga dura y luego graban dos minutos de sexo cada vez. Solo pueden mantener la polla dura durante ese tiempo.»

Apenas podía contenerme. Me levanté a toda prisa del suelo y corrí hacia la puerta. No había nadie fuera de su estudio, ni siquiera fumándose el típico cigarro del descanso. Corrí de nuevo hasta Brent.

—¿Cómo lo sabes? ¿Dónde están? ¿Has visto la grabación con tus propios ojos? —No me salían las preguntas lo bastante rápido.

—Fui a pagarle a Laura la tasa del estudio y allí estaban. ¡Rocky está rodando su primera escena anal!

¿Qué? Todo cambió en un momento. Rocky, al que yo conocía como Luke, era mi ex novio. Incluso estuvimos prometidos durante un par de meses. Sabía que ahora rodaba escenas gay, pero nunca lo había hecho tan cerca de mí. La situación pasó de «bombazo» a «rarita» en un abrir y cerrar de ojos.

Luke siempre había negado ser gay cuando estábamos juntos, pero le gustaba que lo follaran por detrás con una polla de arnés. En realidad, fue eso lo que me atrajo de él en primer lugar. Supongo que su aspecto físico no dejaba claro a qué bando pertenecía. Alto, musculoso, no del todo guapo pero pasable como tío atractivo en general. Trabajamos juntos en una película y nos dimos el número al

terminar. En aquel momento desconocía su fetiche, y en realidad no había pensado llamarlo nunca. Supongo que solo quería ser amable con él. Luke era demasiado «delicado», justo lo opuesto a lo que me gusta. Siempre recién afeitado, con manicura y bronceado perfectos. La autenticidad de su nariz era cuestionable, y saltaba a la vista que sus dientes eran demasiado blancos para ser naturales. Sus orígenes eran los de un buen chico de campo de Carolina del Norte, de hablar suave y buenos modales. No me «exigía» nada, lo cual es algo que suelo necesitar de los hombres.

Jamás me ha atraído un hombre que no sea extraordinariamente masculino. Cosas como el vello corporal, la ropa mal emparejada y una mesa desordenada se encuentran entre los «pros» de mi lista. Me ponen los hombres que se comportan como hombres; la nueva raza de «metrossexuales», con la cara llena de Botox y el pelo teñido, no me dicen nada.

De hecho, las chicas que en mi opinión están más buenas son aquellas que parecen tíos. Con el pelo corto y las tetas aplastadas bajo una camiseta blanca de tirantes... no hay nada más erótico que una chica que se comporta como un tío. Ese derroche de energía masculina que utilizan para compensar es de lo más sexy.

A menudo me pregunto si eso solo significa que soy hetero.

Lo cierto es que las mujeres me resultan de lo más intimidantes. Cuando veo a una mujer guapa, siempre pienso que me mirará con cara de asco si me acerco a ella. «¿No te parece que estás un poco fuera de lugar?», me dice en mi imaginación mientras se ríe y llama a una de sus amigas para burlarse de mí.

Las mujeres son hermosas, y me encanta darles placer. Muchas veces, durante una escena lésbica, convierto el sexo en una competición. Me encanta ver lo bien que se me da darle placer, cuántas veces hago que se corra. Intento sincronizarnos para que ambas cabalgemos la misma ola sexual. Cuanto más se resiste, más divertido resulta el juego.

Follarse a una mujer es agradable, pero es algo así como el puré de patatas, el delicioso acompañamiento que hay a un lado del plato. El plato principal tiene que ser un hombre. Creo que no podría salir con una mujer, ni sentir una profunda conexión emocional con una chica con la que esté manteniendo relaciones sexuales. Siempre que me preguntan cuál es mi «tipo» de mujer, doy diferentes respuestas.

«Delgada con tetas grandes.»

«Cuanto más robusta, mejor.»

«Las adolescentes puertorriqueñas de culo gordo.»

No sé por qué siento esa inmensa tentación de dar una respuesta falsa, cuando la verdad es que mi respuesta es: «No tengo un tipo. Me gusta cualquier chica a la que le guste yo».

Después de intercambiar los números de teléfono, Luke me enviaba mensajes sin parar. Solo contestaba cuando estaba aburrida: respuestas cortas, pero suficientes para mantener su interés. Que alguien que no te interesa te envíe mensajes es lo más deprimente del mundo. Por supuesto, siempre puedes decirle que no te va, o ignorarlo hasta que deje de escribir. Pero la verdad es que en el fondo te gusta la atención. Siempre conservo cerca a un grupo de al menos tres chicos a los que mantengo interesados para que me suban la moral de vez en cuando, a pesar de que sé que jamás les daré una oportunidad. Puede que sea una cuestión de inseguridad, pero... sea lo que sea, funciona.

Pasaron los meses y él no dejó de enviarme mensajes. Mi teléfono sonó un día justo cuando iba a entrar a una cabina de bronceado. Bajé la vista. Era Luke. Otra vez. Abrí el mensaje pensando en lo pesado que era.

«¿Te gustaría utilizar una polla de arnés con un tío?»

El mensaje me pilló desprevenida. Respondí antes de entrar a la cabina.

«Sí, ¿y a ti?»

«He visto una portada en la que apareces con una enorme polla negra de arnés. Me gusta eso. Pero no delante de cámara.»

Vaya. Al final ese tío empezaba a interesarme. Nunca pensé que ocurriría. En ese momento todo cobró sentido: por eso estaba tan desesperado. Era un puto sumiso.

«Eso me pone :)»

Nunca me había puesto una polla de arnés en mi vida personal. Para trabajar sí... pero nunca solo por diversión. Me sentía intrigada.

«Envíame tu dirección. Iré esta noche a violarte. Será mejor que estés

preparado. Si te cagas en mi polla, me largo.»

Era una cita.

La última vez que me había follado a un tío con una polla de arnés fue en una escena de Strap Attack 7 («El ataque de la correa 7»). Jeremy era sumiso en la vida real y estaba deseando que yo le diera por detrás. Era algo que yo jamás había hecho delante de la cámara, pero sí muchas veces en las mazmorras... así que asumí que sería fácil. Me equivocaba.

«Ábrete para mí, Asa. No puedo ver la penetración.»

«Mueve la mano, le estás tapando el culo.»

«Intenta equilibrar la pierna izquierda para que tus caderas se abran. No puedo ver el dildo.»

«Con energía, Asa. ¡Necesito más energía!»

Al final del rodaje, me ardían las piernas. Tuve que cortar la escena al menos cinco veces para descansar. Hago ejercicio todos los días, como alimentos saludables y no bebo alcohol ni tomo drogas. Ser el hombre de la escena cansaba mucho más de lo que me había imaginado. Sudaba a chorros a causa de las embestidas constantes, y me dolía la espalda por las incomodísimas posiciones que debía mantener para que la cámara pillara la acción. ¿Los tíos tienen que hacer todo eso y además mantener la polla dura? Ese día, mi respeto por los intérpretes masculinos se incrementó bastante. En nuestros peores días, las chicas podemos embadurnarnos de lubricante, tumbarnos y dejarnos hacer. La escena saldrá bien siempre y cuando logremos mantener unas cuantas posturas y soltemos de vez en cuando las típicas frases: «Noto tu polla durísima dentro de mí» o «Mi coño se ha empapado al verte».

Aquella escena me vino bien: fue aleccionadora e instructiva a la vez.

A nivel personal, no me gusta que me follen con una polla de arnés. Lo cierto es que nunca me han ido mucho los consoladores; cuando estoy con una chica, me gusta que utilice lo que ya tiene. El tacto duro y gomoso de un consolador me resulta artificial y doloroso. Es casi como si el arnés pusiera demasiada distancia entre nosotras. Me gusta sentir la cercanía: dedos, manos, boca, pies, rodillas, lo que sea. Para mí el sexo con una chica no es una cuestión de dominancia o sumisión, sino más bien de sentirse bien.

En cambio, cuando soy yo la que lleva puesto el arnés, me ocurre algo. Me da un subidón. Es como embriagarse de poder: las cosas que digo, lo que le exijo a mi compañero, son cosas que ni se me pasarían por la cabeza cuando soy yo misma. Con el arnés me siento invencible. Siento que podría apoderarme del mundo entero.

En cuanto me lo quito, me siento avergonzada. Si el simple hecho de ponerme un pene falso hace que me sienta tan poderosa, me asusta pensar las cotas de corrupción que podría alcanzar si algún día llegara a ocupar una verdadera posición de poder. ¿Por qué digo esas cosas cuando llevo el arnés? ¿Quién me creo que soy?

Aquella primera noche con Luke sentí el típico subidón.

—Estúpido maricón, eres patético, ¿verdad? Por eso no paras de llamarme. Has tenido que suplicarme que venga a darte por el culo para poder verme.

No había vuelto a sentirme así desde mis días de dominatrix. La única diferencia fue que la sensación de poder no desapareció cuando me quité el arnés. Más bien continuó alrededor de un año. Lo degradaba y lo humillaba día sí y día también. Esa relación no me hacía feliz, pero, por lo visto, cuanto más mezquina me mostraba con él, más me amaba; y cuanto más me amaba, más lo necesitaba yo. Sin darme cuenta, me quedé enganchada. Aquel tío estaba desesperado por mí, me quería muchísimo y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí. Nunca volvería a encontrar a alguien así.

Por supuesto, lo que sentíamos no era verdadero amor. Eran nuestras inseguridades, que se manifestaban de la manera más jodida y contraproducente. Él no se amaba a sí mismo y pensaba que se merecía una mierda de novia como yo. En mi caso, por primera vez en mi vida sentía que tenía todo el control y no podía dejarlo, sin importar que no lo respetara en absoluto o incluso que no me gustara.

Ese es el diagnóstico que me ha dado Google.

Poco después de que empezáramos a quedar, descubrí que el fetiche de Luke no era ningún secreto. La gente se acercaba a mí en casi todos los platós y me preguntaba sobre nuestras actividades de cama.

«¿Utilizas siempre consoladores o también verduras?»

«¿Se pone tu ropa interior?»

«¿Alguna vez has hecho que la chupara?»

La pregunta más común, por supuesto, era: «¿Es gay?».

«Sois muy estrechos de mente —les decía yo a todos—. El mero hecho de que le guste que su novia le dé por el culo con un arnés no significa que quiera un auténtico pene dentro de él.» La gente puede llegar a ser muy obtusa. Hoy en día todo el mundo debería ir más allá de los prejuicios, de las etiquetas que nos encasillan. Por poco respeto que le tuviera a Luke, siempre lo defendía en este aspecto. En lo referente a este tema, estábamos en el mismo equipo. Era más una cuestión de principios que de otra cosa. Había que educar a la gente.

Nada le ponía más a Luke que oírme llamarlo «maricón». Era una pista a la que tal vez debería haber prestado más atención, pero siempre di por hecho que era el aspecto humillante lo que le gustaba. Jamás le pregunté directamente si era gay, pero tampoco sentí la necesidad de hacerlo. Me amaba. Deseaba que yo me lo follara. ¿Qué tenía eso de gay? Una parte de mí tampoco quería saber si él jugaba de verdad en el otro equipo. Tenía un novio que básicamente era mi esclavo. Durante el tiempo que estuvimos juntos, nunca pagué por nada, nunca llené de gasolina el depósito de mi coche ni cociné. Era el paraíso. Así que, ¿qué más daba que otras personas criticaran nuestra relación? Era un pequeño precio a pagar.

Me acostumbré enseguida a pasar por alto los rumores sobre su condición gay, pero Dan era el peor. No dejaba de repetir a todas horas «tu novio gay esto» o «tu novio gay aquello» siempre que rodaba para él. Hasta hoy, su plató es el único del que me he marchado sin completar mi trabajo.

Grabábamos primero todo el contenido sin sexo, lo que nos llevaba alrededor de seis horas. Empecé riéndole las gracias, pero a medida que avanzaba el día y mis niveles de azúcar disminuían (era un día anal, y la comida estaba restringida), mi paciencia empezó a agotarse. Justo cuando iba a ponerme un enema para limpiarme el culo para la escena sexual, Dan gritó:

—No te preocupes, Johnny, su culo no te volverá gay a ti también.

Fue una broma estúpida que ni siquiera tenía sentido. Pero ya estaba harta.

—A la mierda con esto.

Arrojé mis zapatos porno de tacón de aguja dentro de la maleta y empecé a quitarme el disfraz.

Creo que en mi vida me he vestido tan rápido. Fue una lástima, ya que el vestuario de ese día era un albornoz, que es algo así como si te tocara la lotería del porno. Por lo general llevamos lencería o vestidos muy complicados, y algo tan sencillo y cómodo como un albornoz te toca muy pocas veces en la carrera.

—Venga, Asa, aquí todos somos amigos. Solo estoy de coña.

Dan empezó a ponerse nervioso. Se le notaba en la cara que estaba calculando cuánto dinero le había costado ya esa toma; si no conseguía rodar la escena de sexo, todo habría sido para nada.

—¡No pienso morirme de hambre todo el día para que tú puedas grabar una polla metiéndose en mi culo! Eres un imbécil. Acabas de estropearle el folleto a todo el mundo.

Salí a toda prisa del plató. Es muy difícil enfadarme tanto, pero Dan lo consiguió con creces. Estaba harta de que la gente me «insinuara» cuál era la orientación sexual de «mi» novio. No pensaba consentir que nadie volviera a decirme que mi novio era gay. En una industria en la que nos veíamos apartados de la sociedad a causa de nuestra sexualidad, era de esperar que la gente fuera más abierta de mente y comprensiva. Me sentía asqueada.

Así que imagínate mi sorpresa cuando Luke firmó un contrato anual con Men.com. En ese momento hacía ya más de un año que habíamos roto y apenas nos veíamos. Las cosas habían terminado con una nota amarga un día que me confesó que todo lo que me había dicho era mentira. La razón por la que le gustaban las pollas de arnés en el culo no era que su padrastro lo hubiera violado. Su apellido no se pronunciaba «Brah-may», sino «Bruum», aunque se escribiera «Broome». ¿Y aquella vez en que volví a casa a toda prisa desde la fiesta de cumpleaños del creador de mi web porque la madre de Luke había muerto inesperadamente? Pues no era cierto; estaba vivita y coleando.

Fui la última chica con la que estuvo antes de aventurarse en el otro lado del porno.

El artículo de prensa salió mientras yo todavía estaba en el plató, protagonizando una película de una semana de duración con una compañía que había contratado a Luke en muchas, muchas ocasiones a lo largo de los años. Nadie quiso contármelo, y mucho menos mirarme a los ojos durante lo que duró el rodaje. Me sentía muy estúpida. Envié de inmediato un mensaje a todas las personas del

negocio que conocía: «Hacedme el favor de ahorrarme el “te lo dije”».

Mientras Ruby y yo rodábamos la toma catorce de nuestro diálogo de oficina, oímos a alguien follando al otro lado de la pared. Para ser un estudio, las paredes eran asquerosamente finas. Oí que todos se reían por lo bajo. Cuando levanté la vista, vi que todo el mundo se tapaba la boca con la mano y apartaba la mirada para disimular.

Brent no hizo ningún chiste.

—Está bien, vamos a grabar otra toma para el sonido. Rodando, y acción.

Suite Cascanueces

Ama.» Después de casi un año dominando a los hombres en la Suite Cascanueces, todavía no me había acostumbrado al título. Baby Sean, Ronnie Dientes, Eli el Pijo... Todos me llamaban de esa manera. Aun así, nunca me sentía cómoda diciéndolo yo misma.

Era una de las cinco dominatrices de guardia en cualquier momento. La Suite Cascanueces era una de las mazmorras más famosas de la ciudad. La dirigía Clint, que iba al trabajo en una Harley. Clint no parecía el típico dueño sumiso de una mazmorra; con su chupa de motero de cuero, su pelo largo, el diente que le faltaba, la barba poblada y el uniforme negro, parecía más bien un miembro poco agraciado de los Ángeles del Infierno. A pesar de todo, a Clint le molaba la mierda más hardcore que he visto en toda mi vida. Una vez, le metí una varilla de metal en la uretra y lo electrocuté. Me pidió que lo hiciera una noche que no había mucho movimiento.

—¿Ves ese dial de ahí? Hacia la derecha se sube la intensidad. Métela primero y empieza suave. —La varilla tenía unos quince centímetros de longitud y era bastante fina, como uno de esos pinchos de barbacoa. No obstante, ¿de verdad puede ser algo lo bastante fino cuando vas a insertártelo por el agujero de la polla?—. Toma, métela.

Hice lo que me pidió.

Tan pronto como metí la punta, el agujero absorbió tres cuartas partes de la varilla. No me podía creer lo fácil que entraba. (Más tarde descubrí que no siempre era así. Las uretras son como el ano: cuantas más veces se penetran, más fácil resulta abrirlos.)

Clint ya estaba en éxtasis.

Deslicé el metal dentro y fuera sin electricidad para ver cómo reaccionaba. Sonrió. Tenía una expresión muy similar a la que tengo yo cuando siento cómo me penetra una polla.

Con la mayor delicadeza posible, giré el dial muy despacio hacia la derecha. La electricidad empezó a zumbar de inmediato. Y la intensidad del zumbido aumentaba con cada milímetro que giraba la rueda. Curiosa, le rodeé la polla con la mano y sentí cómo la electricidad me recorría los dedos y la mano hasta la muñeca. No me dolió. Esperaba notar una sensación brusca, pero era más bien una especie de hormigueo, como si se me hubiera quedado dormida la mano. Por supuesto, no toqué el metal directamente. Tenía un pene que me servía de aislante.

El aparato me puso un poco cachonda. Me asustaba, pero mentiría si dijera que no me estaba poniendo húmeda. Al notar la excitación, y consciente de que estaba electrocutando a un hombre, mantuve la mano en su polla y me quedé inmóvil como una estatua, aunque estaba nerviosa. Clint se estremecía, pero no de una manera exagerada. Volví a girar la rueda hacia la derecha.

Empezó a gritar.

—¡Joder! ¡JODEEER!

Estaba a punto de apagar el aparato cuando me pidió que lo subiera más.

Contuve el aliento y volví a girar el dial.

Clint siguió gritando.

No podía respirar ni apartar los ojos de su cara, que se estaba transformando en algo parecido al cuadro más famoso de Edvard Munch.

Con tanto disimulo como pude y con la esperanza de que Clint no lo notara, apreté el coño contra la camilla médica en la que estábamos sentados.

Empecé a sentirme mareada, seguramente porque no había dejado de contener el aliento. Mientras intentaba concentrarme en la respiración para calmarme, Clint se sacó la varilla, me apretó la mano contra su polla y empezó a meneársela hasta que el semen se derramó sobre nuestros dedos.

No sé cómo salí de la habitación, pero lo siguiente que recuerdo es estar frotándome el coño en el baño utilizando la mano manchada con el semen de Clint.

Fue la única vez que toqué un pene en la mazmorra, y me sentí sucia y repugnante. Lo que había visto me había dejado conmocionada, aunque, de algún modo, también fascinada. Me toqué hasta llegar al clímax haciendo el menor ruido

posible.

Abrí el grifo del lavabo y descubrí que el semen que tenía en la mano se convertía en algo gomoso al entrar en contacto con el agua. Hay algo en la lefa seca que resulta repulsivo. Al igual que el zumo de naranja, es algo que solo me gusta recién exprimido.

Tiré de la cadena para que nadie sospechara nada. Clint era nuestro jefe, y no quería que pensara que me ponía cachonda.

Era un tío muy, muy hardcore.

Con veinte años, era la más joven en la mazmorra, pero no por mucho. Nadie superaba los treinta. La zorra al cargo era el Ama Rox. Llevaba allí ocho años, y era conocida en la ciudad como una de las amas más malas y mezquinas, aunque también de las más sensuales. Una vez la vi cagarse encima de un tío. Más bien encima de su cara. Seguro que pilló una conjuntivitis después de eso. No puedes borrar de la memoria cosas como esa, por más que lo intentes. Es como un herpes cerebral. Es para siempre.

Rox era alta, incluso sin las botas de tacón de quince centímetros que se ponía cada noche. Tenía una larga melena negra y el rostro frío típico en la Europa del Este, y cuando estaba sobria era capaz de dominar mejor que nadie que yo hubiera conocido. La originalidad de los insultos y las órdenes que salían por la boca de aquella mujer era algo inimaginable para mi mente de aficionada. En el último año la había visto recaer en su adicción a la heroína un montón de veces, y siempre era un drama de aúpa volver a dejarla limpia. Había noches en las que se sentaba junto a la mesa de Clint llorando, completamente drogada, y le decía que no quería ver a ningún cliente.

—Dile que se vaya a tomar por el culo... Lo dejo... Lo dejo... Odio a ese patético pedazo de mierda... Quiero a mi pastelito... Clint, dile a mi pastelito que venga a recogerme...

Al final era mejor que se negara a atender a la clientela. Los sumisos son clientes de por vida, si quieres que lo sean. No puedes permitir que te vean como otra cosa que la más fuerte, o se buscarán a otra a la que adorar. Rox siempre volvía. Nunca lo dejaba durante mucho tiempo.

Ninguna de las chicas había trabajado allí más de dos años. Por lo que yo he visto, no es un trabajo que muchas puedan soportar más tiempo. Al principio

resulta liberador. Es el novio al que siempre quisiste darle una paliza, el jefe con el que solo te atrevías a soñar, el carnaval con la mayor cantidad de números de feria que jamás imaginaste. Todo un mundo nuevo por explorar.

Clint me había contratado en la calle (casi literalmente), una noche cuando regresaba de un concierto con Eddie, mi marido por aquel entonces. En aquella época tenía una adicción entre media y moderada al OxyContin, y había habido un momento en el concierto en el que no pude soportarlo más. Convencí a Eddie para marcharnos pronto. El Oxy es una pastillita muy polifacética, en el sentido de que, según la cantidad que tomes, puede actuar como cinco drogas diferentes. Controlas el subidón por completo. Si tomas poco, funcionas como una persona normal. Nadie se da cuenta de que vas colocado. Si tomas mucho, no dejas de pensar: «Creo que tengo los ojos abiertos. ¿Tengo los ojos abiertos?».

Esa noche solo había tomado un poco. Cuando me encontraba en ese nivel de subidón, solía darme por pasear, hablar, excusarme para vomitar a un lado de la calle, limpiarme la boca con el dorso de la mano y retomar la conversación como si nada hubiera pasado.

—¿Estás bien, Cacahuete? —me gritó Eddie desde el puesto de perritos calientes cuando terminé de echar la pota junto a un edificio. Nunca entenderé cómo Eddie era capaz de comer cuando se colocaba con Oxy.

—Sí. Un segundo.

Estaba escupiendo los restos que me habían quedado en la boca cuando Clint se acercó a mí.

—Disculpe, señorita... —«Joder, espero no haber vomitado en la pared de este tío», pensé—. Siento molestarla. ¿Le importaría que le hiciera una pregunta?

—Claro que no. —«¿En serio? ¿Ahora?»

—¿Le interesaría trabajar en la industria del entretenimiento para adultos?

Aquel tío tenía pelotas.

—Claro. Deje que vaya a buscar a mi marido.

Las mazmorras siempre huelen igual. Una base de alcohol, con notas de metal y semen. No soy de las que entran en una habitación y sueltan: «Vaaaya, aquí

la energía es muy extraña», pero deja que te diga una cosa: la energía en una mazmorra es rara de cojones. Ahora que miro atrás, no puedo creer que siguiera a Clint escaleras arriba, y mucho menos que accediera a empezar el entrenamiento al día siguiente. Pero siempre he querido trabajar en el porno, o en un club de striptease, o hacer algo para el mundo de los adultos. Eddie, mis amigos... todo el mundo que me conocía estaba al tanto de eso.

El primer día, aquello me pareció el paraíso. Mi primer cliente fue un jugador de béisbol profesional.

—Quiero fingir que estamos en el metro. Me gusta mirar y te miraré fijamente, y tú estarás muy asustada.

Mi segundo cliente me dio un masaje de pies de una hora. Otro tío quiso que le meara encima. Esa noche tuve cinco clientes en total. Me marché de allí con la sensación de que había encontrado mi verdadera vocación.

Debería mencionar que en la actualidad no soy sexualmente dominante en mi vida privada. Por más irónico que parezca, ninguna de las chicas que trabajaban en Cascanueces lo era. Ni siquiera Rox. Todas éramos de naturaleza sumisa, en mayor o menor grado. En ese momento de mi vida, no me consideraba ni sumisa ni dominante. Solo sabía que me gustaba complacer.

Al final conocí a Ronnie, que se había citado con todas las dominatrices de la ciudad. Con todas y cada una de ellas. Jamás acudía a la misma dos veces, pero tenía que ocurrir tarde o temprano. Antes de presentarme ante él, las chicas me pusieron al tanto de lo que le ponía.

Ronnie está obsesionado con los dentistas. Y, además, tiene elefantiasis en uno de los testículos. Bueno, quizá no haya sido justa al etiquetarlo como elefantiasis, pero sí es cierto que una de sus pelotas es la hostia de grande.

El caso es que Ronnie se lleva su propio equipo de dentista a la sesión. Contrata una hora y media, ni un minuto más ni un minuto menos. Siempre intenta persuadirte para que le llenes la boca de Novocaína, pero, según he oído, solo ha conseguido que dos chicas acepten.

Cuando entré en la sala médica, Ronnie ya se había acomodado en la silla. Según los rumores, había comprado él mismo esa silla y la había donado a la mazmorra. Yo ya había conocido a otro cliente con un fetiche relacionado con una silla de dentista, así que no me pareció raro.

Ronnie llevaba un babero alrededor del cuello, y su equipo de dentista estaba extendido en el mostrador que había frente a mí.

—¿Cómo estás hoy, Ronnie? —empecé.

—Hola, doctora. Creo que tengo un diente suelto y me gustaría que le echara un vistazo.

Mientras lo escuchaba, me puse los guantes de látex muy despacio e incluso hice chaquear la goma, tal y como había visto en las películas porno.

—Abre la boca y di «Ahhh». —Exploré su boca y noté cómo el látex chirriaba contra sus dientes—. ¿Cuál es el diente que te preocupa, Ronnie?

—El tercer molar empezando por detrás, a este lado.

Movió la mano hacia la parte izquierda de su cara, donde yo me encontraba.

—Ya veo. —Moví la pieza dental en cuestión—. Esto no pinta nada bien, Ronnie.

—¿Cree que tendrá que extraerlo?

La repentina excitación de su voz era imposible de pasar por alto.

—Me temo que sí, Ronnie.

No sabía qué hacer después de eso. Tenía claro que no pensaba sacarle el diente, así que me limité a repetir «No tiene buena pinta» una y otra vez mientras lo movía.

Hice eso durante toda la sesión.

Cuando se marchó, me dio vergüenza no haber sido capaz de idear otra frasecita de dentistas que decir. Para sorpresa de todo el mundo, volvió a solicitar mis servicios la noche siguiente. Jamás se había citado con nadie más de una vez. Yo no sabía qué era lo que había hecho bien. Repetí exactamente la misma sesión durante la segunda noche.

Fue alrededor de esa época cuando conocí también a Eli. Eli vivía de las rentas. Técnicamente, era dueño de una compañía de baile, pero lo cierto era que en

la práctica no trabajaba. Venía casi todas las noches y solicitaba sesiones dobles, triples y, en ocasiones, cuádruples, una detrás de otra. Para ser sincera, creo que Eli ni siquiera es sumiso. Le gusta que le pellizquen fuerte los pezones; hasta donde yo sé, eso es lo más rarito en él, sexualmente hablando.

Lo que hacía a Eli tan especial era que fumaba crack.

Puesto que crecí en Nueva York, descubrí las drogas a muy temprana edad. Me metí éxtasis por primera vez a los trece años. A los catorce ya había probado casi todas las drogas que tenía a mi alcance, salvo el crack y la heroína. Ácido, setas, fármacos, polvo de ángel, salvia, coca, speed... Pero el Special K era mi favorita. Mi mejor amiga, Dee, y yo comprábamos un frasco cada día después de clase, hervíamos el líquido por la noche y esnifábamos el polvo por la mañana antes de salir de casa para que el viaje en metro hasta el instituto fuera más divertido. Me gustaba muchísimo. De algún modo conseguí no volverme adicta a nada nunca, y para cuando cumplí los veintidós ya no me metía nada (¡ni siquiera alcohol!). Y creo que, cuando uno empieza a consumir drogas desde tan joven, eso es una auténtica bendición. Cuando me convertí en adulta, había acabado con ese rollo y estaba preparada para insertarme en la realidad.

El crack era algo que en mi círculo siempre se había menospreciado. Fumábamos hierba todos los días y tomábamos drogas más fuertes todas las semanas, pero el crack y la heroína estaban descartados. Esas drogas eran para los fracasados. Nosotros estábamos muy por encima de eso.

Lo cierto es que en realidad nunca había conocido a un adicto al crack en la vida real. Ni tenía ningún deseo de hacerlo. Para mí, «adicto al crack» era un sinónimo de «vagabundo».

Cuando las chicas me contaron lo de Eli, no me lo podía creer. No entendía cómo era posible que Clint dejara que alguien de semejante ralea, un «adicto al crack», entrara en el negocio. Y saber que le permitía fumar crack durante las sesiones... me superaba.

Hasta que lo conocí.

Accedí a una primera sesión con Eli para hacerle un favor a Clint. Entré en la sala de tortura esperando encontrarme a un tío arropado con una manta y empujando un carrito de supermercado. ¿Cómo había permitido Clint que un tipo como aquel contratara mis servicios? Yo había asistido a una escuela privada de

Manhattan, por el amor de Dios.

Eli me pilló desprevenida. No era en absoluto como lo había imaginado: iba vestido con un chándal, pero era de Zegna. Llevaba un reloj negro Hublot de fibra de carbono que no había visto nunca antes y que sabía que costaba al menos doscientos cincuenta mil dólares. Desde luego no era guapo, pero tampoco tenía la cara típica de los colgados. Ni de los fracasados.

«¿Este tío fuma crack?», pensé.

Durante mis primeras sesiones con Eli, me limité a pellizcarle los pezones y a oírlo repetir una y otra vez la cantidad de veces que había solicitado mis servicios. Sus historias me aburrían de muerte. Temía que me tocara con él.

Tenía ideas grandilocuentes y poco realistas, y nunca sabía qué parte de lo que me decía era cierto y qué parte eran mentiras o exageraciones. Me ofrecía un chute al comienzo de cada sesión y, la mayoría de las veces, otro hacia la mitad. Siempre lo rechazaba. No tenía ningún interés en inhalar algo que me hiciera comportarme así. Además, tenía mi Oxy, y con eso me bastaba.

Una noche, cedí. Podría dar una lista interminable de excusas por las que cedí esa noche, pero la verdad es que estaba aburrida y se me estaba pasando el subidón de Oxy. Sentí curiosidad. Él insistió.

Lo cierto es que lo hice sin pensar. Eli me hizo su ofrecimiento de rigor al comienzo de la sesión y, aunque siempre lo rechazaba, esa vez asentí con la cabeza.

Describir la primera vez que fumé crack sería algo así como describir el momento en que descubrí la verdadera felicidad.

Fumé a través de una pipa de cristal y sentí cómo el humo denso penetraba en mi pecho. No es como la hierba o el tabaco. Es un vapor más químico, y lo notas casi frío mientras entra. En el momento en que lo inhalas, sientes que la realidad cambia de inmediato. Mientras contiene el humo, la cosa sube cada vez más, como si pudieras notar, literalmente, cómo el crack se extiende por todo tu cuerpo desde los pulmones. Célula a célula, tu organismo se convierte en un ser distinto: un ser más feliz, más ligero, más vigorizado. Es como despertar de un coma y descubrir que tu vida es un extravagante número musical de una película de Disney.

—Esto es increíble —me oí decirle a Eli—. No puedo parar de sonreír.

Eli me devolvió la sonrisa.

—Te lo dije.

En ese instante, amé a Eli. Amé el crack.

Justo en el momento en que esos pensamientos se formaban en mi mente, sentí que me bajaba un poco el subidón. ¿O solo me lo imaginaba? No, sin duda era así. Me estaba bajando. Y un par de segundos después, sentí que me bajaba aún más. Contuve el aliento, aterrada, como si con eso pudiera evitar que el crack abandonara mi cuerpo. No. No. No podía ocurrirme aquello, joder. Me había sentido increíblemente bien hacía solo un segundo. Miré a Eli. Él sabía lo que me ocurría. Necesitaba otro chute.

Entendí por qué el crack era considerado una de las drogas más adictivas y peligrosas. El subidón era demasiado bueno. Perderlo resultaba demasiado doloroso.

Eli contrató sesiones las siguientes dos noches, y nos drogamos juntos. Fue realmente horrible. No podía dormir cuando llegaba a casa, tenía la boca llena de úlceras por morderme los labios a causa de los nervios, y nunca volvía a sentir lo que sentí la primera vez, sin importar cuántos chutes me metiera.

Al final de la tercera noche de mi orgía de crack, la fastidié.

No hice nada malo; de hecho, no hice nada. Me resultaba difícil hablar o moverme. Podía caminar de un lado a otro de la sala, pero caminar me resultaba incómodo. Sentarme me resultaba incómodo. Todo me desagradaba.

Conseguí enviarle un mensaje de texto a Eddie, que en aquel momento ya era mi ex marido.

«911. Ven a buscarme. Al Cascanueces. Por favor.»

Eddie me recogió en un taxi. Por aquel entonces no nos llevábamos bien; hacía solo unos meses que nos habíamos separado después de una eternidad absorbiéndonos mutuamente la vida y la luz de nuestras almas. Los días en que me llamaba «Cacahuete» estaban muy lejos, y viajamos en silencio. No le dije lo que pasaba. Faltaba poco para el amanecer y ya se veía la claridad del sol. Hay algo en esa hora en que la noche se convierte en día que hace que te sientas muchísimo peor cuando estás drogado. Me llevó al apartamento en el que vivíamos cuando

estábamos juntos, y lo único que me apetecía era cerrar todas las cortinas, arrastrarme hasta la cama y meterme bajo las sábanas con un Xanax. Sola.

Corrí escaleras arriba, hasta el dormitorio. Las cortinas, gruesas y opacas, estaban corridas. Gracias a Dios. Busqué en el cajón de la ropa interior de Eddie y encontré un bote de Xanax. Gracias a Dios de nuevo. Me tiré de cabeza a la cama.

Algo iba mal. «¿Qué coño pasa? ¿Las sábanas están mojadas?», pensé. No estaba segura de si me lo estaba imaginando o no. Notaba las sábanas húmedas y frías.

«Joder, ¿es que me he meado encima?»

Me levanté, encendí la luz y me bajé las bragas. Estaban secas. Puse la mano sobre la sábana. Estaban húmedas, sin duda.

—¿Me he vuelto loca o las putas sábanas están mojadas? —grité hacia la planta baja. Comunicarme me costaba un esfuerzo enorme. Me resultaba totalmente imposible mostrarme educada.

—Las lavé hace un rato; cuando las saqué de la secadora todavía estaban algo húmedas... y pensé que podía dejar que terminaran de secarse en la cama.

«¿Me estás puteando o qué?»

Fue en ese momento cuando empecé a gritar. Las mierdas como esas solo te pasan cuando vas colocada hasta las trancas.

«Los hombres son gilipollas, el Xanax todavía no ha hecho efecto y lo único que quiero es una cama.»

—¡Sube tu culo hasta aquí ahora mismo! —le grité a Eddie, que ya subía las escaleras para averiguar qué me pasaba.

—¿Qué coño te pasa? Joder, ¡ni siquiera sé qué estás haciendo aquí!

El acento de Eddie, una mezcla entre neoyorquino y puertorriqueño, siempre salía a relucir cuando se cabreaba.

—He fumado crack, ¡pedazo de gilipollas! Lo único que necesito es una puta cama para pasar un rato tranquila y en silencio, y como eres un auténtico

subnormal, ¡has puesto sábanas mojadas en la cama! ¡Ahora el colchón está húmedo y no hay quien pueda dormir ahí! ¡Y a mí me está dando el bajonazo del crack! —Gritaba como una auténtica chiflada, pero me daba igual—. ¡Vete a tomar por culo de aquí!

Eddie empezó a reírse de mí, y eso me enfureció aún más. Se dio la vuelta y salió de la habitación. Cerré de un portazo en cuanto se marchó. Estaba cabreadísima. Y solo quería acurrucarme bajo el puto edredón y tener un momento de paz. Me sentía fatal.

Me acerqué al armario de Eddie y empecé a tirar toda su ropa al suelo. Me aseguré de hacer el ruido suficiente para que él supiera que estaba hecha una puta mierda. Pisé con fuerza sin necesidad e hice ruido con los cajones. No dejé nada en su sitio. Apagué las luces, me tumbé en la pila de jerséis, camisas y pantalones, y me arropé con su bata. Enterré la cara en la ropa de Eddie y grité.

El Xanax hizo efecto por fin.

Pasó un año antes de que consiguiera estar limpia otra vez, pero esa fue la última vez que fumé crack. Eddie fue a la cárcel poco después, cuando su negocio de contabilidad se fue a pique. Me llamó al día siguiente, a cobro revertido. Le pregunté si recordaba la vez que fumé crack y me comporté como una enferma mental.

—Tú siempre has sido la mejor, Cacahuete. —Rió—. Estoy orgulloso de ti.

Mentirosa, mentirosa

Más o menos a mitad de mi segundo año en el porno, cuando mi carrera comenzaba a despegar de verdad, empecé a padecer un caso grave de acné. Era de tipo quístico y me cubría toda la cara, el tipo de acné que es lo primero que ves cuando miras a otra persona. Al final llegó un momento en que me entró tal depresión que no salía de casa a menos que fuera por trabajo. Culpé al porno. Todos los días una silla de maquillaje diferente. Gruesas capas de producto amontonadas sobre mi piel, solo para que durante la escena se emborronaran con el sudor. Entonces tenía que regresar a la silla de maquillaje y dejar que me embadurnaran más potingues sobre el sudor para poder rodar el resto de la escena.

Era frustrante. Hería mis sentimientos. Me sentía traicionada. ¿Cómo has podido, Porno? Yo te amo. Hago todo lo que me pides. Cuando quisiste ver cómo me introducía el puño en la vagina, lo hice. ¿Querías explorarme el ano con un espéculo? Claro, por qué no. ¿Doble anal? ¡Ahí lo tienes!

Te di todo. Y, a cambio, tú me diste un eccema que me deformaba la cara.

Esperé con la confianza de que desapareciera con el tiempo, pero no lo hizo. Gasté miles de dólares en tratamientos de spa, cremas y lociones carísimas, remedios homeopáticos. Incluso, aunque a regañadientes, accedí a frenar el ritmo de rodaje con la esperanza de que mejorara. El acné es muy malo para el porno: entre las pollas cubiertas de semen que me frotaban alrededor de la boca, los besos, el hecho de que me apretaran la cara contra el mobiliario y de sudar como un cerdo, el maquillaje nunca aguantaba. Empezaba la escena como una estrella del porno y la terminaba como un monstruo. Nadie lo decía en voz alta, pero sabía que iba a perder mi trabajo por culpa de la piel.

Durante esa horrible época de mi vida, me contrataron para una película softcore (porno suave) dentro de una serie online para una enorme cadena por cable. Rodar una película softcore es completamente distinto a rodar una hardcore, que son las que por lo general tengo el placer de hacer. Una o dos veces al año, accedo a realizar uno de estos proyectos tipo «Skinemax», pero siempre que llego al plató, me recuerdo: «Sí. Sin duda odio esta mierda».

Hay varias cosas de las producciones softcore que me hacen desear pegarme un tiro en la sesera, pero la primera es que el reparto consta principalmente de actores convencionales, y eso significa que en realidad no hacen porno. Son aspirantes a actores «auténticos» que no tienen reparos a la hora de aparecer desnudos. Para ellos, la película no es más que una parada en la carrera hacia sus sueños.

Algo que, en sí mismo, no está mal.

Salvo por el hecho de que eso me convierte a mí en la mala. Soy la chica apestada de la clase. Me convierto en aquella a la que nadie quiere acercarse por miedo a contagiarse de mi Nuevo y Mejorado Súper Sida, que se transmite por el aire.

La segunda cosa que me fastidia, y quizá la más importante, es que no hay sexo de verdad.

Ni siquiera se utilizan condones.

Rodamos sexo simulado en el que jamás hay una verdadera penetración. Tenemos que ponernos (los tíos también) una especie de taparrabos fabricado con un tejido similar al papel para que nuestros genitales nunca entren en contacto. La principal razón por la que me metí en el porno en primer lugar fue el sexo. «¿Qué es toda esta mierda? Desde luego, no es lo que quería cuando empecé en esto», suelo pensar al final del día en uno de esos trabajos. Todos los gritos y gemidos son fingidos, y hay algo en el hecho de saber que tengo que fingir que me están follando cuando no es así, que hace que diga cosas estúpidas y estrafalarias, como «¡Mi coñito rosado es como una flor dando a luz a tu grande y precioso cohete!» o «Llena mi coñito a rebosar, cabrón sexy».

Nunca se me ha dado bien mentir.

El caso es que el problema de piel me estaba amargando la vida y estaba en un plató en el que todos me consideraban asquerosa, cuando Roger, el director de aquella estúpida producción softcore, me pidió que me quedara una vez que los demás se fueran. Genial.

Esa es otra de las cosas que detesto del porno suave. Se me asigna de manera automática el papel de «zorra local» y me veo en la obligación de explicar (por lo general al director o al productor) que solo estoy allí para hacer mi trabajo... algo que, en este escenario en particular, como muy bien sé, no es practicar sexo. Eso no

ocurre casi nunca en un plató de hardcore; como la legendaria Nina Hartley expuso de manera tan elocuente: «No follas para conseguir el trabajo. El trabajo es follar».

Preparé mentalmente mi típico discursito, «Tengo novio, y no nos acostamos con nadie fuera de las escenas de sexo», y entré en la sala que Roger había elegido como oficina.

—Bien, ¿por qué querías verme?

Roger estaba de pie junto al escritorio, fingiendo que ojeaba unos documentos. Lo típico.

—¿Podrías cerrar la puerta? Me gustaría hablar contigo en privado.

Cerré la puerta y me acerqué a él, pero no lo suficiente como para que pudiera tocarme con facilidad. Me pregunté si llegaría algún momento en mi vida en el que no tuviera que medir las distancias basándome en el tiempo que tardaría una persona en llegar físicamente hasta mí.

—¿Qué le pasa a tu cara?

Roger me miró a los ojos.

Me quedé desconcertada.

—Espera un momento... ¿Cómo dices?

—Es casi imposible filmarte la cara. Ni siquiera tengo claro que podamos usar alguno de los planos cortos. Eso no es bueno. Sé que no estás metida en drogas, así que ¿qué es lo que ocurre?

Quise echarme a llorar.

—¿Por eso me has pedido que venga?

—Cielo, tienes que hacer algo con eso. Es tu carrera lo que está en juego. No podré contratarte de nuevo hasta que lo hayas solucionado.

Me entraron ganas de darle un puñetazo. Si hay algo que detesto por encima de todo es que la gente se dirija a mí con términos cariñosos. Me parece condescendiente y asqueroso. ¿Es que aquel tío no se daba cuenta de que estaba

quedando como un capullo? Me tragué mi orgullo y decidí salir de allí antes de ponerme a llorar de verdad.

—Gracias. Ya estoy intentando solucionarlo. Tengo que irme, mi clase de yoga empieza dentro de media hora.

Después de ese día, tomé la decisión de recurrir al Accutane. Había oído mogollón de cosas horribles sobre ese fármaco, pero era mi último recurso. El puto Roger había dicho que era casi imposible filmarme. Gilipollas.

El Accutane es sin duda un fármaco que hay que tomarse muy en serio. Las pastillitas tienen un envoltorio individual, y en cada una de ellas hay una imagen de una mujer embarazada tachada con una X. Firmé un contrato en el que prometía no quedarme embarazada y donde constaba que tendría que abortar si lo hacía. Después de buscar en Google «bebé Accutane» y ver un montón de cosas espantosas, entendí por qué todas esas precauciones resultaban absolutamente necesarias.

Imagina a la primera mujer que tuvo un hijo mientras estaba en tratamiento. Una pobre chica con acné se queda embarazada, está entusiasmada ante la idea de empezar una nueva vida con su bebé. Es muy probable que su cara empiece por fin a limpiarse, pero, ¡bum!, cuando nace su hijo tiene la cabeza como un puto cono y los ojos a los lados, como un maldito caballo. Es en momentos como este cuando me recuerdo que debo estar agradecida por tener diez dedos en las manos, diez en los pies y una cabeza con una forma normal (aunque más grande que la media).

Mi problema de piel se solucionó. Por desgracia, mi pelo era otra historia. Aunque en comparación el estado de mi pelo no era tan malo, no hay una solución rápida para el pelo dañado de una actriz porno. Cuando está frito, está frito, y solo puedes esperar a que vuelva a crecer.

Secador, alisado, rizado, cardado. Todos los días. No sé quién sufre más: yo, con mi pelo lacio, quebrado y moribundo, o Toni, mi actual marido, que tiene que mirar mis viejas fotos de Facebook (por enésima vez) mientras le recuerdo: «Mi pelo era muy brillante. ¿Lo ves? ¿Ves lo brillante que era?».

Cuando me acuerdo del tema, cojo aire y me digo que las puntas abiertas son un pequeño precio a pagar por ganarse la vida teniendo orgasmos anales múltiples.

He ido a la misma peluquera desde que llegué a California. Compro todo lo que me ofrece, así que, como es natural, Rose me adora. Ni siquiera puedo recordar

cuántos tratamientos inútiles (de esos «Nuevos», «Revolucionarios» o «¡El último grito en Brasil!») le he pagado.

Cuando conocí a Rose, acababa de trasladarme a Los Ángeles para iniciar mi carrera como actriz porno.

—Bueno, ¿y en qué trabajas, nena? Llevas viniendo aquí meses y nunca me lo has dicho.

Las peluqueras siempre hacen demasiadas preguntas. Y me había llamado «nena». Puaj. Me habría molado encontrar a un mudo que cortara el pelo. Por desgracia, en ese momento Rose era la única que no me cortaba demasiado cuando le pedía que me saneara las puntas. Así que no podía cambiar de peluquera.

—En realidad no trabajo. Tengo un novio que me mantiene. —Mentira. Por aquel entonces ni siquiera tenía novio. Sin embargo, no quería contarle la verdad. ¿Y si era una de esas chifladas religiosas? ¿O una activista por los derechos de la mujer? Si esa chica tenía algo en contra del porno, podía joderme el pelo a propósito. Era un riesgo demasiado alto—. Supongo que tengo suerte.

—Vaya, eso está muy bien. ¿Y a qué se dedica él?

—Bueno, ya sabes... Tiene su propio negocio y todo eso.

No estaba mal. Una respuesta algo vaga, pero daba a entender que mi chico no era un fracasado.

—Genial. ¿Qué tipo de negocio?

Rose es incansable.

—Lo cierto es que no puedo hablar sobre eso. Es ilegal.

«¿De verdad había dicho una cosa así?»

—Está bien. Bueno, ¿y de dónde eres?

—De Nueva York.

Por fin pude decir algo que no era mentira.

—Entonces ¿has venido aquí para estar con tu chico?

—Sí, algo así, supongo.

«Puf.»

—¿Quieres casarte con él?

—Eso creo.

—¿Es asiático?

—No, italiano.

«Pero ¿quién soy?»

No dejé de mentir a Rose en los tres años siguientes. Me hacía muchas puñeteras preguntas, así que empecé a acostumbrarme. Me inventé a una persona completamente distinta, una vida alternativa en la que yo era la novia de un traficante de drogas. Vivíamos en Beverly Hills y teníamos dos perros. En algún punto del camino, empecé a mentir más de lo necesario. Ofrecía información sobre miembros inexistentes de la familia, vacaciones que jamás habían tenido lugar, o le decía cosas como que por fin había encontrado mi verdadera vocación y estaba escribiendo una novela. Incluso hablamos del porno una vez. Le dije que mi novio era demasiado celoso para permitirme hacer algo parecido.

Debería haber sido más lista. Siempre me pillan cuando miento, razón por la que intento hacerlo lo menos posible. Mi última gran mentira había sido la que les conté a mis padres en 2007, cuando les dije que estaba asistiendo a la universidad en Florida. Lo que hacía allí en realidad era trabajar en un programa de radio como la «puta del show» y hacer mis pinitos en el porno lésbico. Lo descubrieron.

Un día fui a rodar con una compañía con la que nunca había trabajado. Llegaba tarde, como de costumbre, así que entré a toda prisa. La maquilladora ya estaba lista y esperándome, de modo que me disculpé y me senté en la silla.

En el porno, los maquilladores se encargan, en general, tanto del pelo como de la cara. Los peinados no son muy elaborados, así que no supone un problema. De vez en cuando el maquillador lleva un ayudante que se encarga del pelo y comparten el sueldo que le paga la compañía.

Ese era el caso en aquel rodaje. La maquilladora, a quien nunca había visto, había llevado a alguien. La ayudante, que se encontraba al otro lado de la sala, me resultaba familiar. Supuse que habría colaborado con algún otro maquillador antes.

No me quitaba los ojos de encima mientras me maquillaban. Después de casi una hora, dejé de mirar hacia la zona donde ella estaba para que la situación no fuera tan incómoda. La tía estaba logrando que me sintiera cortada. Ni siquiera intentaba disimular. «¿Qué quiere esta zorra?», pensé.

Cuando la maquilladora terminó y llegó el momento de arreglarme el pelo, me enviaron a la silla de la ayudante.

—¿Cómo estás, nena?

Hostia puta. «Nena.» Era Rose.

—Ay, Dios... ¡hola!

Me levanté para darle un abrazo, más que nada porque no sabía qué otra cosa hacer.

Quizá fuera porque no esperaba verla en aquel entorno, pero juro que no la reconocí. ¿Cómo no iba a resultarme familiar? Me había cortado el pelo los últimos tres putos años.

No hablamos del tema, pero las dos lo sabíamos. Estaba demasiado avergonzada para hablar. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Creo que ella no quiso abochornarme. Había más gente en la sala. Siempre le estaré agradecida por eso.

Todavía voy a la peluquería de Rose. Sigue siendo la única en quien confío para que no me corte demasiado cuando pido un saneamiento de puntas. Ya nunca me hace preguntas. De hecho, apenas hablamos, salvo cuando me pregunta qué quiero hacerme. Supongo que si de verdad quisiera, ahora no me resultaría muy difícil contarle la verdad. «No estoy escribiendo una novela, no tengo un novio italiano traficante, vivo en Valley y soy actriz porno desde que me conoces. Pero eso ya lo sabías. Lo siento, nunca sé cómo contárselo a la gente al principio. ¡Supongo que ahora conoces mi secreto!» Lo más probable es que nos echáramos unas risas. Incluso podría hacerme un descuentillo gracias a nuestra nueva camaradería.

Pero ¿por qué coño iba a hacer yo algo así?

Por fin he conseguido mi peluquera muda.

Haiku

*Q-tip in my ear,
If my pussy were to break;
You would be enough.*

Bastoncito en el oído.
Si mi coño pudiera romperse,
contigo bastaría.

Crimen y castigo

Tenía doce años cuando descubrí que no me hacía falta pagar las cosas para tenerlas. En aquella época asistía a la Escuela Internacional de Naciones Unidas (UNIS, por las siglas en inglés) y estaba rodeada por la élite de Manhattan. Niños ricos e hijos de diplomáticos que llegaban a clase en limusinas negras con matrículas especiales. No es necesario decir que me crié con bastante dinero. Mi abuelo fue diplomático durante cuarenta y cinco años antes de sufrir un infarto y verse confinado a una silla de ruedas el resto de su vida. La UNIS me concedió una beca cuando regresé a Nueva York después de pasar seis años en Tokio.

—Ven conmigo y con Jenna después de clase —me susurró Georgia en una clase de biología—. Hemos estado mangando cosas de Hello Kitty en FAO Schwarz.

La idea en sí de robar en las tiendas no me interesaba. Sin embargo, Georgia y Jenna eran las chicas más populares de séptimo, y yo todavía era la «chica nueva». Ya estábamos más o menos a la mitad del curso académico, pero todos mis compañeros se conocían desde la guardería. No era fácil encajar. Aproveché la oportunidad.

—Vale. Tengo que avisar a mi madre.

Llamé desde la cabina de la cafetería durante el almuerzo.

—Pregúntale si puedes quedarte a dormir —me dijo Georgia articulando las palabras con los labios.

Cuando llegamos a FAO, fuimos directas a las escaleras para subir a la sección de Hello Kitty. Georgia y Jenna cogieron todas las cosas que llamaron su atención y no pararon hasta que no pudieron cargar con más. Yo cogí unos cuantos bolígrafos.

—Venga, vamos a la escalera mecánica —dijo Jenna, que empezó a andar por delante de nosotras.

—La escalera mecánica es el único lugar donde no hay cámaras — me explicó Georgia por lo bajo.

Nos dirigimos hacia allí y guardamos las cosas en las mochilas de clase antes de salir de la tienda como si nada.

Había sido fácil. Demasiado fácil.

En los seis años siguientes fui a robar muchas veces. Georgia y Jenna me aceptaron como la pieza final de su trío y nos íbamos de pillaje casi todos los días después de clase. Pasamos de FAO Schwarz pocas semanas después de aquel primer día y nos trasladamos a los almacenes del SoHo. Robábamos de todo, desde GAP a Ralph Lauren; no había tienda demasiado grande o demasiado pequeña a salvo de nuestras manos. Al principio de cada incursión, nos deteníamos en unas cuantas tiendas de prestigio y pedíamos bolsas de papel, afirmando que se nos había roto la mochila o que las necesitábamos para un proyecto de la clase de ciencias sociales. De esta manera, cuando entrábamos en las tiendas en las que íbamos a robar parecíamos auténticas clientas que disfrutaban de un día de compras con el dinero de papá. A los doce años, tenía un suéter de cachemira de Ralph Lauren que costaba dos mil quinientos dólares y que lavaba en la lavandería autoservicio del barrio.

Convertíamos nuestras incursiones en un juego. Algunos días nos dedicábamos a buscar regalos para cada una. En lugar de robar para nosotras mismas, solo cogíamos cosas para las otras dos. Al final del día nos sentábamos en el suelo del salón de la casa de Jenna, situada en Gramercy Park, y nos turnábamos para darnos los regalos, como si fuera la mañana de Navidad. El padre de Jenna era dueño de una compañía de impresión, y sus padres nunca estaban por allí; tenían una casa en California y se iban de vacaciones a Europa muy a menudo. Su hermana y ella eran, en esencia, compañeras de piso menores de edad que vivían en una de las propiedades más codiciadas de Manhattan.

Con el paso del tiempo descubrimos otras maneras de emplear nuestras habilidades recién descubiertas. Los fines de semana íbamos a las tiendas de mascotas para comprar grillos y colocarlos en los restaurantes. Nunca íbamos al mismo lugar dos veces, y al final del almuerzo poníamos un grillo en el plato de comida.

—Perdone. No estoy segura, pero creo que hay un bicho en mi comida. No quiero montar una escenita, pero ¿podría echarle un vistazo a esto? Mejor aún,

¿podría decirle al encargado que venga?

Nos turnábamos para hacer de víctima, y cuando se acercaba el encargado decíamos que nuestro padre era abogado y que exigíamos que no nos cobraran el almuerzo. Con nuestra ropa cara recién robada y las bolsas de tiendas prestigiosas, nadie dudaba nunca de nosotras.

Una noche, después de un largo día de ajeteo, Jenna y yo fuimos a cenar a un concurrido restaurante del West Village. Era el tipo de restaurante que también funciona como bar, y teníamos que hablarnos al oído para poder entendernos. No teníamos planeado nada, ni siquiera que la cena nos saliera gratis. Sin embargo, antes de que llegaran los entrantes, vimos que la mujer que estaba sentada a mi lado había dejado el bolso olvidado en el suelo. Nos miramos con los ojos como platos, pensando en lo que podíamos hacer.

—¿Crees que deberíamos? —le pregunté a Jenna en silencio, articulando las palabras con los labios.

—Vamos a llevárnoslo al baño para ver si merece la pena —me gritó ella al oído. Jenna siempre era la más valiente.

Cogí el bolso y bajamos al baño.

El contenido del bolso de una mujer es un buen indicativo del tipo de persona que es. En cierto sentido, es más íntimo que una conversación. Por ejemplo, un bolso desordenado significa probablemente que la mujer no cambia de bolso a menudo, y que prefiere la estabilidad y la monotonía. Si hay un pasaporte, es muy posible que la dueña sea una mujer espontánea y caprichosa. Si tiene un cepillo de dientes y condones, una guarra total. Un pequeño paraguas siempre indica responsabilidad.

En aquel bolso en particular no había nada especial. Monedero, tampones, chicle. No había monedas en el fondo: había cambiado de bolso para aquella ocasión. En el monedero hallamos lo básico: carnet de identidad, tarjetas de crédito, dinero.

Y recibos. Toneladas de ellos.

Empecé a echarme atrás. Aquella era una mujer que pagaba sus propios impuestos. Supuse que trabajaba por su cuenta. Seguramente era de las que pensaban que «cada penique cuenta». Lo sabía porque mi padre es un maníaco de

los recibos. Cada vez que coge un taxi, come en un restaurante o compra un aparato electrónico, comprueba un montón de veces que ha guardado el recibo.

—Creo que he visto una cámara fuera. ¿Y si la mujer avisa de su desaparición y nos ven en la grabación?

No quería admitir que me había ablandado. Para mi sorpresa, Jenna accedió sin problemas.

Quizá ella también se lo hubiera pensado mejor. Robarle a una persona directamente era un territorio desconocido para nosotras. Regresamos arriba con el bolso en la mano y volvimos a dejarlo en el suelo, al lado de mi silla. Nuestra comida llegó poco después, comimos, pagamos, dejamos propina y nos fuimos a casa de Jenna.

Cuando empezamos el instituto, el trío se disolvió poco a poco. Yo conocí a un chico mayor, Kevin, y pasaba la mayor parte del tiempo con él y sus amigos porreros. Mis pasatiempos, aunque todavía robaba de vez en cuando, se inclinaban más a las actividades relacionadas con las drogas. Georgia todavía era popular en la UNIS, y Jenna se mudó al final a la costa Oeste con sus padres. A veces iba a robar a las tiendas sola; otras, con mi mejor amiga, Dee. En alguna ocasión invité a Kevin a mis incursiones y robé para él todo lo que quiso. Jamás me sentía mal; no le robaba a nadie personalmente y, además, en aquel entonces me regía por el lema «Me la sudan las normas».

A los dieciocho me pillaron por primera y última vez. Debería haberlo sabido; el día estaba nublado y lluvioso, justo el tipo de clima en el que ocurren cosas malas en las películas. Era noviembre, y había robado un frasco de perfume para regalárselo a Dee por su cumpleaños. Estaba a punto de salir de la tienda cuando un empleado me detuvo.

—Disculpe, señorita, haga el favor de seguirme.

Se me aceleró el corazón. Empecé a sentirme mareada. Seguí al hombre hasta la parte de atrás de la tienda, donde me mostró un vídeo en el que aparecía metiendo el perfume en el bolso. Todavía hoy me encojo de vergüenza al recordar esa grabación en la que aparecía agachada, mirando hacia los lados para asegurarme de que nadie me veía.

La policía me llevó a la comisaría, y después de unas cuantas horas extenuantes, me trasladaron al calabozo, donde pasaría la noche. No me lo podía

creer. Nunca me habían pillado, y siempre había pensado que, si lo hacían, la cosa no llegaría a tanto. El calabozo era para los delitos graves, como vender drogas o hacer grafitis en las paredes de los edificios; desde luego, no para las jovencitas como yo.

Para llevarte a la sección femenina del calabozo, una vez que te han quitado los cordones de los zapatos, las llaves y, curiosamente, también los tampones, los guardias te pasean frente a las hileras de celdas de la sección masculina. Allí había al menos quince hombres encerrados en una única celda, algunos sentados en la parte de atrás y otros de pie junto a los barrotes. Pedían a gritos cosas como comida y agua, o se quejaban de la temperatura. No hablaban unos con otros; en realidad, ni siquiera se dirigían a los guardias. Nadie les prestaba atención; era como si le gritaran al aire. Cuando pasamos a su lado, no pude evitar pensar que aquello parecía un zoo. Olía fatal, había mucho ruido y el ambiente era denso y frío. Mi lugar no estaba allí.

La sección femenina era muy distinta. Me metieron en una celda en la que solo había otra mujer. Al otro lado de los barrotes había una televisión que se veía a la perfección desde cualquier lugar de la celda. El aseo tenía puerta; era una madera a la que le faltaba la parte de arriba y la de abajo, como si alguien hubiese cortado los extremos y hubiera dejado solo la parte central. Pero era una puerta al fin y al cabo. Había un colchón en el suelo y bancos alrededor. Hacía frío, pero no se notaban esas corrientes heladoras que había sentido en el lado de los hombres.

Me senté en un banco situado en el rincón opuesto al que ocupaba la otra mujer. Era negra y llevaba largas extensiones de trenzas rojas. Le noté un tic nervioso: de vez en cuando, al parpadear, cerraba los ojos con más fuerza de la necesaria.

Después de varias horas en silencio viendo una maratón de *El príncipe de Bel-Air*, nos sirvieron nuestra primera comida: sándwich de pavo. Le quité el envoltorio y dejé el sobrecito de la mayonesa a un lado.

—¿Vas a utilizar la mayonesa? —me preguntó mi compañera de celda. Era la primera frase que compartíamos.

—No, toma.

Me acerqué a ella y le pasé el sobrecito.

«Creía que los negros detestaban la mayonesa», pensé. Mi amigo negro,

Travis, siempre decía: «A los blancos les gusta la mayonesa, pero no jodas a los hermanos con esa mierda».

Como si me leyera la mente, mi compañera añadió:

—Debo de ser la única zorra negra que come mayonesa. ¿Por qué estás aquí?

—Por robar en una tienda —respondí mientras me sentaba en el banco a su lado—. ¿Y tú?

—Por prostitución. Y mi novio va a cabrearse de la hostia, porque esta noche yo conducía su coche.

No supe qué responder. Nunca había conocido a una fulana en la vida real. Ni siquiera había conocido a una stripper.

—He llamado a ese negro al menos cinco veces y no me lo ha cogido. Seguro que este teléfono tiene el número bloqueado o algo así.

—¿Cómo te pillaron? —solté de pronto, nerviosa.

—Joder, la policía hizo una redada en mi club. Soy la dueña de dos clubes en las afueras, y la semana pasada entraron en uno de ellos. Me pararon en la carretera y al momento siguiente estaba aquí. Se lo estaba diciendo a mi chico por teléfono: ¿por qué coño estoy aquí? Me pararon por exceso de velocidad, ¿y ahora estoy en el calabozo? No hay quien lo entienda.

No me había quedado muy claro por qué la habían encerrado. ¿Qué tenían que ver el club y el exceso de velocidad? Me había dicho que estaba allí por prostitución, pero ahora parecía que la habían detenido cuando iba en el coche. Me sentía cautivada.

—Debes de tener muchas historias locas, ¿eh? —le pregunté, entusiasmada.

Íbamos a estar allí un buen rato. Pero las cosas empezaban a animarse.

Me contó que su novio y ella eran dueños de un club after-hours. Se prostituía allí junto con otras diez chicas, pero ella era la más importante. Habían investigado el club hacía unos meses y al final habían hecho una redada la semana anterior. Esa noche iba a toda velocidad en el coche de su novio cuando la paró la policía y comprobaron que tenía el carnet de conducir caducado. Puesto que la

habían arrestado la semana antes por estar en el club (al final se había librado alegando que solo era una clienta), la policía se apresuró a detenerla por conducir con el carnet caducado. Esa es la historia que me contó, y le creí. Le habría creído incluso si me hubiera dicho que se había teletransportado hasta allí. Era la primera mujer de la industria del sexo que conocía. Era mi heroína.

Cuando me dijo que había posado una vez para la revista Black Tail, casi me caigo del banco. Aquella situación era lo más cerca que había estado nunca de la industria del porno.

—Ahora estoy hecha unos zorros, pero limpia soy bastante bonita —me aseguró.

—¿De qué hablas? Eres una preciosidad.

Y lo dije en serio.

No dejamos de hablar en las diecisiete horas que estuve allí, salvo por el tiempo que intentamos dormir después de comernos el sándwich. Intercambiamos información sobre el lugar donde nos hacíamos la manicura. A mí me gustaba el estampado de mármol; ella prefería la francesa. Cuando por la mañana nos trajeron cereales para desayunar, ella me dio su leche.

—Esa mierda me da mogollón de gases —me dijo.

Para cuando me fui, conocía toda su vida. Y ella no sabía nada de mí salvo por qué estaba allí.

—Ha sido un verdadero placer conocerte —le dije cuando el abogado de mi padre, Ezra, llegó por fin.

Mientras el guardia me abría la puerta de la celda, la mujer me miró con resentimiento y volvió a hacer aquello con los ojos al parpadear.

Me sentía increíblemente inspirada.

—Acabo de conocer a la mujer más increíble del mundo —le dije a Ezra.

—Pues no se lo digamos a tu madre —respondió él.

Cuando salí y aparecí delante del juzgado me di cuenta de que no conocía el

nombre de mi heroína.

El arte de la mamada en grupo

Nunca dije que no follaría con nadie! ¡Lo que dije fue que no me follaría a TODO EL MUNDO! ¡Hay una DIFERENCIA DE LA HOSTIA!»

Esto no es más que una muestra de lo que nuestros adorables vecinos pueden oír desde nuestro balcón cualquier noche. Ya ni siquiera nos da vergüenza, algo que, de por sí, resulta bastante bochornoso. El problema a la hora de mantener una relación mientras aspiras a una carrera en el porno es que tienes los mismos problemas que cualquier otra pareja y, además, un montón de mierda más.

Estos tres últimos años he estado haciendo una serie de películas titulada «Asa Akira es insaciable». Me resulta difícil sacar esas películas a colación sin alardear sobre ellas, ya que solo las dos primeras ganaron unos veinte premios. La premisa es que soy, como muy bien habrás entendido, insaciable. Cada película va a más. En la primera aparecieron mis primeras escenas anales y de doble penetración. En la segunda están mi primera escena de sexo con un grupo de tíos y de doble anal. En la siguiente, la tercera, quise hacer la mayor mamada en grupo que había hecho en mi vida: once tíos.

Una de las mejores cosas de Toni es que lleva veinte años en el negocio del porno. Veinte putos años. Eso es más tiempo del que yo llevo practicando sexo. Más tiempo del que llevo haciendo mamadas. Mucho más tiempo del que llevo haciendo cualquier cosa que no sea estar viva. Por esa razón no se le va la olla de repente y se pone a despotricar sobre mi trabajo como algunos de los chicos con los que he estado. Entiende mi trabajo y no le importa que lo haga, siempre y cuando yo lo respete y cumpla algunas de sus normas.

La más importante de estas normas es que para mí se ha acabado el sexo con un grupo de tíos. Y, bueno, lo entiendo. ¿Quién querría que diez tíos se pasaran a su novia de uno a otro en un almacén abandonado? No somos promiscuos. No follamos con otras personas fuera del trabajo. Ni siquiera hacemos tríos.

Cuando le comenté la idea de hacer una mamada en grupo, a Toni le pareció bien. Es curioso, pero todo el mundo pone el límite en algo. Para él, no me estaría

follando a un grupo de tíos, solo les haría una mamada, y eso no le parecía mal.

Además, Toni sabía que aquella película era muy importante para mí.

—Lo único que te pido es que no folles con todo el mundo y lo conviertas en una escena de sexo en grupo. Sé que eso es lo que te va.

Aquella sería mi primera escena en grupo desde que estábamos juntos.

—¡No lo haré! No me follaré a todo el mundo. Te lo prometo. Solo es una mamada en grupo.

Elegí con mucho cuidado esas palabras para poder utilizarlas en mi defensa después, para argumentar que «nadie» y «todo el mundo» no eran lo mismo. Supongo que, al fin y al cabo, eso solo demuestra que sabía desde un principio que iba a hacer algo que no estaba bien. (Debo añadir que Toni es español y que el inglés es su segunda lengua. Así que también tenía eso a mi favor. No juego limpio, lo sé.)

Toni tenía razón. Tenía fama de perder el control en ese tipo de escenas y convertirlas en una orgía múltiple. Algo me pasa cuando estoy rodando una escena. No solo las de mamadas y sexo en grupo, sino cualquier tipo de escena. Nunca falla. Me enamoro. Es algo distinto del amor emocional que siento por Toni, pero es sin duda una especie de reacción química cerebral que me lleva a un lugar feliz en el que me siento apasionada, desesperada y vulnerable, pero todo en el buen sentido. Es como si me enamorara de la situación, y no de la persona a la que me estoy follando. La idea de poner cachonda a la gente... de hacer algo prohibido... de exponerme a los ojos de cualquier perverso... me excita muchísimo.

Supe lo que tenía que hacer en cuanto llegué al plató. Me llevé a la directora, mi amiga Sam, a un lado.

—Escucha, le he prometido a Toni que no me los follaría a todos. Creo que puedo cumplir si me follo solo a tres.

—¿A quiénes quieres? Se lo diré con antelación y avisaremos a los ocho restantes de que hoy no habrá sexo.

—A Pete seguro... se sentiría herido si no lo elijo a él. También a Ralph.

—Vale, ¿y a quién más? No te olvides de que esos dos son blancos.

—Está bien, está bien... Hooks es negro. Será él.

Cuando me adentré en el escenario no sabía cómo me las apañaría, pero tuve que meterme en faena a toda prisa en cuanto comenzó el rodaje. Había hecho dos mamadas en grupo antes, y también dos escenas de sexo con un grupo de tíos, así que ya estaba familiarizada con el tema «pollas por todas partes». El problema era que nunca había rodado una escena en la que follara con unos tíos sí y con otros no. Me juré en silencio que jamás volvería a hacer una escena como esa.

De niña, siempre se me dieron fatal los deportes. Nunca fueron lo mío. Mi mala coordinación motora, mi renuencia a trabajar en equipo debido a mi condición de hija única, mi falta general de elegancia física (no empecé a andar hasta los dos años)... Todo eso contribuía a mi falta de popularidad en la clase de educación física. Por no mencionar lo mucho que me asustaba la posibilidad de que las pelotas me dieran en la cara, algo que ahora resulta de lo más irónico. Siempre era la última a quien elegían para un equipo. Y con razón.

En resumen, aquella mamada en grupo parecía una clase de educación física. Y yo era la capitana del equipo.

«Hooks, tú puedes follarme. Tú no, Eric. Pete, tú también puedes. Eric, ya te he dicho que hoy no vas a follarme. Snoop, a ti no te elegí, así que ponte al otro lado.»

En las dos mamadas en grupo que había hecho antes, había acabado follándome a todo el mundo. Sobre todo porque estaba súper cachonda y quería sentir una polla en el coño. Una vez que me follé al primero, quise seguir y follarme a otro, y luego a un tercero, y cuando ya te has follado a tres, es de mala educación no dejar que juegue todo el mundo. Esa es una de las cosas que más me gustan sobre mí misma: fantaseo con pasar a la historia como una puta con el corazón de oro.

En una mamada en grupo suele haber una mezcla entre intérpretes masculinos de primera categoría (categoría A) y tíos que solo sirven para hacer bulto en este tipo de escenas. Estos últimos son mucho más baratos y eso es algo a tener en cuenta cuando necesitas cantidad, pero en un grupo relativamente pequeño como el que estábamos grabando, es necesario contar con algunos chicos de primera (la «calidad» de la ecuación) para que lleven la iniciativa y la escena no se paralice.

En lo que se refiere a la taxonomía de las estrellas masculinas del porno, los tíos de primera están en la cima. Son aquellos que trabajan con las mejores chicas del negocio, los que cumplen con lo suyo y han demostrado ser buenos intérpretes. Yo diría que solo hay unos quince en el negocio; sin duda, no más de veinte. Algunos hacen porno argumental, pero todos destacan en el gonzo.

Los de primera categoría no tienen problemas para conseguir que se les ponga dura, para mantenerla así o para eyacular cuando toque. Son machos alfa, siempre dominantes, que pueden llevar el peso de una escena y sacar energía de cualquier chica. Son los nominados para Intérprete Masculino del Año una y otra vez en los premios de la AVN.

Justo por debajo de los tíos de primera estarían los chicos del porno argumental. Estos chicos son los «actores» del porno. Más conocidos por sus capacidades de actuación y sus caras bonitas, no son necesariamente los mejores intérpretes sexuales: algunas veces les cuesta mantenerla dura, y nunca parece que el sexo sea la parte que más desean. Considerados como los más adecuados para las «parejas», siempre están en forma, bronceados y bien afeitados; a menudo son actores y modelos convencionales que perdieron el rumbo y acabaron en el porno.

Por debajo de los chicos del porno argumental, en mi opinión, sobre el cincuenta por ciento de los intérpretes masculinos entran dentro del mismo saco: las categorías B y C. Son los actores de «relleno», los que no encajan en ningún molde. Los ves de vez en cuando en el plató y trabajas con ellos un par de veces en tu carrera, pero no resultan particularmente memorables. La única vez que oyes sus nombres es cuando salen con alguien más famoso o cuando les ocurre algo extraño, como cuando una chica les rompe la polla al caer sobre ellos con demasiada fuerza durante una postura de vaquera inversa (a horcajadas sobre el tío, pero de espaldas a su cara).

Por fin, en la parte más baja del escalafón, están los tíos de bulto en las mamadas en grupo. También conocidos como «fregonas», se dedican sobre todo a las mamadas y el sexo en grupo. Estoy hablando del tipo de escena en la que hay cincuenta tíos por cada tía. Estos chicos tienen casi siempre algún factor «espeluznante». Muchas veces son fumadores empedernidos con teléfonos prepago que cogen el autobús para ir al lugar de rodaje. Es bastante frecuente que entren y salgan de la cárcel; y también que el director les preste pasta para que se hagan el análisis obligatorio para las enfermedades de transmisión sexual. Nadie aspira a ser una fregona. Es algo en lo que acabas sin más.

Puesto que había decidido que solo iba a follarme a tres tíos, el resto fue avisado con antelación de que ese día solo disfrutarían de sexo oral. Pero, por supuesto, cuando vieron cómo me follaban los tres elegidos, dieron por hecho que podían probar suerte. Imagina a una chica de cuarenta y ocho kilos intentando controlar a once tíos excitadísimos. Ahora imagina que esos tíos van hasta arriba de Viagra y que la chica está en el suelo mientras le dan por detrás. Fue un carrusel constante de presiones sutiles, rechazos torpes y miradas atrás para asegurarme de que seguían follándome los tres mismos tíos. Y todo esto mientras chupaba pollas y me preocupaba de que todo el mundo participara. Las escenas en grupo no son el mejor lugar para mostrarte egocéntrico. No existe el «yo» en las mamadas en grupo. Cuando la cámara rueda y sucede esa cosa mágica que hace que todos los tíos la tengan dura, no puedes mostrar ningún tipo de hostilidad, porque te arriesgas a que los chicos pierdan la erección. Sobre todo los chicos de bulto, que no son muy buenos intérpretes.

Cuando me marché del plató aquel día, la gente me dio palmaditas en la espalda por haber conseguido que solo me follaran los tres que había elegido sin herir los sentimientos de los demás. No sé de qué me sentía más orgullosa: si de mi autocontrol o de mi capacidad para hacer felices a ocho tíos mientras evitaba astutamente sus intentos de follarme. Sonreí durante todo el camino a casa y mantuve una conversación silenciosa en mi cabeza en la que una parte de mi personalidad se refería a la otra como «maestra en el sutil arte de las mamadas en grupo».

Una semana más tarde, Sam me llamó.

—Hola, colega. Estoy editando. Quieres que corte la parte de Snoop, ¿verdad?

No tenía ni la menor idea de lo que mi amiga quería decirme.

—¿De qué me hablas?

—De la mamada en grupo. La parte en la que Snoop te folla. Son solo un par de minutos, pero sería el cuarto tío. Solo querías practicar sexo con tres de nuestros amigos, ¿no es así?

Me quedé pasmada. ¡Había prestado muchísima atención! Me había dado la vuelta cada vez que me metían una polla dura desde atrás para comprobar de quién era, estaba segura.

—¿Snoop me folló? Joder, ¿me tomas el pelo? —No pude evitar reírme. ¡Menudo cabrón solapado!—. Sí, córtalo, por favor. ¡No puedo creer que me follara sin que me enterara!

—Oye, no lo sabías, ¡así que no cuenta!

Ella tenía razón. Si no me lo hubiera dicho, jamás lo habría sabido. Aquello tenía mucha gracia.

—Se trata de El curioso caso de D. Snoop —bromeé.

—El culo embrujado de Asa Akira —dijo Sam.

—Snoop, el fantasma amigo. Espera, no. El hombre invisible, ¡protagonizado por D. Snoop!

¡Bum! Un dos por uno.

—El fantasma de la súper mamada.

Y la ganadora es: Sam.

Tengo que decir que de todos los momentos de golfeo que he tenido en mi vida, este se encuentra entre los tres mejores. Después de colgar el teléfono, me planteé si debía contárselo a Toni o no. ¿Se cabrearía?

Al fin y al cabo, la única persona a la que me apetece contarle lo que me ocurre durante el día es Toni. Habíamos tenido un problemilla con el malentendido sobre si le había dicho o no que no me follaría a nadie durante la mamada en grupo, pero aquello era demasiado tronchante para no contárselo, ¿no? Nunca discutíamos por asuntos sin importancia; después de dieciocho años en el negocio, seguro que no se enfadaría al enterarse de que se me había colado una polla. Era una historia graciosísima. En serio, ¿cuánta gente puede decir: «No tenía ni la menor idea de que me había follado»?

Si hubiera una categoría en el récord Guinness sobre «La cosa más guarra que le puede ocurrir a una mujer por accidente», esta la ganaría sin duda.

Decidí arriesgarme para echarnos unas risas.

Él no lo encontró gracioso.

8 Chicas

Crees que debería contárselo a Katie?

Eran las dos de la tarde, y Mia estaba muerta. Estábamos tumbadas en lados opuestos del sofá, con camisetas manchadas y bragas grandotas, pasándonos un tarro de mantequilla de cacahuete. En la televisión ponían una reposición de Real Housewives, pero no le prestábamos atención.

—¿Por qué no? —contesté—. ¿Qué más le da a ella si te follas a James o no?

—Está intentando romper con el follamigo del que está enamorada.

—Ay, mierda. Y estáis en esto juntas.

—Sí. Me vigila.

Mia era mi mejor amiga en Los Ángeles. Siempre le pasaba algo: si no era un novio cocainómano con problemas de ex pareja, era su ex que la amenazaba con matarla desde la cárcel. Mia era una aspirante a actriz que había empezado a salir con mi ex novio después de que rompiéramos. Un día le envié una foto mía en la que aparecía desnuda y ella me llamó desde su teléfono hecha una fiera. Desde entonces éramos las mejores amigas.

—No decírselo no es mentir —le dije mientras lamía la cuchara.

—Me lo va a preguntar. Joder, acabo de decirle que no salí anoche. Mi vida sexual no es asunto de nadie. Voy a mentirle, pero dime que no seré una mala persona por eso.

Sonreí. Si Mia le robara a alguien, seguramente yo le echaría la culpa a la víctima. De hecho, ya había ocurrido.

—No eres una mala persona por eso.

—Lo que pasa es que él me llamó anoche y comenzó a hablar de follar... y me

excité tanto que mi coño empezó a burbujear y el flujo me chorreó hasta el culo sin tocarme siquiera. En cuanto escucho su voz, me pongo cachonda.

—¿Como cuando la gente oye la palabra «cocaína» y le entran ganas de cagar?

Nos echamos a reír.

—Da igual. De todas formas, la tuvo morcillona la mitad de la noche.

James era un tío de vida nocturna con el que Mia se había estado viendo. No era su novio, más que nada porque de eso ya tenía. Era una canita al aire de la que se había encaprichado. Según un libro de autoayuda sobre relaciones que leí una vez, el tipo era el clásico «evasivo»: un tío que enviaba señales ambiguas, con miedo a las relaciones íntimas, frío, insensible e inseguro. También sospechábamos que estaba metido en algo de drogas, porque nunca era capaz de mantener la erección.

—Es rarísimo. Creo que ya no me gusta. Anoche me cagué encima de él mientras me daba por el culo y no me importó.

—Si eso no es una señal, no sé qué puede serlo. No sé cuánto tiempo llevo ya con Toni, pero ni siquiera quiero que sepa que cago. Nunca.

—Ya. Creo que hace un par de polvos me habría importado.

Era verdad. Mi amigo Dave tenía una frase perfecta para eso: «Soy anal con respecto a lo anal».

Jamás imaginé que llegaría a ser famosa por mi culo. De verdad que no. Desde que puedo recordar, siempre me ha encantado el porno. Crecí como una fan de Howard Stern, y las chicas zorrillas eran mis heroínas, así que las tenía un poco idealizadas. En las películas y en los libros, siempre me atraía el personaje más vulgar de la historia; el que fumaba cigarrillos, admitía su promiscuidad y estaba prácticamente loco, aunque de la forma más brillante y fascinante.

Con todo, nunca imaginé que llegaría a convertirme en una de esas chicas. Jamás creí que tuviera las agallas necesarias.

Nunca digas nunca jamás.

A decir verdad, nunca creí que llegaría a hacer porno. Pensaba que, en el

mejor de los casos, me convertiría en una madre adolescente, divorciada a los veintiuno, que tendría un segundo hijo con otro tío a los veintitrés. Con un más que probable herpes. Jamás creí que llegaría el día en el que me consideraran la «Reina Anal», ni que mi culo ganaría un premio.

Cuando me metí en este negocio, estaba decidida a no practicar nunca el sexo anal. Para mí todavía resultaba un concepto extraño, y tenía la romántica idea de que debía «reservar» mi culo para ese chico especial que soportara mi neurosis en la vida real. Pensé que eso me convertiría en una chica digna de matrimonio, que no sería alguien completamente «usado». De hecho, antes de firmar el contrato con mi actual agente, Mark Spiegler, le escribí un largo correo electrónico en el que le exponía las razones por las que debía representarme y aseguraba que jamás practicaría el sexo anal delante de la cámara.

¡Hola, Mark! Soy Asa Akira. Me gustaría saber si todavía aceptas a chicas en tu nómina...

Mi contrato con Goldstar Modeling Agency termina el 20 de marzo, dentro de doce días. Tras una búsqueda exhaustiva y varias conversaciones con distintas chicas de la industria, he llegado a la conclusión de que tú eres el mejor.

Según tengo entendido, eres bastante quisquilloso a la hora de aceptar chicas, y casi todas las personas con las que he hablado me han dicho lo mismo: «Tienes que practicar sexo anal».

Seré sincera contigo: el sexo anal no es mi futuro. Sin embargo, acabo de rodar mis dos primeras escenas interraciales para Jules Jordan en mi propia película, titulada Invasian 4. La peli sale el 18 de marzo, ¡y después quiero hacer más!

Por favor, hazme saber si estás interesado en representarme.

GRACIAS, :)

ASA

A él le encanta enseñarle esta carta a todo el mundo, sobre todo porque rompí con alguien y empecé a grabar escenas anales dos semanas después de enviarle aquel correo electrónico.

El sexo anal es algo extraño en el porno. Durante mi primer mes, estaba obligada por contrato a rodar exclusivamente con una compañía llamada Voyeur Media. Uno de los directores más importantes allí, Van, me llevó a una barbacoa que se celebraba el Cuatro de Julio en la casa del dueño de otra compañía. Esa fue la primera vez que vi a Spiegler, que había llevado a algunas de las Chicas Spiegler con él.

—Hice una anal para Jules Jordan la semana pasada, y Mandingo me dio por el culo. ¡No puedo creer que me entrara! —fanfarroneó una de ellas.

Para no quedarse atrás, otra de las chicas exclamó:

—Pero ¿alguna vez has hecho una doble anal? Creo que ahora me cabe cualquier cosa ahí atrás.

—Donna me metió un dildo doble por el culo hasta el fondo para Deep Anal Drilling, de Jay.

«¿De qué coño presumen estas chicas? —pensé—. ¿Tener el ano grande es algo bueno? Yo nunca acabaré así.»

Y ahí está, la maldición. La había dicho, aunque fuera solo para mis adentros. Había dicho esa palabra. «Nunca.»

Ahora soy igual que aquellas chicas. Y Toni lo odia.

«Procura al menos que a tu coño no le pase lo mismo —me recuerda siempre—. No quiero que te lo den de sí.»

Otro de los juramentos que hice cuando empecé a rodar escenas anales es que la cosa nunca se pondría asquerosa. Ya había oído algunas historias de terror: chicas que no se limpiaban lo suficiente y acababan cagándose encima de los tíos en el plató. A mí no me pasaría. Sería una profesional desde el principio; nadie iba a

decirme que yo era ese tipo de chica.

Durante dos años, todo fue a la perfección. Me conocían como una intérprete anal de fiar; los chicos me decían siempre que follarse mi culo era como follarse un coño: un agujero cálido y limpio. «Yo nunca la cago», decía. Y con eso la fastidié. La maldición.

Un día estaba rodando una escena anal normal cuando bajé la vista para mirar la polla que me penetraba el culo y vi un charco rojo en las sábanas, justo debajo.

—¡La hostia puta! ¡Corta, corta, corta! ¡Me sale sangre del culo! —grité sin dirigirme a nadie en particular.

Había cinco personas en aquel pequeño plató gonzo: el protagonista, el director, el fotógrafo, el ayudante de producción (también conocido como AP) y yo.

—¿Estás bien?

Aquel día, mi compañero de reparto era Tommy. Como es habitual en las estrellas porno masculinas, iba hasta arriba de esteroides y de Viagra. Lo de la Viagra lo sabía porque tenía la cara enrojecida; el acné del pecho y su olor corporal traicionaban el uso de esteroides. Es un olor muy concreto... ácido, casi metálico.

Me toqué el culo y, para mi horror, los dedos se me tiñeron de rojo.

—Debe de haberse desgarrado en algún sitio, ¿no? —pregunté, de nuevo sin dirigirme a nadie en particular.

—¿Te duele, nena? —me preguntó el director, Brian, con la cámara colgada del hombro.

—Pues no... Es muy raro. Frankie, acércate y mírame —le pedí al AP.

Ser ayudante de producción es, posiblemente, el peor trabajo en un plató, porque hay que hacer toda la mierda que nadie más quiere hacer. Preparar la iluminación, permanecer cerca con toallitas húmedas, limpiar el semen de los muebles y, en este caso, examinarme el culo. Me limpié con las toallitas, me coloqué en la cama a estilo perrito y le puse el culo en la cara a Frankie mientras todo el mundo miraba.

—¿Ves algo? —Apoyé la mejilla en las sábanas. Aquella situación era como un grano en el culo, pero, aunque resulte extraño, no literalmente.

—No veo nada; deja que vaya a por el foco-S. —Trajo la luz que se utiliza para los planos cortos de penetración. Según los rumores, foco-S significa «foco Semen», pero en todos los años que llevo en el porno nadie ha podido confirmármelo.

Separé más las piernas, apoyé todo el peso en los hombros y me abrí las nalgas con las manos mientras hundía la cara aún más en las sábanas. Frankie estaba agachado, con una mano apoyada en la rodilla y la otra sujetando el foco-S. Tenía los ojos entrecerrados a escasos centímetros de mi ano, que todavía se abría y se cerraba de manera refleja a causa de la penetración.

—¿Ves algo?

Brian se estaba impacientando. Yo sabía que empezaba a plantearse si le daría tiempo a ir a fumarse un cigarrillo.

—Sigo sin ver nada.

—Que le den. No me duele, así que dejad que vaya a lavarme y después seguimos.

No quería malgastar el tiempo de nadie, y tampoco el mío.

Corrí al cuarto de baño, me hice un enema y volví al plató mientras Brian terminaba su cigarrillo y Frankie colocaba una sábana limpia en la cama. Seguimos con el rodaje y todo fue bien. Cambiamos de la postura de la cucharilla a la de vaquera inversa, en la que montaba a Tommy de espaldas a él y de cara a la cámara.

—Cortamos, está sangrando otra vez. —Brian suspiró mientras bajaba la cámara—. ¿Seguro que estás bien? Déjame ver. —Me aparté de Tommy y me disculpé por el charco rojo que había dejado alrededor de su polla. Me tumbé de espaldas, levanté las piernas y las separé, como en la consulta ginecológica. Brian me separó las nalgas esta vez—. Qué raro. No veo nada. ¿Qué pasa aquí?

—¿Crees que es una hemorragia interna?

Empezó a entrarme el pánico.

Ya se me había desgarrado el recto antes y no había sangrado así. ¿Y si tenía una hemorragia en el colon? ¿O en el intestino? ¿Eso podía pasar? Quería coger mi teléfono para buscar en la WebMD, una página médica, los síntomas del sangrado de órganos internos durante el sexo anal. Me levanté y corrí al baño. Me apoyé en las manos para subirme al lavabo y tiré un carísimo dispensador de jabón, pero me dio igual. Me incliné delante del espejo y contemplé el reflejo de mi ano entre las piernas.

Nada.

Estaba muy limpio. Me tomé un momento para examinarlo bien. Me enorgullecía de él: algunas chicas tenían un montón de piel alrededor; tanta que bastaba con echar un vistazo para saber de inmediato que era una profesional veterana del sexo anal. Solté un suspiro y dejé que el ano se abriera más con la esperanza de poder ver el interior. Tenía un aspecto rosado y saludable; no estaba ensangrentado.

—¿Estás bien? —me gritó Brian desde el salón—. ¿Qué comiste anoche?

¿Qué cojones le importaba a él lo que había comido la noche anterior? Menudo momento para preguntarlo. Quizá tuviera cáncer. ¿Cuáles eran exactamente los síntomas del cáncer? ¿Había pillado alguna enfermedad de transmisión sexual que afectaba al recto? ¿Podría volver a rodar porno alguna vez?

Justo entonces recordé lo que había cenado. Menuda gilipollas. Había tomado una puta ensalada de remolacha.

Por un instante, deseé tener una hemorragia interna de verdad. Sería menos embarazoso. Me quedé un rato en el lavabo para no tener que salir a decirle a todo el mundo que era una falsa alarma, que estaba bien, que el problema era que había cenado remolacha la noche anterior. Se suponía que era una jodida súper estrella del porno anal. Menuda metedura de pata de aficionada... y asquerosa, además; ningún hombre debería saber lo que había cenado la noche antes al follarse mi culo.

Salí muy despacio.

—Bueno... anoche cené ensalada de remolacha. Lo siento. Pagaré los gastos de cancelación de todo el mundo y volveremos a rodar esto cuando estéis libres. —Me mordí el labio y esperé a que alguien me dijera que no me preocupara, que eso le pasaba a todo el mundo.

Silencio.

Y de repente todo el mundo se echó a reír. Se doblaron en dos, sujetándose el estómago, y me dijeron que lo dejara, que me fuera, sin parar de reír.

Me sentí mortificada.

Mia y yo estábamos sentadas en silencio mientras mis pensamientos divagaban, y las amas de casa de la televisión no dejaban de discutir. Una de ellas gritó: «¡Quítame el dedo de la cara!», mientras otra decía: «¡Este no es el lugar!».

Siempre pasaba lo mismo con esas zorras chifladas.

Me encantaba.

No tengo hermanos. De niña, asistí a seis colegios diferentes. Es posible que esa sea la razón por la que nunca he tenido muchas amigas. Hacía alguna que otra amistad aquí y allá, pero nunca había experimentado lo que era formar parte de una pandilla de chicas. Aunque lo cierto es que, bien pensado, ni siquiera sé si me habría gustado. Si te soy sincera, las mujeres en grupo me intimidan. No hay nada que me acobarde tanto como un grupo de mujeres desconocidas. De repente me siento insegura, indigna, indecisa.

¿Mi ropa está bien? ¿Mi pinta de guarrilla será desagradable? ¿Conozco a la gente adecuada?

Las mujeres de aquella serie se ponían vestidos de miles de dólares para comer, criticaban a todo el mundo y alardeaban de sus conocidos importantes como si su vida dependiera de ello. Se trataba de una élite del mundo femenino, rica pero sin clase, amistosa pero pérfida, de la que yo nunca formaría parte. Era adicta a la serie.

—¿Sabes qué es muy raro también? —preguntó Mia rompiendo el silencio.

—¿Hummm?

—Que todos los árabes huelen igual. No me di cuenta hasta que empecé a

liarme con James. Su olor me recuerda al de mi familia por parte de padre.

—¡Los asiáticos huelen a ajo! —Me incorporé de golpe, entusiasmada—. ¡Y el olor de los negros es mucho más fuerte!

—Desde luego. Los mexicanos también tienen un olor particular. —La propia Mia tenía sangre mexicana—. Es por las especias que comen o algo así. Y lo mismo pasa con los indios.

—Qué raro, pensé que nadie más lo notaba —dije.

Era algo que había dicho un millón de veces desde que conocía a Mia. Ella dice que fuimos hermanas en una vida anterior. Yo todavía no he decidido si creo o no en esas cosas, pero me parece muy posible.

—¡Gemelaaas! —gritamos a la vez con nuestras enormes braguitas.

No me di cuenta de lo agudo que era mi sentido del olfato hasta que entré en el negocio del porno. De hecho, durante bastante tiempo había pensado justo lo contrario. Estaba segura de que tantos años esnifando Special K en el instituto me habían causado algún daño irreversible. Aunque todos mis amigos cambiaban de nariz con cada raya, yo insistía en que era mejor joderse solo una ventana de la nariz, y no tener las dos medio jodidas. Han pasado diez años desde la última vez que vi la ketamina en alguna de sus formas, pero todavía me levanto por las mañanas con el lado izquierdo de la nariz taponado, y necesito sonarme. Si el ambiente está demasiado seco, me sangra la nariz, y solo de ese lado. Me había convencido de que se debía a las juergas que me había corrido.

Pensé en el olor de Toni. Algunas veces, mientras duerme, me meto en silencio bajo las sábanas para olerle la polla. Es algo asqueroso, lo sé; cada vez que lo hago, pienso en lo mal que lo pasaría si él se despertara. Por un instante, intento imaginar lo que sentiría si me pillara de verdad.

«Buenos días, solo te estaba oliendo la polla.»

¿Cómo le explicaría eso? Lo más probable es que le mintiera y le dijera que le había visto una araña en las pelotas, o quizá fuera más allá y asegurara haberle visto un bulto.

Tiene un aroma muy particular que me resulta reconfortante. No solo en la verga, aunque creo que es ahí donde es más fuerte, sino en toda su persona. Me

chifla que no se ponga desodorante los días libres que pasamos juntos. Entierro la cara en su axila e inhalo con fuerza.

Mientras estaba sentada allí, lamiendo la mantequilla de cacahuete, me pregunté si Toni también me olía. Cuando tenía dieciséis años, salí con un chico que me dijo que las chicas asiáticas teníamos un olor característico.

—Solo puedo describirlo diciendo que huele como el color gris —explicó.

En aquel entonces no entendí lo que quería decirme; me limité a sonreír y a fingir que sabía a qué se refería, algo que hice con todos los chicos durante la mayor parte de mis años de adolescente. Ahora, diez años y centenares de mujeres después, me choca lo observador que era aquel chico a una edad tan temprana. Tal vez solo fuera que se había follado a un montón de asiáticas. El caso es que he llegado a comprender que «gris» es una descripción perfecta.

Mientras crecía, no era consciente de mi condición asiática. Lo que quiero decir es que me crié la mayor parte del tiempo en Estados Unidos, y jamás me fijé en el hecho de que mis amigos eran todos de diferentes razas y colores. En Nueva York, todo el mundo forma parte de una minoría. El centro de Manhattan es una aglomeración de todas las etnias conocidas: están Chinatown y Little Italy, pero también el West Village y los guetos. Si vas al Upper West Side, todo el mundo, excepto los judíos, es parte de una minoría. Sin embargo, si cruzas hasta el Upper East Side, no ves nada más que blancos protestantes. Si desde allí te diriges un poco más a las afueras, solo verás puertorriqueños, dominicanos y negros. Salpica a unos cuantos paquistaníes, asiáticos y africanos por todas partes y tendrás Nueva York.

Cuando empecé en el porno, me fastidiaba conseguir papeles con la etiqueta asiática. Ser la protagonista en *Oriental Babysitters 13: Anal Edition* («Niñeras Orientales 13: Edición Anal») no era lo que tenía en mente cuando imaginaba mi carrera. Uno de cada tres papeles era para una escena «asiática». Ni sé cuántas veces he cubierto mi cuerpo desnudo de sushi, o cuántas he interpretado el papel de una novia por correo. «Masajista» es algo que casi puedo incluir en mi currículum. Con el tiempo, he llegado a aceptarlo. Es lo que me ha llevado a donde estoy ahora, y lo que casi me garantiza trabajo hasta el día que lo deje, ya que siempre hay escasez de chicas asiáticas en el negocio.

Mía volvió a romper el hilo de mis pensamientos.

—Ni siquiera sé por qué me mola. Tiene cuarenta y un tacos. Son solo cinco

años menos que mi madre.

—Bueno, tu madre es bastante joven...

Recordé que mi madre tenía casi sesenta. Debía empezar a tener hijos, y pronto. No quería ser una madre vieja.

—Es verdad. De todas formas, es un fracasado, ¿y cómo coño se puede solucionar eso? Esa es la razón por la que anoche fui tan cruel con él. Seguro que está hecho un lío.

—Oye, lo de ser cruel tiene algo que engancha a los tíos inseguros. A mí me engancha, y estoy convencida de que eso dice algo sobre mí de lo que no soy consciente.

—Anoche me puse muy mandona.

—Joder, se acabó. Una vez que te pones cruel y ellos se quedan, el juego se ha terminado. Eso no puedo respetarlo. Y seguiré siendo cruel hasta que el tío se vaya.

—Creo que por eso me gustaba tanto Colin.

Colin era un ex de Mia que había resultado ser gay. Había salido con un tío sin saber que era gay, y esa era otra de las cosas que teníamos en común.

—Me hacía comportarme...

—¡Como una buena chica! —gritamos al mismo tiempo.

«Las zorras estamos como una puta cabra», pensamos ambas en ese instante.

Haiku

Squirted on the floor.

Now I have to clean it up

On my knees again.

Me corré en el suelo.

Ahora tendré que limpiar

de rodillas otra vez.

Florida

En aquella época, antes del porno, se me conocía con el nombre de Akira. Era mi nombre de stripper, así que la primera vez que me pidieron que promocionara mi club en el programa de radio, ese fue el nombre que utilicé. Para cuando empecé a vivir en Florida y a trabajar en el programa de manera regular, era demasiado tarde para pedirle a la gente que usara mi verdadero nombre. Habría sido como pedirle a Puff Daddy que se cambiara de nombre. «Me da igual lo que digas; no voy a llamarte Diddy en la vida.»

Tener dos nombres convirtió mi vida en una pesadilla. Cada vez que intimaba con alguien, llegaba un momento en que me llamaba Akira... y eso me llevaba de vuelta a la realidad. «Esta persona ni siquiera sabe cómo me llamo», pensaba en plan melodramático. Lo peor de todo era cuando mis dos mundos chocaban: la mitad de la gente en una sala me llamaba por un nombre y la mitad restante, por el otro. Nunca sabía muy bien cómo presentarme, así que dejaba que los demás lo decidieran por mí, lo que sin duda me hacía parecer fría. Está claro que tener un nombre artístico tiene sus cosas buenas. Tu nombre real permanece a salvo, intacto, invisible en Google. Además, resulta fácil compartimentar esa etapa de tu vida; durante un año, yo viví como si fuera otra persona. Como si no tuviera que responsabilizarme de nada de lo que hacía.

«Ah, eso. Esa no era yo. Era Akira. Yo jamás me habría echado tanto a perder.»

Florida es el estado más depravado de Norteamérica, sin lugar a dudas. Si oyes una historia escandalosa sobre una madre y una hija que han entrado juntas en el porno, sabes que eso ha ocurrido en Florida. Si un paleta dispara a un espectador inocente porque no ha podido llevarse la comida sobrante a casa en un bufet... ¡No hace falta ni preguntar! Está claro que ha sucedido en Florida. Muchas veces, cuando me uno a las conversaciones que se burlan de los habitantes de Florida y de sus costumbres de basura blanca, me olvido de que pasé un año entero de mi vida viviendo allí.

«Es horrible —recalco siempre—. Sencillamente, dejo de escuchar después de

oír lo de “Soy de Florida”.»

Es cierto. Como soy de Nueva York, donde incluso nacer en Staten Island es casi demasiado vergonzoso para confesarlo, admitir que viví en Tampa no es algo que me resulte fácil. El programa de radio me había descubierto en el «salón de caballeros» para el que trabajaba en la ciudad, y me hizo trasladarme al Estado del Sol para abrir una página web patrocinada por el programa. Además, aparecía en el aire dos o tres veces por semana como la «puta del show». Debería especificar que el término «puta» no tenía un significado literal. Era mi primer trabajo en los medios, y supe de inmediato que me encantaba.

El encargado de mi página era Hank. Hank era millonario. No era el primero que había conocido, por supuesto, pero sí era el primer millonario de Florida. Ser un millonario en Florida es muy distinto a ser un millonario normal; es algo mucho más ostentoso, más pomposo y barriobajero. Mucho «dinero nuevo». Hank había creado una página porno en la época en la que las páginas porno empezaban a dominar internet. La página sigue en pie, pero ya no está en su apogeo; cuando yo lo conocí, era dueño de varios clubes de striptease y había invertido en distintos negocios, entre los que se incluía el programa de radio. A primera vista, nadie habría dicho que Hank era un exitoso hombre de negocios. Siempre estaba en plan gracioso. Su broma favorita era sacarse la piel de las pelotas por la bragueta del pantalón, pasearse por ahí tirándose de ella y preguntar con fingida inocencia: «¿Te apetece un chicle? ¿Alguien quiere chicle?».

Durante el año que pasé en Florida, viví en la casa de invitados de la mansión de Hank, donde él vivía con su esposa y sus dos hijos, de dieciséis y dos años. Cuarentón, con ojos azules y pelo escaso, Hank carecía de la belleza convencional, pero lo compensaba con encanto y carisma. Podría decirse que era mono, a su ridícula manera, pero Laura era la verdadera belleza de la relación. Con treinta y tantos años, poseía una belleza clásica, y no a la manera cutre y desagradable tan común en Florida. Sus genes nativoamericanos saltaban a la vista, y lo único postizo en ella eran las tetas; todo lo demás, incluida su personalidad, era muy auténtico. Creo que, hasta el momento, es la persona más centrada que he conocido en mi vida.

Con salón de cine, piscina de agua salada y biblioteca, su casa era un lugar muy lujoso pintado con ese color que imita al mármol tan típico en Florida. En la entrada principal había un enorme maniquí de Elvis. Elvis era el ídolo de Hank, y una de las actividades nocturnas más populares en la mansión era colocarse con Ambien y comprar cosas de Elvis en eBay. Ni Hank ni yo lo recordábamos por la

mañana, y nos reíamos cuando Laura nos informaba, por ejemplo, de que habíamos gastado treinta mil dólares en una camisa que una vez llevó el mismísimo Rey del Rock.

—De eso nada. Recuerdo que estuvimos haciendo nachos... ¡y luego nos fuimos a la cama! —Hank sonreía mientras decía aquello, porque en el fondo sabía muy bien lo que había hecho.

—No solo dejaste latas de judías abiertas por todas partes, Akira; también hay cuatro cucharas en el fregadero cubiertas de mantequilla de cacahuete.

Culpable. Por aquella época, siempre llevaba un tarro de mantequilla de cacahuete conmigo. Fue antes de que mi metabolismo cambiara, cuando podía hacer cosas como pedir una pizza para mí sola sin pensar en cómo le afectaría a mis michelines. Si entonces hubiera sabido lo que me depararía el futuro, habría pasado todo el tiempo engullendo alimentos cargados de hidratos de carbono en lugar de tomar drogas y practicar sexo.

No recuerdo exactamente en qué momento los tres nos convertimos en una pareja, ni cómo empezó la cosa. Estaba en mi fase de OxyContin, así que la cuestión tiempo está un poco borrosa. Resulta difícil saber si empezamos a follar juntos los tres, o si me follé a Hank solo primero, o si empezaron a llamarme «novia» antes de que nadie se acostara con nadie. Me parece que lo último es lo más posible; creo que empezaron a llamarme «novia» en plan broma, y al final la ficción se convirtió en realidad.

Antes de embarcarme en la descripción de aquel experimento sexual friki de un año de duración, debo mencionar que Hank y Laura no eran de los que intercambian parejas. No me gusta juzgar a nadie, pero mentiría si dijera que esa gente no me parece rara de cojones. Tienen un aire de desesperación que no soporto. Solo he asistido en una ocasión a una fiesta de intercambio, y fue por accidente: mi cita solo me había dicho que íbamos a una fiesta, y estuve allí toda una hora antes de darme cuenta de qué tipo de fiesta era.

Él no dejaba de preguntarme si estaba bien, y yo sin saber por qué... hasta que un actor infantil de los ochenta (apenas reconocible) y su mujer se acercaron a mí, hasta las trancas de éxtasis, y empezaron a hablar de la chica a la que se habían follado la noche antes.

Es probable que el sexo fuera el tercer factor más importante en la relación

que mantuvimos Hank, Laura y yo. Al mirar atrás me doy cuenta de que la dinámica era bastante extraña. Estaba enamorada de los dos. No follábamos todas las noches. Algunas noches dormía en la cama con ellos y otras, sola. Había mañanas en las que me despertaba en la cama con Hank, y luego su hija de dieciséis años, Brynn, se metía bajo las sábanas con nosotros para charlar un rato. Era más normal de lo que parece, de verdad.

Muchas veces, cuando los niños se iban a dormir por las noches, me colaba en el dormitorio principal en busca de un poco de diversión. Follábamos como animales y luego nos sentábamos y charlábamos durante horas. Por aquel entonces, Hank y yo siempre estábamos empastillados, pero Laura apenas se colocaba. Hank solía coger su guitarra y tocar su canción favorita de Elvis mientras Laura y yo nos quedábamos acurrucadas.

Brynn y yo nos hicimos muy amigas. Durante el día, Hank se iba a trabajar. Algunas veces tenía que ir con él, pero la mayor parte de la semana tenía las mañanas libres. Laura siempre tenía tareas domésticas que hacer, siempre estaba ocupada. Fue entonces cuando comprendí que no hay trabajo más duro que el de madre. Siempre tienes algo que hacer, una lista interminable de obligaciones, y cuando llegas a casa, hay que seguir trabajando. Debería estar pagado.

—¡Akira! ¡Ven a la casa principal! —gritaba Brynn.

Yo bajaba las escaleras, salía, atravesaba la zona de la piscina y entraba en la mansión. A Bri no le permitían tener novio todavía, pero hablábamos sobre los chicos que le gustaban. Volvía de clase más o menos a la hora que yo me levantaba, así que nos íbamos al centro comercial, veíamos la televisión, nos maquillábamos mutuamente, nadábamos en la piscina... las cosas normales de adolescentes. Yo jugaba a ser una chica de dieciséis años durante el día y una compañera de cama por las noches.

Hank siempre presumía de no discutir nunca con Laura, y ella lo corroboraba. Durante el tiempo que pasé con ellos, jamás los vi enfadarse. No se trataba de que encerraran sus sentimientos ni de que interiorizaran la furia; sencillamente, estaban de acuerdo en casi todo, y cuando no era así, accedían con sinceridad a la postura del otro. Todavía no he logrado decidir si eso es lo más saludable o lo más insano que he visto en mi vida.

—Tengo una gran noticia que daros —balbuceó Hank una noche, cuando regresamos de una fiesta de cumpleaños. Nos habíamos tomado unas cuantas

pastillas y todos nos sentíamos muy bien (incluso Laura, ya que esa noche su madre cuidaba del bebé)—. Reuní conmigo en la bañera dentro de diez minutos.

Laura y yo nos echamos a reír mientras observábamos a Hank, que entraba y salía de la cocina y recorría toda la casa recogiendo velas y demás parafernalia para nuestra «reunión».

Una vez en la bañera, Laura y yo empezamos a acariciarnos.

—Quedaos quietecitas un segundo, chicas, para que pueda contaros la gran noticia.

—¿De verdad hay una gran noticia?

Me eché a reír. Pensaba que lo había dicho solo para conseguir meternos en la bañera caliente.

—Cuentas con toda nuestra atención —dijo Laura, que me guiñó un ojo mientras se acomodaba en otro recodo de la bañera.

Con los ojos cerrados y las manos en alto, como si fuera un director de orquesta, Hank dijo:

—Esta es mi gran noticia: os amo, chicas.

Silencio.

—¿Eso es todo?

Laura soltó una carcajada.

Sin tratar de ocultar su decepción, Hank se sentó entre nosotras y nos rodeó con los brazos.

—Lo digo en serio, chicas. No es coña. Os juro que os amo a las dos.

Estaba a punto de echarse a llorar. Las pastillas hacen eso algunas veces: intensifican las emociones. Y es contagioso. A mí se me pegó enseguida.

—Espera, espera. Yo también te amo. Os amo a los dos. Soy muy feliz con vosotros —dije y empecé a llorar.

En ese momento me había convertido oficialmente en uno de los pasajeros de esa montaña rusa emocional. Empecé a pensar en mi vida y en cómo había acabado allí, en aquel extraño ménage à trois. No era nada convencional, pero funcionaba. Era feliz. Me sentía muy unida a ellos; sentía que formaba parte de algo.

—Creo que mi canguro me violó cuando era pequeña —empecé a confesar. Nunca había pronunciado esas palabras en voz alta—. No tengo ningún motivo real para pensarlo, y ninguna manera de demostrarlo.

Laura se situó a mi lado y me pasó los dedos por el cabello húmedo.

—Había un chico que me cuidaba cuando tenía dos o tres años. Yo dormía en una cama de bebé, y recuerdo que nos metíamos en mi cama juntos, como en broma. Me parecía lo mejor del mundo que un hombre adulto se metiera en mi camita.

Hank me cogió la mano.

—Lo amaba. Y un buen día, desapareció sin más. Le pregunté a mis padres dónde estaba y mi madre solo me dijo: «El hecho de que a nosotros no nos guste no significa que a ti no pueda caerte bien». Es una respuesta rara de cojones, ¿verdad? Incluso entonces me pareció extraña y críptica.

Hank lloraba conmigo. Laura me abrazaba.

—Todo esto suena como un puto cliché, y lo odio, pero lo peor... es que estoy convencida de que me encantaba, joder. Cuando pienso en él solo siento cosas positivas. No me noto asustada ni resentida. Todo lo contrario: me entran ganas de sonreír.

Los miré a través de las lágrimas. Ambos me abrazaban con fuerza.

—Nadie me había mostrado nunca un amor como este. —Probablemente no era cierto, pero me pareció el momento apropiado para decir algo así—. Estoy muy agradecida por teneros en mi vida. —Esa parte sin duda sí que era verdad.

Nos quedamos allí sentados los tres, llorando, durante lo que (gracias al OxyContin) parecieron horas. Me sentía cargada de emociones después de soltar esas palabras que jamás había podido pronunciar en voz alta. Desnuda, llorando, hablando sobre mis sospechas acerca de una violación infantil que no tenía modo de verificar, me encontraba en el estado más vulnerable en el que una persona puede estar.

Hank me miró a los ojos.

—Te amamos, Akira.

Mierdas que dicen los actores porno

«No te corras en mis ojos.»

Sea cual sea el contexto en el que se dice (ya sea una broma, una amenaza o una amable advertencia), esta frase es una maldición. En el momento en que se pronuncian las palabras, está garantizado que recibirás esperma justo en el ojo.

En ocasiones es culpa del intérprete masculino. Lo hace a propósito. Ha tenido un mal día: se despertó con los gritos de su novia, se vio inmerso en un atasco de camino al plató y, al final, cuando sale del coche después de una hora y media, descubre que va a trabajar con una chica con la que no tiene química. La chica le enumera un millón de cosas que no puede hacerle y termina con un «No te corras en mis ojos». El tío se esfuerza durante toda la escena; hay que cortar cada pocos minutos para volver a ponérsela dura. Al final, cuando el director asiente para decirle que ya puede correrse, proyecta su rabia en la eyaculación y... ¡Bum! De manera «accidental», el semen acaba en tu córnea.

La mayoría de las veces, sin embargo, lo que ocurre es que el intérprete masculino no controla bien hacia dónde va la eyaculación. «La cara» es una zona bastante amplia, y los ojos son una pequeña parte de ella. A veces pasa.

«¿Dónde están las toallitas húmedas?»

Lo que la industria de las toallitas húmedas para bebés no sabe (¿o sí lo sabe?) es que las madres de los recién nacidos no son las que les sacan a flote el negocio. Son las zorras. Las putas. Las estrellas porno. En el porno, usamos las toallitas húmedas para todo.

Pis. «¿Dónde están las toallitas húmedas?» Pies sucios. «¿Dónde están las toallitas húmedas?» Polvo en los muebles. «¿Dónde están las toallitas húmedas?» Aquí hace calor. «¿Dónde están las toallitas húmedas?» (Se aplican toallitas frescas en la nuca.)

Siempre que estoy en un plató que no está relacionado con el porno, ya sea para un vídeo musical o una película independiente, tengo que recordarme constantemente que no debo pedir toallitas. Sería como colocarme un gigantesco cartel de neón con una flecha apuntándome en el que pueda leerse en letras mayúsculas: TRABAJADORA SEXUAL.

Si una chica tiene toallitas húmedas en su casa y no tiene un bebé... yo diría que es más que probable que te deje metérsela en el culo.

«Tengo que limpiarme el culo.»

Tengo la impresión de que paso una enorme parte de mi vida limpiándome el culo.

«Esta noche no puedo salir. Tengo que limpiarme el culo», o «Te llamo en un momento, que estoy limpiándome el culo».

Por supuesto, cada uno tiene su propio sistema, pero a mí me gusta preparar una escena anal con un día de antelación. Me levanto por la mañana, hago ejercicio y luego empiezo el procedimiento. Cuanto antes comience, mejor.

El proceso es sencillo. Cojo una bolsa de enema, la lleno de agua y luego introduzco el agua en mi ano a través de un tubo. Dejo que el agua salga y repito la operación.

Me pagan casi mil dólares más cuando una escena tiene una parte anal y no es solo vaginal. Cuando empecé a realizar escenas anales no me parecía justo. Después de todo, un agujero es un agujero, y uno no tiene por qué valer tanto más que el otro.

Pero mientras estaba aquí sentada, rellenando la bolsa del enema una y otra vez y enredando un poco en internet, lo he comprendido... No me pagan un extra por mi ano. El extra es por la preparación que necesita.

«Tengo cáncer.»

Preciosa, con ese tipo de rostro que llega a la industria del porno tan solo una vez cada pocos años, Raven se unió a la plantilla de chicas de Spiegler un par de años después que yo. Parecía normal, sin nada desagradable: una chica de campo, con dos niños pequeños y un novio formal.

Menos de un año después de firmar con Spiegler, anunció que tenía cáncer. Es algo absolutamente horrible, pero mi primera intuición fue: «Es mentira».

Les conté lo que pensaba a Spiegler y a Dana, y ellos estuvieron de acuerdo conmigo. El cáncer era una excusa común entre los mentirosos del porno, y el negocio estaba lleno de ellos. Alguien debería hacer un estudio sobre las mujeres del porno: tenemos una asombrosa cantidad de mentirosas patológicas que se descubren cada día. Así que seis meses después, cuando Raven empezó a colgar en la red fotografías en las que aparecía sin pelo y comprando pelucas, todos nos sentimos fatal. Llamé a Spiegler para decirle que no le contara a nadie lo que le había dicho.

Pasaron los meses y Raven empeoró. La gente que la había visto contaba que había perdido muchísimo peso y que su piel se había vuelto grisácea. Su novio relataba en twitter el progreso de la enfermedad, asegurando que Raven estaba demasiado enferma para responder a sus fans en la página. Al final, se sentía demasiado débil para caminar y necesitaba que la llevaran en silla de ruedas cuando salía de casa. Algo de lo más irónico, ya que después de que su novio dejara el trabajo para encargarse de sus dos hijos, Raven consiguió mucho dinero conectando vía webcam con sus fans y ejerciendo de acompañante.

Había pasado casi un año cuando Raven se decidió a llevar una dieta vegetariana y empezó a beber agua alcalina, y de pronto, milagrosamente, se curó. Los médicos le dijeron que ya no tenía cáncer. Más o menos por esa época, alguien

le preguntó en twitter por qué seguía teniendo cejas si había perdido todo el pelo de la cabeza. Unos días después, ella subió una fotografía suya sin cejas.

Con la misma rapidez con la que ella se había curado, su novio la abandonó, borró todos los tuits relacionados con el cáncer y escribió un comentario final diciendo que su novia era una mentirosa.

—¿Crees que...? —le pregunté con cautela, aunque nerviosa, a Dana.

—Nosotros fuimos los primeros en intuir toda esa mierda —respondió Dana, sonriente.

Nada de sexo en la Sala Champán

Asuma la posición, señora.

Pausa.

—Y he utilizado la palabra «asuma» porque «asumo»...

Pausa.

— ... que ya ha estado en esta posición antes.

La multitud compuesta por doscientas mujeres cachondas enloqueció.

Aquella era la primera vez que iba a un club de striptease masculino. Mi opinión sobre esos lugares era bien sencilla: los strippers masculinos eran asquerosos.

Estábamos allí para celebrar el cumpleaños de Anita. El ex marido de la prima de mi amiga Ellie era el dueño del club, así que ella se había encargado de arreglarlo todo. Pensábamos que la experiencia sería divertida en un sentido irónico, como «Ja, ja, ¡mira a esos modelitos bailando! ¡Menudos fracasados!».

Nos equivocábamos. Aquellos tíos estaban como un puto tren.

En el escenario, «Nico», disfrazado con un uniforme de policía completado con unas gafas de sol Ray-Ban y un cuerpo hiperhormonado, estaba situado detrás de una mujer a la que había inclinado sobre una silla. Sonriente y ruborizada por una mezcla entre vergüenza y embriaguez, la mujer sería la esposa de alguien al día siguiente. Esa noche, sin embargo, sus amigas la habían animado a simular actos sexuales sobre el escenario con un hombre que llevaba un tanga bajo el uniforme de policía.

Al ritmo de la sintonía del programa Cops, Nico se arrancó el traje y bailó alrededor del escenario. La multitud lo animaba mientras daba saltos mortales

hacia atrás sin otra cosa encima que los zapatos y un pequeño trozo de tela que le tapaba la polla y el agujero del culo. Una tía regordeta, seguramente una empleada, subió al escenario para acompañar a la soltera fuera de allí mientras más hombres con un aspecto similar al de Nico, vestidos con uniformes de prisión, se unían a la actuación.

Ellie nos había conseguido un reservado en primera fila, así que podíamos disfrutar del espectáculo con las mejores vistas de la casa. Sin embargo, el verdadero espectáculo estaba detrás de nosotras.

Mujeres que gritaban, golpeaban las mesas con las manos y saltaban en las sillas. Fuera de contexto, cualquiera habría pensado que éramos los monos de un zoo a la hora de la comida.

Si yo fuera uno de los hombres que trabajaban en el club, les tendría pánico a las mujeres.

Porque dábamos miedo de verdad.

El número había comenzado con seis tíos sin camisa bailando al ritmo de «In da Club», de 50 Cents. Las luces resaltaban sus músculos embadurnados de aceite y las mujeres gritaban tan alto que llegué a pensar que se trataba de una grabación enlatada cuyo fin era enardecer a la multitud. No había oído un estruendo como ese en toda mi vida.

Yo también gritaba.

Algunos bailaban mejor que yo. No, tacha eso. Todos bailaban mejor que yo. Un par de ellos hicieron incluso algunos truquitos en la barra que yo no hago jamás. Me pregunté qué más hacían. ¿Alguno de ellos habría hecho porno gay? ¿Todos tenían ese aspecto tan homosexual fuera del club? Esos tíos eran demasiado agradables físicamente para ser heteros. ¿Cajeros gays durante el día y objetos sexuales de noche? ¿Heteros previo pago?

Unos cuantos, en su solo, bailaron las mismas canciones que solía utilizar yo cuando trabajaba de stripper. Me pregunté si a ellos se les pasaban por la cabeza las mismas cosas que a mí mientras bailaban, como «¿Por qué estoy aquí?» o «¿Cuántos minutos me quedan para acabar?». ¿Odiarían ese trabajo tanto como yo?

No es que no me gustara bailar. Ni siquiera que no me gustaran los tíos para los que bailaba. De hecho, una vez que estaba en el escenario, una vez que

interactuaba con la multitud, me divertía. El problema era el horario de madrugada, los clubes asquerosos, el millón de cigarrillos que acababa fumándome en los vestuarios... Estar demasiado cansada para hacer nada durante el día, no querer comer demasiado antes de desnudarme delante de centenares de hombres... Desenrollar los asquerosos billetes de dólar que me habían arrojado, antes de meterme en la ducha a las cinco de la mañana para arrancarme por fin toda la mugre que se me había pegado al cuerpo.

Mi salvación fue Maury, lo más cercano a un amante ricachón que he tenido. Llevaba ya unos cuantos meses bailando en el Hustler Club, y Maury era un conocido derrochador.

—Si le gustas, te llevará a la Sala Champán todas las noches. Y ni siquiera tendrás que ponerte en plan sucio. —El dueño me guiñó un ojo y luego me cogió de la mano para llevarme hacia la mesa VIP de arriba.

—¡Siéntate con nosotros! —gritó Maury para hacerse oír por encima de la música.

Ya había cinco o seis chicas sentadas con él, todas hermosas y sonrientes. Casi parecía una escena de dibujos animados, con todas aquellas mujeres de piernas largas parecidas a Jessica Rabbit acomodadas alrededor de aquel judío gordo y canoso. Las chicas tenían esa expresión de «necesito dinero desesperadamente» pintada en la cara, pero todas parecían cómodas, e incluso alegres, en compañía de Maury. El Hustler Club de Nueva York es distinto a los típicos bares de tetas repartidos por la región central de Estados Unidos; es un «salón de caballeros», un tipo de club muy diferente. Los techos son altos, hay tres escenarios y los asientos están limpios, sin agujeros ni manchas. Hay una sala de fumadores arriba, en la azotea, iluminada con velas y con vistas al río Hudson. Las mujeres llevan vestidos largos en lugar de biquinis, y no se arrojan al escenario billetes arrugados de un dólar. El dinero no se consigue en el escenario, sino con los bailes privados, y sobre todo en la Sala Champán.

—Hola, Maury. Las chicas me han contado un montón de cosas buenas sobre ti. Soy Akira.

Ese era mi nombre artístico en aquella época.

Charlamos un rato hasta que por fin le hizo un gesto al dueño para que volviera a acercarse. Le dijo que quería llevarme a la Sala Champán. Al oír ese

nombre, la energía del grupo cambió. Todas las chicas que nos acompañaban se sentaron un poco más derechas y prestaron más atención.

—Esta noche voy a ir con Akira —señaló, y todos los rostros se desanimaron.

Maury pagó al dueño en metálico. Cuatrocientos dólares para el club, la tasa habitual por hora, y otros seiscientos dólares para mí.

Una vez a solas en la sala, no sabía qué esperar. Para llevarme allí a algunos tíos tenía que insinuar una mamada. Y cuando estábamos dentro, por supuesto, me pasaba una hora eludiendo la mamada prometida y bailando sobre su regazo durante un rato que a ambos se nos hacía demasiado largo. Con otros hacía de terapeuta: me contaban sus quejas sobre sus mujeres, novias o amantes, y yo me convertía en un simple oído dispuesto. Algunos solo querían compañía mientras esnifaban coca durante una hora y cortaban las rayas con sus tarjetas de crédito de empresa.

Ese no era el caso de Maury. Me desvestí, bailé durante un ratito y luego hablamos sobre distintos temas mientras él fumaba un cigarro tras otro, yo desnuda y él completamente vestido. Descubrí que era un judío ortodoxo, con un matrimonio infeliz y dos hijos, y que tenía un exitoso negocio en la ciudad. Durante la mayor parte del tiempo, sin embargo, nuestra conversación fue la de dos amigos que solo querían desahogarse un poco. Maury no bebía, y yo tampoco. Yo me colocaba con Oxy, pero él no lo sabía por entonces.

Esa noche intercambiamos nuestros números de teléfono antes de abandonar la Sala Champán y nos fuimos a casa, por separado, con la sensación de haber hecho un nuevo amigo.

A partir de ese momento, siempre que Maury estaba en el Hustler, lugar al que nos referíamos en broma como «H», yo también estaba allí. Vivía a dos manzanas del club, y él me enviaba un mensaje de texto en cuanto llegaba. Me maquillaba un poco, me tomaba una pastilla de Oxy y me acercaba al club en pijama. Algunas noches subía al vestuario a ponerme la ropa de stripper, pero otras ni me molestaba en hacerlo. Él siempre, siempre, me llevaba a la Sala Champán.

La mayoría de las veces Maury contrataba a otra chica para que nos acompañara. Había unas diez chicas o así que le gustaban. En ocasiones, si se trataba de una chica que me atraía, nos miraba mientras follábamos. La chica más guapa era Jacqueline. Era una muñequita Barbie de Puerto Rico. A veces se

emborrachaba demasiado, pero a Maury no le importaba. Eso formaba parte de su encanto. Muchas noches, Maury me sacaba del club, pagándome la tarifa por hora de la Sala Champán, para ir a cenar, pasarse por su oficina o incluso ir a otro club de striptease. Siempre recogíamos a mis dos mejores amigas, Dee y Gianna, de camino a donde fuéramos. Sobre las siete de la mañana nos dejaba en casa y se iba directo a trabajar, o a casa, a dormir un rato. Maury era un verdadero amigo para mí; solo que además me pagaba.

Al final, Maury me hizo una proposición. Dejaríamos el negocio de la Sala Champán y él me pagaría todas las facturas y me daría una asignación a cambio de mi compañía unas cuantas veces a la semana. No era muy distinto a lo que hacíamos hasta ese momento; la única diferencia era que Maury no tendría que pagar la tasa del club. Accedí.

Poco después de nuestro trato, Maury nos llevó a Jacqueline y a mí a uno de sus viajes de negocios a Florida.

Nos alojamos en el Ritz-Carlton. Maury había alquilado una habitación para Jacqueline y para mí, y él tenía una suite al lado. La chica y yo nos habíamos hecho amigas, así que no había problema. Trabajó durante el primer día que estuvimos allí, de modo que Jacqueline y yo bajamos a la piscina. Esa noche disfrutamos de una cena agradable y acabamos la noche en la habitación del hotel: Maury en la suya y nosotras en la nuestra.

Al día siguiente, Maury estaba libre. Fuimos de compras y gastamos miles de dólares en ropa. A Maury le hacía feliz vernos felices.

—A propósito, he contratado a algunas chicas para esta noche y me gustaría saber si queréis uniros a la fiesta. —Estábamos comiendo después de las compras cuando Maury nos soltó aquello.

—En realidad, mi amigo Toby vive aquí y me ha llamado muchas veces. Esperaba poder quedar con él.

Y así quedó la cosa. Maury pasaría la noche con sus chicas de compañía y Jacqueline y yo saldríamos con Toby.

La noche que pasamos con Toby está borrosa en mi memoria, pero recuerdo lo suficiente para saber que fue una de esas noches perfectas que solo ocurren cuando tienes veintiún años y eres lo bastante mayor para que te consideren adulta, pero también lo bastante joven para no tener responsabilidades. Todos acabamos

bien jodidos, pero nadie se pasó de la raya. Recuerdo que vino a buscarnos con otros tres amigos. Recuerdo que nos metimos unos cuantos Oxys antes de salir. Recuerdo que no paramos de preparar rayas de coca en toda la noche. Fuimos a unos cuantos locales, y en todos entramos gratis gracias a nuestro atuendo. Por supuesto, nos bañamos en pelotas en la playa. Recuerdo vagamente que los chicos nos dejaron en el hotel, y que me enrollé con Toby antes de salir del coche.

Jacqueline y yo nos despertamos a la mañana siguiente vestidas con la camisa de los chicos. Maury estaba sentado en la cama a mi lado.

—Me he tomado la libertad de echarle un vistazo a tu cámara —dijo con voz triste.

Eché un vistazo a Jacqueline, que tenía toda la pinta de estar intentando reunir las piezas de la noche anterior.

—Ah, pues genial —respondí. Era raro que figoneara en nuestras cosas. Hubo un instante en el que empecé a ofenderme, pero enseguida comprendí que estaba demasiado cansada para que me importara—. ¿Cómo te fue la noche? —pregunté.

—Bien. Según parece, vosotras lo pasasteis muy bien. —La voz de Maury hizo que me sintiera culpable por haberme divertido.

—Ni siquiera recuerdo lo que hicimos anoche.

No era del todo cierto, pero por alguna razón pensé que aquel comentario haría que se sintiera menos excluido.

Pedimos que nos subieran el desayuno a la habitación, y Maury permaneció en silencio. Salimos a dar un paseo en coche por Miami, y él no abrió la boca en todo el día. En cierto momento, llamó su mujer. Fue la primera vez que respondió una llamada suya delante de mí.

—Hola... Nada, solo trabajo. ¿Cómo están los niños? Genial. Te llamaré mañana. —Estaba a punto de colgar cuando soltó—: Oye... Te echo de menos. —Una pausa. Ella no dijo nada. Maury colgó.

Volvimos al hotel y empecé a liarme un porro.

—Maury... ¿te apetece fumar? —Estaba convencida de que diría que no.

—Claro —respondió, para mi sorpresa.

Jacqueline y yo nos miramos. Maury nunca había tomado drogas. No es que yo creyera que la hierba era una droga, pero él nunca se había metido nada.

Lo mejor de ver a alguien fumando por primera vez es que te traslada a tu primera vez. Todas esas sensaciones irreales, las ideas tontas, el hecho de que todo te resulte desternillante... Es contagioso. Hay una gran parte del inicio de mi adolescencia que no recuerdo, pero me acuerdo de mi primera fumada como si hubiera ocurrido ayer. Estaba en Central Park con mi amiga Jenna y cuatro chicos. Lo primero que vi cuando estaba fumada fue a un hombre sentado en un banco del parque leyendo un periódico. Era verano, así que no llevaba camisa; el periódico le tapaba los pantalones cortos y parecía un tío desnudo leyendo un periódico en Central Park. Después de partirnos de risa durante lo que pudieron ser cinco segundos o cinco horas, Jenna y yo dejamos a los chicos y nos fuimos a FAO Schwarz. Jugamos con los juguetes, nos tumbamos entre los peluches y nos paseamos por allí en medio de una neblina de risas hasta que al final vomitamos por habernos comido un montón de chuches de la tienda de golosinas. Regresamos a casa de Jenna con una misión en mente: encontrar más hierba.

Mientras nos pasábamos el tercer porro, Jacqueline y yo decidimos maquillar a Maury. Cogí una falda y se la enrollé en la cabeza a modo de turbante. Todos nos caímos al suelo de la risa. Pedimos comida al servicio de habitaciones, y el chico que nos la trajo se unió a nosotros un ratillo e hizo fotos a «las strippers» para enviárselas a sus amigos.

A partir de ese día, Maury se enganchó. Empezaba a fumar antes de irse a la oficina y no lo dejaba hasta que llegaba la hora de volver a casa por las noches. Iba cada vez menos a H, y al final dejó de verme. Me contó que su mujer y él habían empezado a fumar juntos, y que incluso habían mantenido relaciones sexuales por primera vez en un año.

Todavía hablo con Maury de vez en cuando, y siempre está fumado. Parece una persona diferente. En aquel momento no me di cuenta, pero Maury era una persona deprimida cuando lo conocí. Ya no va a los clubes de striptease, ni contrata a chicas. Jamás me ha pedido que volvamos a salir.

Y eso me hace feliz.

Mientras los tíos desnudos bailaban en el escenario, Anita, a mi izquierda, le estaba metiendo un dólar en la bragueta a un camarero vestido con unos pantalones negros holgados y una pajarita. Sin camisa.

—Vamos, nena, ¡seguro que puedes llegar un poquito más abajo! —gritó él para hacerse oír por encima de la música y los chillidos de las mujeres.

Anita se echó a reír.

En un ambiente como ese, las mujeres son mucho más agresivas que los hombres. Un buen número de nosotras extendíamos los brazos hacia el escenario para tocar algo. Cualquier trozo de carne nos servía: un muslo, un bíceps, un hombro... lo que fuera. Cuando alguien les agarraba la polla, los strippers se limitaban a sonreír y a negar con el dedo, como si dijeran: «No, no, de eso nada, boba». Si los hombres se comportaban de esa forma en los clubes de striptease femeninos, los echaban de inmediato... e incluso podían acabar arrestados.

Quizá fuera porque ya había tenido una doble penetración ese día, o porque estaba acostumbrada a ver a tíos desnudos a menudo, o tal vez porque a mí también me convertían en un objeto muchas veces. Quizá fuera porque en general soy más reservada, no lo sé, pero lo cierto es que no toqué a ninguno de los hombres. Se me hacía muy raro estar en ese lado del escenario, formar parte del género dinámico.

Me recordó a un documental que había visto sobre acompañantes masculinos en Japón. Sus clientes, las mujeres, acudían a su club noche tras noche y esperaban pacientemente mientras atendían a otras mujeres. Les hacían regalos lujosos, compraban carísimas botellas de champán y les daban todo el dinero que quisieran... y lo único que pedían a cambio era su compañía.

Y lo más curioso era que esas mujeres eran prostitutas.

Trabajaban todo el día, se acostaban con tíos por dinero, y luego iban al club por las noches y se lo gastaban todo en el acompañante masculino de su elección. El lado sucio del círculo de la vida.

Una chica de nuestro grupo, Angie, agitaba un dólar mientras saltaba arriba y abajo.

—¡Ven aquí! ¡Acércate aquí!

Me encogí por dentro. Sentí que la odiaba. Detestaba ese rollo de «Ven aquí, ¡tengo todo un dólar! Ahora enseñame qué estás dispuesto a hacer para merecerlo».

Es degradante. Odiaba que los hombres hicieran eso cuando bailaba.

Justo entonces, «Christian» apareció en el escenario. En cuanto entró, varias mujeres se levantaron de su asiento y corrieron hacia el escenario. Y con razón: aquel chico mestizo era muy guapo. Seguramente fuera medio blanco, medio negro, porque tenía la piel de un color marrón claro y lo que parecían ojos verde avellana. Su cuerpo era fibroso. Labios grandes y una cara que resultaba infantil y madura al mismo tiempo. Anita y yo nos miramos con la misma expresión.

—Madre mía...

Nos abrimos paso hasta la parte delantera del escenario, donde otras mujeres se habían situado justo antes que nosotras. Anita me cogió la mano.

—Este tío está como un puto tren.

Asentí con la cabeza sin quitarle los ojos de encima.

Era, sin duda, el favorito de la multitud. Cuando por fin se quitó la ropa, juro que la sala se estremeció.

Se acercó a nosotras, y cuando se puso de rodillas y se acarició los abdominales con una sonrisa, Anita le metió un dólar en el tanga. Él sonrió de una forma que me hizo reflexionar sobre lo que había pensado un segundo antes. Si el chico era capaz de sonreír así, de una manera tan sincera y convincente, quizá yo también pudiera hacerlo.

Le acaricié la pierna mientras se alejaba.

Haiku

Penis in my throat!

If I had a gag reflex

...I could eat way more.

¡Un pene en mi garganta!

Si tuviera reflejo faríngeo

... podría tragar mucho más.

11 Gloria

Siempre que tengo que volar, intento llegar al aeropuerto lo más tarde posible. Cuanto más tiempo paso allí, más comida basura ingiero. Me criaron unos maniáticos de la salud, y puedo contar con una mano las veces que me «regalaron» una cena en McDonald's cuando era niña. La comida basura nunca ha formado parte de mi dieta, y mucho menos de la lista de cosas que me permito comer ahora que mi trabajo requiere que esté desnuda la mayor parte del tiempo. Sin embargo, por alguna extraña razón, cuando estoy en un aeropuerto todo es posible. Quizá sea por las esencias químicas que las cadenas de comida liberan en el ambiente; o tal vez no sea otra cosa que el aburrimiento que implica estar atrapada en un aeropuerto con un iPod lleno de música que no me apetece oír o un iPad lleno de libros que no me apetece leer. Sea cual sea la razón, el retraso de un vuelo es el peor enemigo de mi dieta.

Eso fue precisamente lo que ocurrió aquella mañana. Después de deambular por el aeropuerto y pasar junto al puesto de Cinnabon por enésima vez, al final me senté junto a la puerta de embarque.

El día anterior había sido Acción de Gracias, y estaba de camino hacia New Hampshire para una sesión de firmas en unos almacenes.

Las vacaciones de invierno son siempre el peor momento para viajar, y resulta un topicazo incluso el hecho de quejarse de ello. El JFK estaba particularmente lleno aquel día, incluso para esa época del año, y me senté en el primer sitio libre que vi. Escuché por megafonía un anuncio que decía que no embarcaríamos hasta dos horas después, pero la Pizza Hut Express y el cucurucho de Häagen-Dazs que acababa de comerme, junto con las sobras de la comida que mi madre me había dado antes de marcharme, habían conseguido saciarme lo suficiente para no buscar más.

El asiento estaba al lado de un tío con una cola de caballo, vestido con una camiseta de Metallica y unos vaqueros negros. Supuse que tendría unos veinte años.

—¿Vas a Rochester?

Me volví para ver quién me estaba hablando. Los desconocidos me ponen nerviosa, pero aquel chico parecía bastante inocente.

—No —respondí—. Voy a New Hampshire. El vuelo se ha retrasado.

—Nuestro vuelo también se ha re-retrasado. Se su-su-supone que subiremos al avión en diez minutos, pe-pero llevan diciéndonos eso desde hace tres ho-horas. ¿Qué puedo decir? Esto es el JFK. —Tartamudeaba, como si su boca fuera demasiado rápido para su cerebro. Supuse que eso significaba que sabía quién era yo, y me alegré. Sentí de inmediato que teníamos algo en común, un sucio secretillo. Que éramos una especie de «pervertidos unidos» o algo así. Me tranquilicé.

—Soy Rob.

Me ofreció la mano a modo de saludo. Se la estreché.

—Yo soy Asa. Encantada de conocerte.

Charlamos un rato más sobre el retraso de los aviones y luego saqué el iPad y él volvió a jugar con su Nintendo DS. Poco después, su vuelo empezó a embarcar. El chico recogió sus cosas y le deseé un buen viaje.

Los diez segundos siguientes transcurrieron a cámara lenta.

Rob se puso en pie y cruzó por delante de mí. Mientras rodeaba mi asiento, bajó la mano por delante de mi cara, por encima de mi hombro, sobre mi pecho y, por fin, me agarró una teta. Y me dio un apretón.

Y luego echó a correr.

Empecé a asimilar lo que había ocurrido un instante después. Miré a mi alrededor para ver si alguien se había dado cuenta. ¿Había ocurrido de verdad? ¿En la vida real? ¿Era una especie de castigo por todas las bromas sobre violaciones que había colgado en twitter? Me quedé paralizada durante unos diez segundos o así, y luego cogí el abrigo y el bolso y corrí tras él. Me sentía como en una pesadilla, como si estuviera viendo desde lejos todo lo que me ocurría y mis reacciones tuvieran un retraso de un par de segundos. El aeropuerto estaba abarrotado, y para cuando conseguí levantarme y echar a correr, él ya había desaparecido. Me acerqué a la puerta de embarque y le conté todo al asistente de vuelo.

—Un idiota acaba de tocarme un pecho. Iba a subir a este avión.

Se me habían llenado los ojos de lágrimas y me temblaba la voz. Deseaba controlarme, pero físicamente no podía. Me sentía violada, como en ese sueño en el que alguien abre la puerta del baño público justo cuando estoy agachada, con una pierna apoyada en la taza y el teléfono entre los dientes, para cambiarme el tampón.

Lo más jodido de que alguien me tocara la teta fue que no reaccioné como deseaba hacerlo. En lugar de darle un puñetazo, un bofetón o decirle al menos unas cuantas cosas, me quedé paralizada, lloré y empecé a parlotear.

Al final decidí perder mi vuelo y coger el siguiente para poder dar parte a la policía. Cuando por fin aterricé en New Hampshire, apenas tuve tiempo de dormir un poco antes de que viniera a recogerme el coche para llevarme a la sesión de firmas.

—Es lo más surrealista que me ha pasado en la vida —le expliqué al empleado de la tienda mientras íbamos en el coche.

Cuando llegamos al local, resultó ser un negocio familiar. La regentaba un equipo madre-hijo, Abigail y Mike. Disponía de una hora antes de que el establecimiento abriera la puerta oficialmente, así que le pedí a Mike que me la enseñara. Arriba estaban todos los vídeos, la lencería, los zapatos de stripper y los juguetes sexuales.

—No sé si querrás ver lo que hay abajo —dijo Mike con una risotada.

—¿Y por qué no iba a querer?

Fuera lo que fuese lo que había abajo, ya me parecía prometedor. Era como si el chico me hubiera desafiado.

Mike miró a su madre.

—¿Puedo? —preguntó, y de pronto me pareció infantil, aunque era evidente que ya estaba cerca de los treinta.

Su madre le dio el visto bueno y empezamos a bajar los desnivelados peldaños de madera. Cuanto más descendíamos, más frío hacía. Me sentí como los niños de la serie de Narnia, atravesando un oscuro armario para desvelar un secreto. Un guardia de seguridad nos permitió pasar a través de las cortinas negras que

había al pie de la escalera.

Lo que allí había era una hilera de cabinas, algunas con las cortinas abiertas y otras cerradas. En cada una de ellas había una pequeña pantalla de televisión en la que se reproducía una película porno. Todas estaban vacías.

—Ven, mira.

Mike me guio hasta el interior de una de las cabinas, en la que se veía una película gay que no podía haber sido filmada después de los ochenta. Seguí la mirada de Mike hacia la parte inferior de la pantalla y, para mi asombro, allí estaba: un único y perfecto «agujero glorioso» en mitad de la pared.

—¿Todas las cabinas lo tienen? —Mi voz sonó mucho más aguda y chillona que de costumbre.

—Pues sí.

Fui a toda prisa hasta la siguiente. Y después hasta la otra. Y otra más. Todas estaban conectadas por agujeros del mismo tamaño, con paneles corredizos de madera que los cubrían cuando no se utilizaban.

—¿Esto es legal? —pregunté, todavía con una voz demasiado alta.

Mike se echó a reír.

—No, pero decimos que es para la ventilación.

Hizo unas comillas con los dedos.

Saqué el teléfono y se lo pasé a Mike.

—Rápido, hazme una foto a través del agujero glorioso.

Cuando por fin volvimos a subir las escaleras, ya había llegado la hora de abrir el establecimiento. Menos de veinticuatro horas antes, habían abusado de mí por primera vez en mi vida adulta, pero no podía pensar en nada que no fueran los agujeros gloriosos. Quizá sea verdad eso que dicen de que antes de la luz siempre hay oscuridad. Nunca había visto uno de esos agujeros en la vida real, ni siquiera en televisión. Solo era algo de lo que había oído hablar. Ya no quería firmar autógrafos. Solo quería ver de nuevo los agujeros gloriosos.

Intenté incorporar los míticos agujeros en todas las conversaciones que mantuve.

«Mucho gusto. Sí, me ha encantado hacer esta película. ¿Alguna vez has visto un agujero glorioso en la vida real?»

No dejé de mirar las escaleras con el rabillo del ojo mientras firmaba películas, pósters y fleshlights (un juguete sexual masculino con forma de vagina). Algunos tíos bajaron y volvieron a subir. Me entusiasmaba conocer su secreto.

Un par de horas después, llegó la hora del descanso para comer.

—Bueno, ¿y qué tipo de personas los usan? Lo que quiero decir es ¿quién los utiliza más?

No hizo falta que especificara más. Mike lo entendió.

—Los tíos gays. Siempre son tíos gays. Nunca he visto a una chica bajar ahí.

—¿Son siempre mamadas?

—Casi siempre.

Siempre me ha parecido rarísimo que la gente esté más dispuesta a hacer una mamada que a mantener una relación sexual. Una mamada es algo mucho más íntimo... es tener los genitales de alguien en la cara. ¡En la cara! Por no mencionar que el sexo es algo que ambas partes disfrutan. Hacer una mamada no resulta muy estimulante a menos que haya una recompensa después. Lo mucho que amo a un chico guarda una relación directa con las veces que le hago una mamada hasta el final sin que me lo pida.

—Entonces ¿esos tipos cobran o lo hacen gratis?

—No, solo lo hacen por diversión. Por lo general son tíos viejos.

Me tomé un segundo para imaginarme a dos abuelos turnándose para chupársela mutuamente a través de los agujeros gloriosos mientras en sus cabinas se reproducían películas gay. ¿Verían la misma película? Mejor dicho: ¿llegaban a ver algo de la película? Recordé que había recorrido el borde de uno de los agujeros con el dedo índice y me di cuenta de que, de manera indirecta, había tocado la polla de un viejo.

—¡Ah! Te enseñaré cómo los hacemos. —Mike se puso en pie, entusiasmado. Se acercó a una estantería y rebuscó entre algunas herramientas mientras yo esperaba sentada en la silla, emocionada. Cogió un cabezal de taladro de forma circular del tamaño exacto de los agujeros—. Yo me encargo de taladrarlos —alardeó.

Me sentía impresionada.

—Esto es increíble. —Cogí el cabezal y lo giré de un lado a otro, como si me hubiera entregado un antiguo artefacto egipcio—. ¿Puedo sacarle una foto?

Mientras regresábamos a la parte delantera de la tienda, donde la gente aguardaba en fila para verme, subí una foto del cabezal con el que se hacían los agujeros gloriosos a todas las redes sociales. Les envié un mensaje a mis amigos que decía: «Adivina para qué es esto». Se lo mostré a algunos de los fans, pero me di cuenta enseguida de que su interés era forzado.

Cuando acabó la sesión de firmas, miré el teléfono. Nadie había conseguido adivinar para qué se utilizaba aquella herramienta mágica. Les contesté uno a uno: «¡Es para hacer agujeros gloriosos!». Todo el mundo fingió al menos sentirse impresionado, salvo Roy.

«¿Estás segura de que no es una simple sierra para agujeros?»

«¿Qué coño es una sierra para agujeros?», le contesté enseguida.

«Algo que sirve para hacer el agujero del pomo de las puertas, por ejemplo»

Ah.

El fin de aquella herramienta no era solo hacer agujeros para que unos viejos les chuparan la polla a otros. También la utilizaba la gente normal para cosas domésticas normales. Sin dejar que ese descubrimiento me desanimara, seguí difundiendo las instrucciones para hacer un agujero glorioso. En el aeropuerto, a pesar del extraño roce que había tenido el día antes, se lo mostré a un fan que se acercó para hacerse una foto conmigo.

—Por supuesto que me haré una foto contigo. Y lo más curioso es que vengo de una sesión de firmas y mira lo que he descubierto...

Durante el vuelo de vuelta a Los Ángeles, ocupé mi asiento de ventanilla,

cerré los ojos y pensé en la última vez que me había sentido así.

Fue en casa de mi tía, cuando tenía diez años. Estaba jugando al escondite con mis primos y fui a la habitación que compartía con mi tío. Cotilleé un rato mientras me escondía y descubrí condones en un cajón. Cogí uno, me lo guardé en el bolsillo y lo llevé a la escuela al día siguiente.

En un descanso, lo inflamos como si fuera un globo. Todo el mundo había formado un círculo en el patio y examinado el condón antes de abrirlo. Nos lo pasamos como si fuera una granada y nos aseguramos de cogerlo con mucho cuidado, como si dejarlo caer fuera a causar una enorme explosión que nos traería problemas. Cuando lo abrimos por fin, ninguno de nosotros sabía con seguridad si el aceite que nos dejaba el condón en las manos era normal o no. No hablamos sobre los detalles de cómo funcionaba o para qué servía. Seguramente ninguno de nosotros lo sabía. Lo único que sabíamos era que se utilizaba para el sexo, y eso en sí mismo lo convertía en algo asombroso.

La siguiente vez que fui a casa de mi tía, aproveché la primera oportunidad para correr hasta su dormitorio y robarle otro. Ese lo guardé para mí. Cuando regresé a casa más tarde, metí el condón debajo de la almohada y esperé a que llegara la hora de acostarse. Me pareció que la cena de esa noche duraba una eternidad. Solo podía pensar en el condón que estaba bajo mi almohada, aguardando a que me masturbara. Cuando mi madre me preguntó si quería ver una película esa noche, mentí.

—Mou neru wa —expliqué en japonés—. Me voy a dormir ya.

Tan pronto como llegué a mi habitación, comprobé que el condón seguía en su sitio. Así era. Me metí bajo las sábanas y, mientras sujetaba el preservativo con fuerza contra mi pecho, empecé a tocarme. Cómo se usaba, para qué era... todas esas tecnicidades me resultaban desconocidas; pero era lo más cerca que había estado nunca del sexo, y con eso bastaba. Me pasé toda la noche en vela, masturbándome.

Cuando aterricé en Los Ángeles, le pregunté a Toni si había recibido mi mensaje.

—¿Te refieres a la foto esa? ¿Para qué es, para hacer agujeros gloriosos? —Al igual que todos los demás, no parecía muy entusiasmado.

—¡Exacto! ¿Cómo lo has sabido?

—Porque eres un bicho raro —respondió sin más.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue llamar a Spiegler.

—¿Qué tal te fue el resto del viaje? ¿Volvieron a manosearte? —bromeó.

—No. Pero ¿habías visto alguna vez un agujero glorioso en la vida real?

—Lo cierto es que no, pero ¿por qué no me lo cuentas tú?

Sonreí de oreja a oreja.

—Bueno, en primer lugar, adivina cómo los hacen...

La regla del dos

Por lo general, las cosas en mi vida suceden de dos en dos. Antes del incidente del abuso de Acción de Gracias, ya había sufrido una experiencia similar. Fue durante un viaje en tren en Japón. Tenía unos doce años e iba sola. El tren estaba abarrotado y todos estábamos literalmente apretados los unos contra los otros, algo que es bastante normal en las horas punta en Tokio. Estaba de pie, cara a cara con un hombre que en aquel entonces me parecía enorme, mucho más alto que yo. Me bajaba en la parada siguiente y debía esperar a que llegara el próximo tren. No parecía una gran hazaña.

En Japón es tan frecuente que haya delincuentes sexuales en los trenes que tienen incluso su propio apodo. Los alumnos aprenden en clase que si alguien abusa de ellos, lo que hay que hacer es señalar al hombre en cuestión y llamarlo «chikan» para que todo el mundo sepa lo que ocurre. Hay carteles que pueden traducirse como «¡Cuidado con los chikans!» en todas las estaciones japonesas, ilustrados con dibujitos de una niña que le da un manotazo a un hombre en la mano. Japón es un país así de extraño. Los delitos más comunes son los abusos en los trenes, el robo de bragas (los japoneses tienden la colada en el patio de atrás) y las fotografías por debajo de las faldas de chicas desconocidas en las escaleras mecánicas. Aun así, en las noticias apenas comentan otros delitos. Un disparo desde un coche es un concepto completamente extraño para ellos. Se considera una grosería sonarte la nariz con un pañuelo de papel en público, pero es normal que los tíos lean cómics pornográficos en el tren.

La primera vez que pensé que las cosas siempre me ocurrían de dos en dos fue durante una visita rutinaria a la que era mi médium favorita en aquella época. Carrie iba totalmente de negro, incluida su larga melena teñida. Piel pálida, anillos en todos los dedos... si la vieras por la calle, sabrías que es una médium; o al menos, una practicante de la Wicca. Al principio, eso me echaba para atrás; me parecía demasiado efectista, como una actriz que interpretara el papel de lo que ella era en realidad. A pesar de todo, me dijo un montón de cosas que acabaron por cumplirse. Así que estuve viéndola durante un año, más o menos una vez al mes. En cuanto le hablaba sobre un nuevo chico con el que salía, lo primero que me preguntaba era: «¿De qué signo es?».

Cuando se lo decía podían pasar dos cosas: 1) mostraba su aprobación con una sonrisa y cogía las cartas del tarot, o 2) ponía los ojos en blanco y suspiraba: «Ni siquiera te molestes».

Acudir a las pitonisas era una costumbre que había iniciado cuando era joven. Mientras crecía, mi madre me llevó muchas veces a ver a médiums, psíquicos, quiromantes, reflexólogos, doctores en medicina china con traductores que podían decirme lo que me pasaba después de echarle un largo y detenido vistazo a mi lengua... La verdad es que no nos lo tomábamos demasiado en serio. Solo era algo que nos gustaba hacer juntas para divertirnos cuando estábamos aburridas. Nuestra favorita era una mujer de Queens que hacía sus lecturas en la parte trasera de un restaurante indio de Jackson Heights. Comíamos en el bufet hasta hartarnos y al terminar nos levantábamos de la mesa por turnos para que nos leyera la fortuna en la oscura mesa reservada del rincón.

Después, ambas jurábamos no acercarnos más al bufet, pedíamos las bolitas de queso bañadas en sirope de postre y compartíamos lo que nos depararía el futuro.

—Dice que voy a escribir un libro —le conté a mi madre, emocionada—. Voy a tener muchísimo éxito y mi vida va a ser maravillosa.

Mi madre me contó lo alucinante que iba a ser su vida y luego tomamos el metro hasta Brooklyn. Volvimos a casa sonrientes gracias a un estómago lleno y un futuro brillante.

Años después, cuando conseguí un contrato para un libro, le conté a mi amigo Dave que alguien había predicho que ese sería mi destino.

—No te ofendas, pero todas las personas que conozco han acudido alguna vez a un médium que les ha dicho que escribirían un libro —aseguró con sequedad.

Por más que lo deseara, no podía discutirse.

Después de leerme mi carta astral, Carrie me contó la razón por la que el número dos era tan importante en mi vida: mi luna está en Géminis, como la de Barack Obama, que es birracial, en la actualidad desempeña su segundo mandato como presidente y tuvo que asumir oficialmente dos veces el cargo en su primer mandato. Hice memoria para averiguar las cosas que había hecho dos veces. Pasé la varicela en dos ocasiones. Había tenido dos abortos. Mi primera escena anal hubo que rodarla dos veces debido a problemas de cámara. Incluso había trabajado como

prostituta un par de veces. Carrie tenía razón. Muchas de las cosas importantes de mi vida iban de dos en dos.

«Salvo perder la virginidad», pensé. Eso lo había hecho tres veces.

La primera vez fue con Jack. Era un año mayor que yo e iba a clase con mi primo. Chateábamos todos los días después del colegio y nos habíamos visto unas cuantas veces. Nunca pasábamos de la tercera base (trabajos manuales).

«¿Eres virgen?», me escribió Jack una noche.

«Sí. ¿Y tú?»

«Vaya, menos mal. Me preocupaba que no lo fueras. Yo también. Pero quiero probar...»

«Yo también.»

Fue tan simple como eso. Durante las vacaciones de verano entre el octavo y el noveno curso, quedamos en casa de Jack, en el Upper West Side de Manhattan, mientras sus padres estaban en el trabajo. Después de un largo paseo por Central Park con un porro que él se había liado para la ocasión, nos fuimos a su habitación. Su hermano nos había comprado condones, y después de ciertas dificultades, Jack consiguió ponerse uno. Para ser la primera vez, estuvo impresionante: consiguió aguantar unos diez minutos antes de correrse. Yo no sangré, pero me dolió. Fue todo un éxito.

Pasé un mes sin sexo, y Jack y yo no volvimos a hablar mucho después de eso. Me alegraba haberme librado de la virginidad, pero, al mismo tiempo, no quería que la gente lo supiera. Ya había muchos que me odiaban por haberle hecho una mamada a Dan Siegel en octavo. Si no me andaba con cuidado, acabaría por estar a la altura de mi reputación de zorra. Y todavía sin verdaderos motivos.

Pasó la primera semana de instituto y los padres de Josh Bernstein se fueron de la ciudad. Había salido y cortado con Dan muchas veces desde séptimo y, hasta donde él sabía, ninguno de nosotros había pasado de las mamadas.

—Dan quiere verte en el cuarto de baño —dijo Greg. Me había buscado por toda la fiesta. Sonreí y lo seguí hasta el baño del dormitorio principal.

Empezamos a besarnos en cuanto lo vi. Debimos de enrollarnos durante al

menos una hora antes de comenzar con lo serio. Por aquel entonces, lo que durara el rollo no estaba determinado por la llegada del orgasmo. Nos frotábamos hasta que el roce de los vaqueros empezaba a hacernos daño o cuando los padres de alguien volvían a casa, lo que ocurriera primero.

Dan se sacó la polla y me la puso en la boca. El suyo era el primer pene que había visto de cerca. La primera vez que se lo vi, alrededor de un año antes, pensé que me estaba tomando el pelo. ¿Ese era el aspecto que tenía un pene de verdad? Antes de que el porno se apoderara de los monitores de todos los continentes salvo la Antártida, la clase de salud era el único lugar donde un niño podía ver un pene. En los dibujos tenía una pinta muy distinta. Me pareció falso, demasiado gomoso.

Un año más tarde, más acostumbrada ya a tener esa cosa en mi boca, no me parecía tan raro. Después de chuparlo un rato, acabamos frotándonos en el suelo, solo que en esa ocasión ninguno de los dos llevaba pantalones ni ropa interior. Sentía el suelo frío en la espalda, pero estaba demasiado cachonda como para que me importara. Noté que la cabeza de su pene se acercaba muy despacio a mi vagina. Primero lo frotó contra mi clítoris, y luego más abajo, más cerca del lugar por el que podría entrar. Poco a poco, la cabeza empezó a penetrarme cada vez más. Costaba mucho esfuerzo, y dolía, así que no era muy distinto de la primera vez. Dan la tenía bastante más grande que Jack, y tuvo que presionar con fuerza para meterla más o menos hasta la mitad. Empezaba a sentir algo agradable cuando la sacó de pronto y me miró horrorizado.

—¿Acabamos de practicar sexo?

Se puso pálido.

—Eso creo.

Lo sabía, pero no quería parecer la única que era consciente de lo que ocurría. Dan no podía descubrir hasta dónde llegaba mi experiencia.

—Esto está mal. —Estaba claro que el cerebro de Dan trabajaba a marchas forzadas—. ¿Y si te quedas embarazada? Ni siquiera hemos utilizado un condón.

Dan no se había corrido, pero en la clase de salud habíamos aprendido que incluso el fluido preeyaculatorio podía dejar embarazada a una chica.

—¿Qué hacemos? —pregunté, fingiéndome preocupada. No quería demostrar lo insignificante que era aquello para mí.

—Voy a buscar a Greg.

Dan se vistió y salió a la carrera del cuarto de baño.

Todavía no había acabado de vestirme cuando abrieron la puerta.

—Esto es lo que vamos a hacer: os quedaréis a dormir en mi casa esta noche y mi hermana os comprará un test de embarazo.

Greg tomó las riendas de la situación.

En un intento por demostrar que estaba tan angustiada como Dan, y puesto que de todas formas no tenía más planes para esa noche, hice lo que me pidieron y dormí en la casa que Greg tenía en Roosevelt Island.

—No puedo creer que esta noche haya perdido la virginidad —repetía una y otra vez.

El test, para alivio de Dan y mi fingida sorpresa, salió negativo. A la mañana siguiente me fui a casa orgullosa de haber practicado sexo una vez más y con la corazonada de que a partir de ese momento podría empezar a vivir de verdad. No solo había practicado sexo; además, había dormido en casa de un chico y me había hecho un test de embarazo (al final, innecesario). Me estaba convirtiendo en una mujer.

La tercera vez que tuve relaciones sexuales fue unos cuantos meses después, la noche de Fin de Año. Acudí a una fiesta que se celebraba en unos billares de Brooklyn, organizada por un grupo de chicos de la escuela preparatoria. Conocí a uno de los mayores, que se llamaba Walt, y al final de la noche nos fuimos a su casa.

Mientras nos enrollábamos en su cama, vi que alargaba el brazo para coger un condón del cajón.

—Soy virgen —susurré.

Aquello fue totalmente innecesario. A Walt le importaba una mierda si aquella era mi primera vez o la número cien. Ni siquiera íbamos a clase en el mismo distrito. No nos veríamos nunca más, y los dos lo sabíamos.

Sin embargo, por alguna razón, no pude resistirme a fingir que iba a entregarle a ese chico mayor desconocido mi virginidad.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Asentí con la cabeza. La fantasía se desarrollaba a la perfección.

Walt fue dulce y puso mucho cuidado en no hacerme daño. No dejó de preguntarme: «¿Estás bien? ¿Te duele?».

Eso me excitaba.

Lo hicimos cuatro veces esa noche, y fue la primera vez que «follé» de verdad. Lo hicimos en todas las posiciones, y él nunca eyaculó en el condón; cuando estaba a punto, se lo quitaba y se corría en algún lugar más erótico, como mis pechos o mi cara. No tuve ningún orgasmo, pero fue la primera vez que el sexo resultó agradable a pesar del dolor. Aquella noche juré que jamás volvería a follar como si fuera virgen.

Unos cuantos años después, estaba hablando con una amiga cuando nos dimos cuenta de que ambas conocíamos a Walt. Le conté mi historia, lo de que le había dicho que era virgen cuando en realidad no lo era.

—Ah, él sabía que no eras virgen. Conoce a Jack. Le pareció muy raro que dijeras eso.

Así que supongo que esa tercera vez no cuenta. Solo perdí la virginidad dos veces. Mi médium tenía razón: todas las cosas importantes en mi vida han ocurrido de dos en dos.

Haiku

Enema shop-ping.

Walk up to the register.

—Cashier's a hot guy.

Compro un enema.

Me acerco a la caja.

El cajero está muy bueno.

Dando las gracias

El día de Acción de Gracias en casa de Mark Spiegler es todo aquello que podrías imaginar. Desorganizado, vulgar... un lugar en el que todas se dirigen a las demás con términos como «puta» o «zorra». Toda comida es comprada, por supuesto, ya que ninguna de las doce chicas que hay allí cocinan.

Supongo que cuando el resto del mundo se imagina a un «agente porno», les viene a la cabeza una imagen idéntica a la de Spiegler. Es bajo, gordo y calvo, para nada guapo en un sentido convencional. Camina con cojera desde que le operaron de la espalda hace diez años. Con su voz ronca y su fuerte acento judío, la gente a menudo lo toma por un nativo de Nueva York, y no de Los Ángeles, de donde realmente es. Nunca compra su propia ropa, ya que las chicas a las que ha representado durante los últimos veinte años le han proporcionado un suministro interminable de camisetas negras con frases groseras dibujadas en el pecho, como: «Que te follén, puto putero», o «Las zorras son siempre bienvenidas», o «Todo aquel que dice que el dinero no da la felicidad, se olvidó de las putas». Ese tipo de cosas.

Es mi hombre favorito del mundo entero.

—¿Llevas puestos los calcetines hoy? ¿Llevas camisa de las que tienen cuello?
—le pregunté a Spiegler antes de acercarme a su casa para la fiesta.

Estoy casi segura de que lo llamo más a menudo que ninguna de las demás chicas a las que representa. Al menos tres veces al día. Lo llamo para contarle todos los cotilleos, para llorarle o para pedirle consejo. Y cuando no es por ninguna de esas tres cosas, lo llamo solo para escuchar su voz. Si algo le ocurriera a Spiegler, renunciaría al trabajo de inmediato y después aguantaría la respiración hasta morir. Nunca lo admitiría en voz alta, pero es mi mejor amigo.

—¿Estás de coña? Llevo una camiseta que dice: «Móntate en el Bangbus». Y no llevo calcetines; no son elegantes.

Siempre me fijo en la ropa de Spiegler para saber cuál es el código de

vestimenta. Tiene un único par de calcetines y solo se los pone una vez al año, en el certamen de premios de la AVN. El año pasado tuvo que ir al funeral de su primo, así que se los puso dos veces. Si Spiegler lleva una camisa con cuello, significa que yo tendré que ponerme un vestido, o al menos unos vaqueros con un top bonito. Si lleva una camiseta y va sin calcetines, puedo ponerme lo que me dé la gana.

Me decidí por unos leggins grises con una camiseta de béisbol para mi primer día de Acción de Gracias con mi chulo. Y utilizo el término con cariño; en realidad, no es mi proxeneta. Solo se lleva el diez por ciento de mis ganancias, y no todo. Aun así, cuando tengo que pagarle a final de mes, él siempre renuncia a unos cuantos centenares de dólares del total. Spiegler no está en esto por el dinero; ya era casi un millonario por derecho propio cuando tenía veinte años. Representarnos es más una especie de pasatiempo, uno que se toma muy en serio y que, mira tú por dónde, le proporciona mucho dinero.

La casa de Spiegler tiene el aspecto que tendría la de un coleccionista compulsivo con un ama de llaves a su servicio. Hay un montón de adornos, papeles y cajas de contenido desconocido por todas partes, pero todo parece bien colocado en su lugar. Una vez le pregunté si la montaña de papeles sueltos que había en el suelo de su habitación tenía algún orden particular.

—Claro —me respondió—. Los viejos están abajo y los nuevos, encima.

Resulta difícil hablar de las Chicas Spiegler sin parecer el miembro de una secta. Somos veinticinco chicas en total, las más hardcore de la industria. Pregúntaselo a cualquiera. La mayoría de las agencias representan a entre cien y ciento cincuenta chicas, pero Spiegler no trabaja así. Nunca sobrepasa su límite de veinticinco, y siempre tiene lista de espera. Conocido como el «Ari Emanuel del Porno», Spiegler solo acepta lo mejor de lo mejor. No somos de esas chicas rubias con todo postizo que no besan en la boca. Si necesitas a una chica que lo haga todo, y que lo haga bien, llama a Spiegler.

Toni y yo llegamos justo a tiempo para oír gritar a Spiegler algo sobre un «caldo abortivo» en el salón.

—¿Otra vez hablando de Vicky, chicos? —pregunté al entrar.

—Sí, Donna no sabía que ha tenido otro aborto —respondió Spiegler antes de echarse a reír. Para él no hay límites apropiados en las conversaciones. Una vez que la información queda libre en el universo, todo vale.

Me reí con él.

—¡Esa chica ya debería haber aprendido a evitar que los tíos se corran dentro!

Toni movió la cabeza. La larga tarde de cháchara grosera había comenzado. En casa, Toni era el jefe, pero allí, con el resto de las Chicas Spiegler, estaba en mi mundo.

Una vez que nos sentamos para comer, la conversación dejó de ser amistosa.

—¿Es todo vegano? —preguntó Pamela.

—Solo si estar en la vagina de un pavo durante tres horas se considera vegano —contestó Kelly con una sonrisa.

—Prueba este maíz cremoso —dijo Courtney mientras me pasaba un plato de papel.

—Ahhh, nunca como maíz. —Era verdad. El maíz resulta muy agradable estéticamente, pero no es muy digestivo—. Menos mal que ninguna de nosotras tiene que rodar una escena anal mañana —bromeé.

—¡Jasmine sí! —exclamaron cuatro chicas al unísono, y todo el mundo señaló a Jasmine con el dedo y se echó a reír.

Jasmine había empezado a rodar escenas anales solo dos meses atrás. Para ser una Chica Spiegler, había esperado muchísimo tiempo. Empezar con las escenas anales es una táctica muy específica en el porno. Es un arma, y debes sacarla justo en el momento idóneo. Nadie quiere empezar con las anales desde el principio; cuando eres nueva, si eres una buena intérprete, todo el mundo se fijará en ti de todas formas. Sin embargo, tampoco hay que esperar mucho: una vez que estás fuera de la «lista caliente», estás fuera para siempre. Da igual que empiecen a darte por culo elefantes; a nadie le importará.

El momento mágico es cuando estás en la cumbre de tu carrera. Es probable que lleves en la industria alrededor de un año o dos, y todo el mundo habla de ti. Fuiste nominada como Estrella Revelación en todos los certámenes de premios del

año anterior. Todas las grandes compañías te han contratado ya unas cuantas veces; todavía no hay nadie harto de verte.

Entonces es cuando juegas la carta anal.

Ya estás en la cima, y empezar con las escenas anales alargará tu estancia en lo más alto. Un año después, más o menos, empiezas con las DP (dobles penetraciones). Y luego con el sexo en grupo.

La verdad es que yo también podría ser mánager. Se lo debo todo a Spiegler. Él me ha enseñado todo lo que sé sobre este negocio.

Siempre voy a Nueva York para pasar la fiesta con mis padres, pero ese año había tenido que grabar el día anterior y no merecía la pena volar para pasar un solo día. Mis padres y yo estamos muy unidos, pero, puesto que son de tradición japonesa, no podría importarles menos el día de Acción de Gracias. Sin embargo, no es justo etiquetarlos como los típicos padres japoneses: mi padre es un fotógrafo relativamente liberal, y mi madre dirigía una organización sin ánimo de lucro. Preferirían que llevara otro tipo de vida, algo de lo que pudieran alardear ante sus amigos, pero lo cierto es que son felices si me ven feliz y aceptan el modo de vida que he elegido. No ir a casa en Acción de Gracias no suponía un gran problema.

Además, estaba el extraño incidente que me había ocurrido el año anterior. Quizá, a un nivel subconsciente, estaba resentida contra el propio día de Acción de Gracias.

A Spiegler le encanta contar la historia del abuso que sufrí en el aeropuerto, y aquel día no fue una excepción.

—La tía no deja de decir que si violación esto o violación aquello, y cuando le ocurre por fin, ¡se queda paralizada! —Ningún tema es inapropiado para una broma de Spiegler.

—Le molan las violaciones —añadió Jess.

Todos bromean diciendo que tengo fantasías con las violaciones. No me entiendas mal: adoro el sexo duro. Me encanta que un chico me domine, que me lleve más allá de mi zona de confort y me proporcione un orgasmo increíble. Pero ¿violación? Ni hablar. Ni siquiera me gusta sentarme al lado de un desconocido en el metro.

—¡No tengo fantasías con violaciones! ¡No se trata de una puta fantasía de violación si el violador es un tío bueno que se acurruca conmigo después! Tienes mucho que aprender, Baby Jessie.

Le arrojé un trozo de pan de maíz mientras ella reía.

Con diecinueve años, Jessie era la más joven de todas, y de ahí el apodo. Intento no pensar mucho en el hecho de que a veces me pagan por mantener relaciones sexuales con chicas que nacieron en los noventa. Lo cierto es que nunca me pareció algo raro hasta que ella me preguntó sobre una mención casual que hice sobre Mi chica y, al escuchar mi respuesta, «Ya sabes, esa película de Macaulay Culkin», se quedó más perpleja todavía.

Al otro lado del espectro, Dana, con treinta y cuatro, es la mayor de todas nosotras. También es la que lleva más tiempo con Spiegler. Me gusta pensar que es la jefa de nuestra hermandad y tiene la increíble capacidad de hechizar a todo el mundo a su alrededor. Después de un cierto tiempo en el porno, te ganas el derecho a ser una zorra arrogante y egoísta. Ni que decir tiene que eso resulta de lo más irónico, ya que casi todos los grupos de la sociedad nos rechazan. Si quieres salir adelante, debes mostrar modestia y un aire de suficiencia al mismo tiempo. En ese sentido, nos parecemos mucho a las transexuales.

Ya habíamos terminado con el pavo; habíamos dejado de hablar sobre fantasías de violación y Spiegler estaba repitiendo una vez más la historia de cómo entrenó a su gato para que tirara de la cadena del váter, cuando Chris decidió anunciar que había invitado a su novia. Chris es un fotógrafo que lleva en el negocio incluso más tiempo que Spiegler. Puesto que vive en el mismo edificio que nosotras, era lógico que asistiera a nuestro banquete de huérfanas.

—¿Quién es tu novia? —quiso saber Dana.

—Os va a encantar. Vendrá con algunas de sus amigas strippers. —Chris sacó el teléfono para buscar una foto de su supuesta novia.

—¿Strippers? —dijo Laila—. Puaj.

—¿Por qué va a traerse a las strippers? —pregunté.

—Es bailarina. Y ellas son sus amigas. —Chris empezaba a mosquearse con tanta protesta—. Mirad esto, siempre anda haciendo cosas por casa. —Nos enseñó un vídeo en el teléfono.

—Las strippers son asquerosas —comentó Veronica, que pasó del vídeo al igual que las demás.

—¿Y qué van a hacer? ¿Van a bailar todas para nosotras? —señaló Laila con voz desdeñosa y cara de asco.

—Claro. Y todas vosotras les enseñaréis el puto agujero del culo a ellas.
—Nadie como Spiegler para bajarnos los humos de un plumazo. Podría llamarlo pesimista, pero seguramente él me diría que solo es realista.

No podíamos parar de reír. Habíamos hablado de las strippers como si fueran nazis o asesinos en serie. Se desnudaban para ganarse la vida. Desde el punto de vista de casi todas las personas del mundo, nosotras hacíamos algo muchísimo peor.

—Solo espero no intimidarlas —suspiró Dana.

Spiegler sonrió al vernos muertas de risa.

—¿Quién quiere tarta? Vamos a comérsela antes de que lleguen las strippers.

Haiku

*Rub-bing on my clit
Right when I'm about to cum;
Huge cramp in my leg.*

Me acaricio el clítoris.
Y justo cuando estoy a punto de correrme...
Un horrible calambre en la pierna.

14 Craigslit

Habían pasado siete años desde que salíamos. Duramos cuatro, y era mi relación más duradera.

—¡Kevin está MUERTO! —me gritó Dee por teléfono.

Pocos años después de que cortáramos, ellos empezaron a salir. Dee era mi mejor amiga desde que teníamos trece años y, para ser sincera, Kevin era mucho más compatible con ella que conmigo.

—¿Qué?

—¡Que está muerto, joder! —gritó de nuevo como una histérica antes de colgar.

Estaba envuelta en una toalla y mi pelo chorreaba agua en el suelo del apartamento de Los Ángeles. Como de costumbre, tenía mucha prisa, y ese día debía rodar una escena anal con Mandingo. Volví a llamarla, pero saltó el buzón de voz. Marqué el número de Jules, uno de los pocos que me sé de memoria, de antes de la época móvil.

—¿Es cierto?

Supe de inmediato que lo era cuando oí llorar a Jules. En los once años que hacía que lo conocía, jamás lo había visto llorar.

—Sí, Asa —fue lo único que consiguió decir.

Me senté en el sofá. Todo me parecía muy lejano, como si estuviese en una burbuja subacuática y el resto del océano girara a mi alrededor a cámara rápida. No podía ser verdad. Se suponía que, de todos nosotros, Kevin era el que iba a tener una buena vida. Era el único que había pensado de verdad en el futuro, que había asistido a una facultad empresarial en lugar de ir a una academia de bellas artes, estudiar entre juergas en Miami o no estudiar nada, como el resto de nosotros.

Cuando todo el mundo se peleaba, Kevin era el que nos mantenía unidos. Era el alma del grupo.

—Lo encontraron en una habitación de hotel esta mañana. Sobredosis.

Jules era el más cercano a él. Ya se conocían desde hacía años cuando Kevin y yo empezamos a salir.

—¿De qué? —Mientras pronunciaba las palabras, me di cuenta de que no quería saberlo—. Te llamaré luego —dije justo antes de colgar.

Es curioso lo que te hace la mente cuando estás en estado de shock. La mía me llevó de vuelta a una tarde soleada en el instituto.

—Tengo una idea. Vuelve al salón hasta que te llame. —Kevin y yo nos habíamos saltado las clases, como de costumbre.

Ese día en particular tuvimos suerte porque no había nadie en casa, y eso significaba que no tendríamos que buscar un lugar fuera para matar el tiempo hasta las tres de la tarde, la hora a la que supuestamente salíamos de clase.

Me marché de la habitación y esperé. El piso de Kevin era muy raro. En aquel momento no lo sabía, pero ahora me doy cuenta de que a su padre le gustaba acumular cosas. Tenía toda la casa llena de mierdas viejas. Podría decir que eran antigüedades, pero dudo mucho que fueran el tipo de cosas viejas que tienen valor. Relojes viejos, juguetes y partes mecánicas sueltas en cada centímetro de pared. Incluso el ventilador del techo era viejo. Caminar desde un punto A a un punto B en línea recta era imposible; cada treinta centímetros o así tenías que ponerte de lado para poder pasar entre dos o más objetos, ya fueran antiguas máquinas de pinball o una estantería mal colocada. La única estancia de la casa que parecía relativamente normal era la habitación de Kevin.

—¡Ya puedes venir! —gritó él.

Regresé a su habitación y lo encontré de pie, de cara a la puerta, cubierto con la sábana de la cama como si fuera un fantasma. Era una sábana azul, con miles de dibujitos de vaqueros montados a caballo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con una risilla.

—¿No notas nada? —dijo Kevin bajo la sábana, riéndose también.

Bajé la vista y descubrí que había hecho un corte en el tejido y que tenía la polla fuera y dura. No me había fijado antes por los dibujitos. Me acerqué a él, muerta de risa.

—Hazme una mamada.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Quiero que me la chupes.

No sabía si me tomaba el pelo o no.

—Joder, ¿hablas en serio?

—Claro.

Me puse a cuatro patas en la cama y se la chupé.

Al día siguiente, cuando nos saltamos las clases de nuevo para ir a su casa, nos sentamos en su cama y vimos que su madrastra había cosido la sábana.

Fui la primera novia de Kevin. Fui yo quien le robó la virginidad, aunque sus amigos no lo sabían. Era más o menos el décimo tío con el que me acostaba, pero fue con él con quien empecé a explorar mi sexualidad por primera vez. Como adolescentes de Nueva York, debíamos ser creativos; la mayoría de los pisos neoyorquinos son pequeños, de modo que no son el lugar ideal para el sexo cuando los padres están en casa. Lo hacíamos en el hueco de la escalera, en la azotea o incluso en el ascensor. Nos saltábamos las clases y viajábamos en tren durante una hora y media hasta la casa de campo de su padre para poder follar y fumar hierba todo el día. Yo no tenía permiso para dormir en su casa, pero unas cuantas noches a la semana él me colaba cuando todo el mundo estaba dormido. Practicábamos sexo en silencio y hacía pis en botellas de Gatorade durante toda la noche.

Un año antes de su muerte, Dee me llamó horrorizada.

—¿Recuerdas a Rosie?

Por supuesto que recordaba a Rosie. Kevin salió con ella unas cuantas veces cuando rompimos durante un mes en mi último año de estudios. Me juró y perjuró que solo se habían besado una vez, en la pizzería.

—Se la chupó. Me ha dicho que no te lo contara, pero ¿cómo no iba a hacerlo?

Habían pasado casi diez años desde que estuvimos juntos.

—¿Qué? ¿Me tomas el puto pelo o qué? Cuéntamelo todo.

—Solo ha salido a comprar tabaco, así que tengo que darme prisa. ¿Recuerdas que nos contó lo de la pizzería, que se besaron y eso? Bueno, pues al parecer vinieron aquí ¡y ella le hizo una mamada! Asa, estoy tan cabreada con él que no puedo ni mirarlo a la cara. Pero me ha hecho prometerle que no te lo contaría.

—¡Menudo hijo de puta! ¡Y esa zorra estúpida! ¡Tengo ganas de gritar!

—¡Eso mismo he dicho yo! Pero no puedes decirle que lo sabes, o me matará.

—No voy a decir nada. Ni siquiera me importa. O eso creo. No lo sé. Esa puta gilipollas. Pero pórtate mal con él hoy por mí.

—Eso ni lo dudes. Va a pagar por esto durante mucho tiempo.

Siempre creí que llegaría el día en el que podría enfrentarme a él por lo de Rosie. Y que nos reiríamos.

No fui al funeral. Compré un billete para volar a la ciudad, pero la mañana del vuelo me quedé en la cama. Una parte de mí sentía que él no me querría allí. No nos habíamos llevado muy bien en los últimos tiempos. Hacía dos años que salía con Dee, así que nos veíamos a menudo, pero solo hablábamos lo necesario. Estaba resentido conmigo por dedicarme al porno. Estaba resentido conmigo antes incluso de eso, cuando era stripper.

«Nunca he odiado a nadie como te odio a ti», me dijo en una de las últimas conversaciones telefónicas que mantuvimos.

Me quedé en la cama viendo pasar el tiempo mientras mi vuelo salía, y recordé una noche de invierno de mi primer año de instituto. Mi trabajo de media jornada en la tienda de libros para niños no estaba mal, pero necesitaba más dinero para comprar otras cosas, como hierba y bolsos. Al menos, eso fue lo que le dije a Kevin. No se lo tragó.

—¿Cómo es posible que no tengas suficiente dinero? Tus padres te dan

dinero, y yo lo pago todo.

—¡Pues no quiero que tú lo pagues todo! Y mis padres me dan veinte putos dólares al día, ¡con eso apenas tengo para comer! ¿Es que no lo entiendes?

Me di la vuelta con la silla e hice pucheros. Apoyé la mano en su escritorio para tomar impulso y empecé a girar una y otra vez con la silla. Pensaba salirme con la mía.

Hasta donde recuerdo, siempre he sentido que no tenía suficiente dinero. A lo largo de mi infancia, mis padres han sido ricos y pobres muchas veces. Siempre me enviaban a colegios privados de élite, pero nunca fui tan rica como los demás chicos de clase. Hubo años en los que vivimos en los carísimos edificios con portero del SoHo y del West Village, pero hubo otros en los que vivimos encima de una bodega de Brooklyn, cerca de una parada de metro. A los diecinueve, cuando la quiebra de mi familia estaba en su apogeo, me casé con un corredor de apuestas deportivas que me ofreció una asignación mensual de cinco mil dólares para uso personal; la comida, la hipoteca y todos los demás gastos estaban ya cubiertos. Me hirió en lo más hondo que alguien creyera que yo podía disfrutar de la vida con tan poco. Al final, conseguí una asignación de diez mil dólares.

Mi visión del dinero siempre ha sido algo confusa.

—Asa, ese trabajo es sucio de cojones. Lo siento, pero ¡no quiero que mi novia le haga pajas a ningún hijo de puta por ahí!

Llevaba ojeando la página de Craigslist durante días. Eso era lo que significaba para mí «buscar trabajo»: permanecer sentada en pijama frente al ordenador de mi novio a las siete de la mañana, fumando un porro mientras veía Los Simpson y darle de vez en cuando a la tecla de «actualizar».

El anuncio decía:

Se necesita masajista terapéutica. No se precisa experiencia, aquí recibirá adiestramiento. ¡Crea tu propio horario! Gana hasta seiscientos dólares al día. Llama al dos uno dos cinco cinco cinco nueve dos siete cinco.

Sabía muy bien en qué consistía ese trabajo, pero me había convencido de que no era así. Me hacía la tonta con Kevin. Dejé de dar vueltas con la silla.

—¡Nunca haría algo así y lo sabes, joder! ¿Por qué piensas eso? Deja que lo compruebe. No es más que un trabajo legal como masajista terapéutica. Quizá sea eso lo que quiero hacer después de graduarme.

Al final convencí a Kevin de que me acompañara a la entrevista de trabajo. Estaba cabreado, pero sabía que se le pasaría. No era la primera vez que exigía hacer algo con lo que él no estaba de acuerdo. Unos meses antes había conocido a un tío en el metro que me ofreció un trabajito como «modelo de importación». Ya sabes, las chicas que están en bikini al lado de los coches en las exposiciones. El tío sabía que yo era joven, pero en cuanto le dije que tenía un carnet de identidad falso, me aseguró que «con eso serviría». Cuando llegué a la sesión de fotos inicial, descubrí que era en el apartamento que el tío tenía en las afueras. Hice dos sesiones de fotos, una en bikini y otra con un vestido, sin dejar de rezar para que no me violara. Cuando me marché, nunca volví a cogerle las llamadas.

Una vez que llegamos a la dirección del centro que me habían dado por teléfono, Kevin esperó fuera. Aunque el edificio era bonito, era sin duda residencial, lo que no apoyaba mi argumento de «no es más que un trabajo legal como masajista terapéutica». Noté que Kevin me fulminaba con la mirada a través de la puerta de cristal del vestíbulo mientras me acercaba al ascensor. Fingí no darme cuenta.

Arriba, me abrió la puerta un hombre vestido con una bata de seda negra. Era una especie de asiático de piel oscura... tailandés, filipino o algo por el estilo. Seguramente tendría cuarenta y tantos. Me asusté de inmediato.

—Bienvenida —dijo con una sonrisa al tiempo que me ofrecía la mano. Se la estreché. Era escalofriantemente suave.

—Hola.

Miré a mi alrededor y vi que todo parecía dorado y lleno de espejos. Una flauta colgaba de un rincón del techo, y supe enseguida lo que significaba. Unos años atrás, mi madre había traído a una mujer desde Tailandia para que redecorara toda nuestra casa en base a las normas del feng shui. Teníamos flautas, espejos diminutos, peces y dragones colgados de manera estratégica por todas las paredes. Todavía me avergüenza tener que dar explicaciones cuando llevo a alguien a casa: «Bueno, el cubo de la basura está situado en mitad de la cocina porque, como es

obvio, debido a la manera en que está construido este lugar, ponerlo en cualquiera de los rincones o contra la pared traería mala suerte. E intenta no tirar los vasos llenos de sal repartidos por todos los lugares más insospechados de la casa. No le des importancia a las sábanas que ponemos sobre el espejo del dormitorio cuando nos vamos a dormir; no es propicio irse a la cama de cara a un espejo».

El hombre se presentó como Bill.

«No es su nombre ni de coña», pensé mientras lo seguía al interior. El resto del lugar era tan dorado y lleno de espejos como la entrada.

—No está aquí ahora, pero Mia es quien se encarga de todas las reservas —explicó mientras me enseñaba la oficina y la «sala de masajes», que no era más que un dormitorio con una camilla de masajes y algunas velas—. Bueno, ¿tienes la mente abierta? —me preguntó con sutileza.

—Bastante abierta. —Sonreí.

—¿Cuándo podrías empezar el adiestramiento?

Me devolvió la sonrisa.

—Cuando sea. Voy a clase durante el día, pero puedo saltármela.

—Eso está bien. A la mayoría de nuestros clientes les gusta reservar a última hora de la tarde. Les cobrarás doscientos cincuenta dólares. Cien son para nosotros, y los ciento cincuenta restantes, para ti. Hasta dónde llegue la cosa dependerá de ti, pero todos esperan cierto alivio, si entiendes lo que quiero decir. ¿Quieres comenzar esta noche?

—Claro.

Pensé en Kevin, que estaba abajo, pero ¿cuánto podía durar el adiestramiento? Mi chico podía esperar. Prefería disculparme más tarde que bajar en ese momento y decirle que tardaría una hora más.

Bill empezó a desatarse el cinturón de la bata.

—¡Espere! —le solté—. Quiere decir que... ¿con usted? —Ese tío no podía estar diciéndome que practicara con él.

—Sí —respondió Bill con mucha calma—. Puedo enseñarte técnicas básicas de masaje que tal vez no conozcas.

De pronto, todo se volvió demasiado real. En mi mente, me imaginaba «masajeando» a un ejecutivo macizo... y no a aquel filipino cutre llamado Bill, con su bata de seda, sus manos suaves y su apartamento dorado. No quería ver el pene de aquel tío, y mucho menos tocarlo.

—Lo cierto es que mi novio me está esperando abajo. Quizá sea mejor que vuelva cualquier otro día —dije echándome atrás.

—No tardaremos mucho —replicó Bill con una sonrisa tranquila—. Incluso puedes decirle que espere aquí arriba, si quieres.

—No, de verdad. Preferiría volver sin él.

Tal vez fuera cierto o tal vez no. Lo decidiría más tarde.

Me marché del apartamento y bajé en el ascensor mientras pensaba lo que le diría a Kevin. Ni siquiera sabía si ese tío dirigía un negocio de verdad. ¿Y si lo «masajeaba» y ahí quedaba la cosa? ¿Era él el único «cliente»?

Kevin seguía cabreado y se estaba fumando un cigarrillo cuando me acerqué a él.

—¿Y bien? —preguntó.

—He conseguido el trabajo. Es legal. Voy a pensármelo —dije con tono despreocupado mientras caminábamos hacia la parada de metro.

No abrimos más la boca en todo el trayecto hasta su casa. Me preparó un sándwich de beicon, queso y huevo, mi favorito, y no volvió a sacar el tema.

Algunas veces creo que Kevin me conocía mejor que nadie. Pero quizá sea solo una de esas cosas que se dicen cuando alguien ha muerto.

14 (y medio) Dee

Si fuera una stripper, me llamaría Candy.»

Llevaba un tiempo pensándolo.

—Pues yo, Crystal. —Por lo visto, Dee también lo había pensado—. Somos tan viejas... ¿Sabes que casi tenemos dieciséis? Dentro de nada habremos cumplido los treinta. —Aquella era una conversación familiar para ambas.

Yo llegué a convertirme en stripper, pero Dee tomó otro camino muy diferente: la facultad de Derecho. Al final dejó los estudios y se mudó a Brasil, pero fue a la universidad.

Estábamos sentadas en nuestras escaleras favoritas del Lower East Side de Manhattan y nos pasábamos un porro. Eso era lo que hacíamos la mayor parte del tiempo: fumar petas. Me encantaba la hierba, pero solo fumaba en compañía, cuando estaba con mis amigos. Al final, después de llevar años demasiado colocada para levantar la vista en busca del mando a distancia, me di cuenta de que en realidad me gustaba más estar sobria. Cinco años después, dejé de fumar por completo. Pero Dee no. Para ella, todo era mejor con hierba. Se levantaba por la mañana y se fumaba un porro de camino al metro que la llevaría a la escuela. Fumaba porros entre clase y clase. Fumaba porros después del colegio, y también cuando sacaba al perro antes de irse a la cama. Hasta el día de hoy, no hace nada a menos que conlleve un porro previo y otro de celebración posterior. Y, si es posible, uno entre medias también.

Éramos, por definición, unas porretas. Pero eso no significa que no le diéramos también a otras cosas. Ácido, éxtasis, polvo de ángel, el Ambien de mi madre... por suerte, nunca nos gustó la coca. Tomábamos drogas recreativas casi todos los fines de semana. Nos gustaba sobre todo el Special K... Ketamina, K, tranquilizantes animales. Comprábamos botellas siempre que podíamos permitirnoslo, hervíamos el líquido hasta convertirlo en polvo, lo raspábamos y nos lo metíamos por la nariz. Nos chiflaba esnifarlo tumbadas en mi cama, mirando un agujero en particular que había en la pared de mi habitación: mientras nos subía, el

agujero se alejaba más y más.

Dee es mi mejor amiga en todo el universo. Hace ya siete años que no vivimos en el mismo país, pero eso no cambia su lugar en mi vida. La conozco antes de que ninguna de nosotras se hubiera fumado un cigarro por primera vez. Teníamos trece años, y aunque íbamos a clases diferentes, compartíamos una clase extraescolar de música, porque a ninguna se nos daba bien. Éramos las únicas en aquella clase. Resultó que nos llevamos bien, y muy pronto empezamos a saltarnos la clase para ir a comer pizza después del colegio. Nos gustaban el mismo tipo de chicos, la misma música y los mismos programas de televisión. Las dos éramos hijas únicas. Las dos nos habíamos trasladado a Estados Unidos un par de años antes, y las dos éramos chicas de clase media con beca que vivían rodeadas de niños pijos. Vivíamos cerca (ella en el Lower East Side y yo en el SoHo), así que cogíamos el mismo autobús para volver a casa por las tardes.

A partir de ese año, fuimos inseparables. Éramos siempre las dos únicas chicas en un grupo de chicos. Allí donde yo iba, ella me acompañaba. Si ella salía con un chico, yo salía con el mejor amigo de este. Algunas veces nos los cambiábamos. Cuando empezó el instituto, nos enviaron a colegios distintos, pero seguimos tan amigas como siempre.

—¿Dónde quieres pasar la noche? —preguntó Dee mientras le quitaba la ceniza al porro en uno de los escalones—. Si queremos, Devon puede pillarnos un poco de ácido esta noche. Podríamos pasar a buscarlo por su casa y caminar luego las cincuenta manzanas que hay hasta la mía, si te apetece.

Estaba decidido. Pasaríamos la noche en casa de Dee.

Al otro lado de la calle, vimos a un tío con nuestra ropa favorita: gorra de béisbol, chaqueta de North Face y unas Air Force One en los pies. Dee y yo nos miramos.

—Es mono.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—Vamos a verlo más de cerca.

Apagamos el porro, nos alejamos de las escaleras y cruzamos la calle. Mientras nos acercábamos noté algo raro en el tío: parecía estar hablando solo. Cuando estuvimos más cerca, vimos que bajo la chaqueta North Face llevaba una

sudadera roñosa y unos vaqueros. Las zapatillas, que en su día habían sido un punto atractivo, estaban viejas y sucias. ¿Y qué era ese olor? Cuanto más cerca estábamos, más olía a meado.

Cuando pasamos a su lado y pudimos echar un vistazo a su cara, cubierta de suciedad, y a su boca sin dientes, ambas bajamos la vista al suelo. Nos dimos cuenta de que era un mendigo adicto al crack. Ni siquiera estaba bueno.

Seguimos andando, avergonzadas por lo mal que lo habíamos juzgado. Ninguna de nosotras estaba dispuesta a admitirlo, así que seguimos hasta otras escaleras en silencio.

Esa noche nos metimos una pastilla de ácido cada una en la cama de Devon. Vimos dibujos animados y nos partimos el culo de risa antes de decidirnos a dar el anticipado paseo.

El regreso a casa de Dee fue todo lo que habíamos imaginado. Me sentía como si estuviera en un País de las Maravillas invernal. Me temblaban las piernas como si fueran de gelatina, y mis ojos me jugaban malas pasadas. Resulta un poco aterrador pensar en lo mucho que una droga puede alterar tu realidad. Aunque era consciente de que estaba alucinando, todo a mi alrededor era diferente en el sentido más agradable de la palabra. El frío no nos molestaba. Nos deslizamos a lo largo de las cincuenta manzanas, algo más de tres kilómetros, sin abrocharnos el abrigo.

Una vez dentro de su edificio, nos topamos con las luces de los fluorescentes... y el ajuste a la iluminación/temperatura/atmósfera hizo que me sintiera extraña. Entramos dando tumbos en el piso de Dee, saludamos con torpeza a sus padres y salimos disparadas hacia su habitación. Con la risa fácil, Dee sacó del bolso una bolsita con otra pastilla dentro.

—¿La compartimos?

Deberíamos haber mirado el reloj en ese momento, porque así habríamos sabido que ya era medianoche y que era demasiado tarde para tomarse nada. También deberíamos haber sido conscientes de que ya estábamos alucinando un montón, y que tomar más ácido nos sentaría fatal. Lo malo del ácido es que implica un compromiso enorme. No dormirás en absoluto durante las siguientes ocho horas, y al final siempre, siempre, te harás la siguiente pregunta: «¿Cuándo voy a dejar de alucinar?». Por supuesto, es divertido ver el mundo a través de un calidoscopio. Las primeras cinco horas. Las últimas tres pasan a cámara lenta.

Pero como no miramos el reloj, no utilizamos el sentido común, y como nuestra vista no funcionaba muy bien, tardamos alrededor de una hora en partir la pastilla con una hoja de afeitar que Dee encontró en el cajón donde guardaba el maquillaje. Tan pronto como nos la tomamos, empezamos a alucinar todavía más. Pasamos de colegialas muertas de risa a zombis autistas.

—¿Por qué lo hemos hecho?

Dee me miró horrorizada. Mientras las palabras salían de su boca, su cara se convirtió en la de un leopardo. Las ocho horas siguientes iban a ser una mierda.

Intentamos ver dibujos animados, pero era inevitable: las dos nos hundíamos cada vez más en nuestro propio infierno interior.

—Vamos a intentar dormir —sugerí. Deseaba estar sola, y sabía que ella sentía lo mismo.

Nos metimos en nuestras respectivas camas y adoptamos una posición fetal, la una de cara a la otra. Cerré los ojos con fuerza para no sufrir más alucinaciones visuales. Pero el ácido no me dejó escapar tan fácilmente: empecé a ver patrones en la parte interna de los párpados.

—Mi habitación está hecha un puto asco —decía Dee de vez en cuando con la mandíbula apretada—. No puedo soportarlo.

Yo tenía ganas de hacer pis. Pero me sentía tan incómoda en mi cuerpo (hasta la textura de mi piel me resultaba extraña), que no tenía fuerzas para levantarme e ir al baño. Me dolía la espalda, ya que todos los músculos de mi cuerpo estaban contraídos, me picaba todo y tenía un sabor extraño en la boca. Además, ¿y si sus padres estaban despiertos todavía? No estaba presentable.

Y entonces empecé a notar las bragas húmedas.

«No. No. Esto no puede estar ocurriendo. ¿Acabo de hacerme pis encima?», pensé.

Demasiado avergonzada para decirle nada a Dee, me levanté para ir al baño. Por suerte, sus padres ya estaban dormidos, porque a mitad de camino tuve que ponerme a cuatro patas y empezar a gatear. Abrí la puerta del cuarto de baño y trepé hasta la taza del váter mientras me bajaba las bragas.

Pero qué coño... Estaban secas.

No solo no me había meado en la cama, sino que cuando me senté tampoco fui capaz de hacer nada. Tiré de la cadena para no levantar sospechas y me arrastré de nuevo hasta la habitación.

Repetí la operación once veces más a lo largo de la noche.

Después de unas cuantas horas acurrucadas en silencio, Dee se levantó y encendió el ordenador.

—Voy a poner música —susurró.

Puso Many Men, de 50 Cent, y se lo agradecí casi de inmediato. Nunca había escuchado la canción; era justo de cuando 50 Cent empezó a tener éxito de verdad.

La canción terminó y empezó de nuevo. Dee había puesto el modo repetición. Debió de repetirse un centenar de veces aquella noche. El ritmo meloso, el coro que parecía casi una canción de cuna, me sumergieron en un trance en el que no tuve que convencerme de que había mojado la cama cada diez minutos. Al final, nos arrulló hasta dormirnos.

Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, fuimos a casa de Chelsea a fumar hierba.

—Anoche todo fue muy raro —le dije.

—Creo que no voy a tomar ácido nunca más, en serio —añadió Dee.

Yo estuve de acuerdo.

—Joder, lo más raro de todo —señalé unos cuantos minutos después— fue lo de aquel puto tipo que vimos. ¡Vimos a un tirado y creímos que era un tío bueno!

Chelsea se echó a reír.

Diario, 2012-2013

30 de enero

Es un poco tarde, pero hemos empezado un puto año nuevo. Mañana dejaré de fumar. Y también se acabó la pizza. Llevo pidiendo dos porciones grandes para mí sola todos los días a las once de la mañana desde que regresé de Las Vegas hace una semana (estuve allí por los premios de la AVN y la convención, así que, como es natural, me pasaba el día muerta de hambre), y ya es hora de volver a la rutina. A partir de ahora, no tomaré otra cosa que batidos y ensaladas.

También voy a comprometerme a escribir un diario.

La última vez que intenté algo parecido estaba en el instituto. En la parte de atrás del diario, en la hoja en blanco que hay entre la última página con rayas y la cubierta, escribí los nombres de todos los chicos con los que me había enrollado. Si me había enrollado con ellos varias veces, les ponía una marca junto al nombre y un palito por cada vez que nos habíamos liado.

David 

Perry

Josh W 

Zach 

Tyler 

Etcétera.

En las páginas con rayas escribí sobre mis escapadas sexuales: el primer beso con lengua que me di en cuarto, en el autobús de la escuela; el momento en que perdí la virginidad a los trece; o las veces que me dejé follar por los chicos mayores del instituto en las azoteas, al lado de mis amigas. Escribí que había probado el éxtasis a los doce, y también que no funcionó porque partimos la única pastilla que teníamos en cinco trozos. Escribí sobre nuestros robos en las tiendas, sobre las veces que esnifábamos Dust-Off en el baño del colegio, y sobre las ocasiones en que acompañábamos a los chicos a misiones grafiti en mitad de la noche.

Mi madre encontró el diario y lo leyó un fin de semana que le había dicho que me quedaría a dormir en casa de Dee. Lo cierto es que me fui con un chico a New Jersey, a una fiesta rave de tres días que se celebraba al aire libre. Dejé de cogerle las llamadas, así que llamó a la madre de Dee y se enteró de que le había mentido. Cuando volví a casa, me la encontré llorando en la mesa del comedor. Me preguntó en qué había fallado como madre.

—Estarás usando condones al menos, ¿no? —preguntó en japonés entre sollozos.

—¡Claro que sí! —respondí en inglés.

Mentía.

Ese fue el día que dejé de documentar mi vida.

Lo siento, mamá.

31 de enero

He vuelto a fumar. Pero hasta ahora la cosa va bien con lo de no comer pizza.

3 de febrero

Me he despertado con migajas de pizza en el sujetador. Me doy asco a mí misma. Empezaré con la anorexia mañana, porque todavía me ha sobrado un poco.

Supongo que podría fumarme un cigarro ahora y empezar de nuevo mañana.

5 de febrero

He decidido que no es saludable dejar de fumar así, de pronto. Voy a reducirlo a tres al día, y luego a dos, y después a uno...

La Super Bowl es el domingo. Odio el fútbol. Casi tanto como odio los anuncios.

6 de febrero

Resulta difícil odiar los lunes cuando implican practicar sexo a cambio de dinero.

7 de febrero

Hoy he rodado una escena con Jordan. Habla demasiado. No deja de decir: «No quiero ser una gran estrella. No quiero seguir haciendo esto cuando tenga cincuenta años».

Es bastante cortarrollos. Pero me gusta su polla.

P. D.: ¡Lo de los tres cigarrillos al día está funcionando! Creo que pronto lo reduciré a dos.

9 de febrero

La hostia. Hoy me estaba maquillando en casa de Nichole cuando su compañera de piso, Krissy, salió de su habitación para charlar.

Estoy casi segura de que mi vida ha cambiado.

Me ha hablado de la depuración que se estaba haciendo. Es prácticamente anorexia: no toma nada salvo agua durante siete días. Mientras dura la depuración, todas las mañanas se hace un enema con café.

«Es justo lo que parece: un enema hecho con café. Llenas la bolsa con café diluido y lo retienes durante veinte minutos. Es bueno para desintoxicar el hígado y los riñones.»

Me ha convencido con lo del enema.

Mientras tecleo esto, aprieto el culo para retener el café que tengo dentro, y puedo sentir los efectos de la cafeína que recorre mi cuerpo. Bebo café todos los días y ni siquiera soy capaz de hablar antes de tomarme la primera taza por las mañanas, pero esto es diferente. Ahora siento, literalmente, cómo sube mi energía a cada minuto.

Tengo una personalidad muy adictiva. A lo largo de mi vida he sido adicta a los opiáceos, al café, a los cigarrillos, al ejercicio y, seguramente, también al sexo (todavía pendiente). Cuando descubro una comida que me gusta, es lo único que

tomo para desayunar, comer y cenar. Si conozco a un tío que me gusta, lo único que quiero es estar a su lado las veinticuatro horas del día los siete días de la semana.

Creo que acabo de descubrir otra cosa que me va. ¡Voy a buscar en Google si tiene algún efecto secundario negativo!

11 de febrero

A las tres de la madrugada me ha despertado este mensaje de texto de Spiegler:

«¡Este es nuevo! ¿Qué es algo que 9 de cada 10 personas disfrutan?»

«La violación en grupo.»

12 de febrero

Hoy es oficial: ha pasado un año desde mi último accidente de coche.

Qué lejos he llegado. Debería hacer alguna locura para celebrarlo.

Tardé dos años en sacarme el carnet de conducir.

Detesto todos los chistes que se hacen sobre lo mal que conducen los asiáticos, y también los que dicen que las mujeres no saben conducir. En Nueva York no conducimos. Sencillamente no lo hacemos. Nuestro sistema de transporte público es muy bueno y nos lleva a nuestro destino en menos tiempo de lo que lo haría un coche. Además, aparcar es tan difícil que incluso si tienes la suerte de encontrar un sitio en la calle, es muy probable que todavía tengas que caminar cinco o diez

manzanas hasta el lugar de destino.

Me trasladé a California a los veinticinco años. Durante los seis primeros meses que viví aquí, no conduje. Era una tortura depender siempre de que me llevaran o de pillar algún taxi (que, por cierto, en Los Ángeles son carísimos). Puesto que crecí en Nueva York, estaba acostumbrada a poder largarme de los sitios en el momento en que quería. Sin embargo, aquí debía esperar treinta minutos para poder irme a casa después de rodar una escena.

Así que me compré un coche. Ni siquiera sabía ponerlo en marcha, y mucho menos sacarlo del aparcamiento, pero me compré un Prius. Mi amigo Van, con quien vivía en ese momento, tuvo que llevarlo por mí a casa. Con ese coche aprendería a conducir.

—No puedo hacer esto, joder. No sé para qué me he comprado esta maldita cosa —comenté en mi primer intento.

Van y yo estábamos dando vueltas al vecindario a treinta kilómetros por hora. Si estuviera en posición de dar un consejo sobre la conducción, sería este: no aprendas con tus amigos; os pelearéis.

Escribí en Google: «Aprender a conducir en Los Ángeles» y encontré una autoescuela en mi zona. Cuando me subí al coche, el instructor me miró con curiosidad.

—¿Cómo es que no sabes conducir? —preguntó.

Le expliqué que era de Nueva York y asintió con la cabeza, como si lo entendiera. Le pregunté si era la mayor de sus alumnos y me aseguró que no, pero la expresión de su cara me dijo que sí lo era.

Al final le pillé el truco al asunto. Empecé a conducir mi coche, al principio solo para ir y volver al estudio y luego, poco a poco, para ir a todas partes. Incluso conduje yo sola hasta San Francisco, que estaba a ocho horas de viaje, para un trabajito de baile. Aprobé el examen teórico al primer intento. Estaba lista para ser una conductora con carnet.

Me sentía confiada, así que busqué en internet a fin de concertar una cita para la parte práctica del examen de conducir. Ninguno de los departamentos de Tráfico cercanos tenía fecha para el mes siguiente. Busqué otros más alejados y encontré uno en Lancaster que tenía un hueco dos semanas después.

—¡No puedo esperar tanto para sacarme el carnet, joder! Estoy harta de conducir por ahí de manera ilegal y de que me entre el pánico cada vez que veo un coche de policía —le dije a Van. Un viaje de una hora no era un trayecto demasiado largo. Podíamos hacerlo.

El viaje fue muy emocionante. A partir de ese día, sería una conductora con carnet. Estaba impaciente por contarle en Facebook y enseñárselo a todos mis amigos de Nueva York. «¡Miradme! ¡Tengo carnet!», pensaba poner junto a una foto dentro del coche, seguramente al lado del empleado que me diera la licencia. Insistí en conducir hasta Lancaster.

—Con que vengas conmigo basta —le expliqué a Van.

Cuando aparqué el coche después del examen, me sentía bien. Estaba convencida de que había aprobado. La señora que me examinaba repasó su lista y me explicó todas las cosas que había hecho mal. «Acaba de una vez. Ambas sabemos que he aprobado», pensé. Así que imagina mi sorpresa cuando las palabras «Por desgracia, no puedo darte el visto bueno» salieron de su boca. Se me cayó el alma a los pies. Estaba segura de que lo había hecho bien.

A través de la ventanilla, vi a una adolescente que salió del coche emocionada para darles un enorme abrazo a sus padres.

Yo me bajé, avergonzada, y negué con la cabeza cuando vi a Van esperándome. Él sabía lo que eso significaba.

El viaje de vuelta desde Lancaster se me hizo muy largo. Había perdido por completo la confianza que sentía diez minutos antes, y le pedí a Van que llevara el coche. Me pasé todo el viaje mirando por la ventanilla, con los ojos llenos de lágrimas.

—No pienso conducir nunca más —juré.

Repetí ese asqueroso viaje a Lancaster dos veces más en los meses siguientes antes de tener que repetir el examen teórico para que me dejaran examinarme otra vez. El permiso solo vale para tres exámenes prácticos; después, lo pierdes.

Al final renuncié a sacarme el carnet. Conduciría sin él siempre. Seguro que no todos los conductores que veía en la autovía tenían licencia, ¿o sí? Tenía que haber gente demasiado ocupada para ir al departamento de Tráfico y esperar todo el día. Además, yo solo conducía de manera ilegal cuando no había una persona

mayor de veintiún años sentada en el asiento del acompañante.

Hice todo lo que pude para justificarme en mi cabeza.

Mi primera multa llegó un año después de empezar a conducir. Era ya tarde, por la noche, y volvía a casa después de un rodaje. Todavía llevaba el maquillaje y el peinado porno, y estaba escribiendo un mensaje de texto en el móvil mientras conducía por una autopista vacía. Los policías me obligaron a parar en el arcén y me apuntaron a los ojos con sus linternas.

—Creíamos que conducía borracha — me dijo uno de ellos.

No es que me sorprendiera, pero sí me sentí ofendida. Conducía tan mal que habían pensado que estaba ebria. Cuando comprobaron que no estaba borracha, ni siquiera se molestaron en pedirme el carnet. Esa vez me escapé sin problemas.

Durante el año siguiente, me pararon una vez al mes más o menos: había olvidado encender las luces, estaba enviando mensajes de texto, no me detuve ante una señal de stop... ese tipo de cosas. Enseguida descubrí que tener algunos vídeos míos en el coche era muy útil. Solo me pusieron una multa, y fue por «conducir sin licencia».

Seguro que el policía era gay.

13 de febrero

¡Adivina quién ha vuelto! ¡Toni Ribas! Me ha contratado para su producción de mañana y, por supuesto, ¡haré mi escena con él!

Estoy tan emocionada... ¡hace meses que no lo veo! Es un actor y director español, así que coincidimos muy poco...

Espero que me invite a salir después...

14 de febrero

Mi escena con Toni ha sido una puta gozada. Como de costumbre. Qué romántico, ¿eh? Una escena anal con mi polla favorita el día de San Valentín.

Rodar una escena siempre hace que me enamore un poco, pero con Toni es diferente... Todavía quiero salir con él después del sexo. Quiero dormir con él en mi cama y despertarme con él por la mañana.

Le he pedido que me lleve al cine mañana, y ha dicho que sí. ¡Ayyy!

16 de febrero

Toni me llevó al cine anoche y luego se quedó a dormir. Echo de menos sus polvos... Espero que vuelva esta noche.

23 de febrero

He salido con Toni todos los días. Es un asco, porque sé que volverá a España pronto...

Hoy he rodado con una chica que me metió el dedo en el ombligo mientras nos duchábamos después de la escena. Me quedé pasmada. Puedes meterme el dedo hasta el fondo en el culo, pero ni se te ocurra tocarme el ombligo.

Todavía me encojo por dentro solo de pensarlo.

26 de febrero

Las putas de verdad trabajan los domingos.

Me voy a rodar.

27 de febrero

Hoy he ido con Toni a una clínica de masajes. Le hice una mamada antes del masaje, cuando las masajistas salieron de la sala para que nos desnudáramos y nos metiéramos bajo la sábana. Me dijo: «¡Que les den a los finales felices! Si llevara un sitio de esos, harían comienzos felices».

¿Tendrá algo en mente?

2 de marzo

Adivina qué.

1. Esta semana he follado todos los días.

2. ¡Toni se va a quedar más tiempo en Los Ángeles! Pensaba que tendría que marcharse a Grecia para una producción, pero la cosa se ha retrasado. ¡Sí!

6 de marzo

Acabo de descubrir lo que es un «culo encendido». Es alguien a quien le chifla ser sumiso. Creo que esa soy yo.

8 de marzo

He estado bailando en Hawái las dos últimas noches. Echo de menos a Toni :(

Estoy tomando el sol en la piscina con el biquini de tanga azul antes de prepararme para mi última noche.

A la señora de al lado no le hace ni pizca de gracia.

Pero a su marido sí.

11 de marzo

¡Me voy a Cabo de vacaciones con Toni!

Hay muchísimos chicos blancos con bigote en este vuelo.

14 de marzo

Cabo es jodidamente mágico. Estoy empezando a colarme de verdad por Toni. Ahora está en la ducha... Creo que me estoy enamorando.

Conocí a Toni hace tres años. Fue antes de que hubiera hecho ninguna escena anal; antes de que practicara mucho sexo anal en general. Como era una fan suya, le pedí una escena de trío chico-chico-chica, y me puso tan cachonda que se convirtió en mi primera escena anal y de doble penetración.

Al día siguiente, lo llamé y fui a su apartamento. En aquella época todavía vivía en España, así que había alquilado un pequeño apartamento de una sola habitación en Valley para cuando venía a Estados Unidos, que eran solo unos cuantos meses al año. Vino a buscarme al aparcamiento y empezamos a follar en cuanto entramos en su casa.

Estaba en su cuarto de baño, sentada en el váter mientras esperaba a que el semen saliera de mi coño, cuando noté la bandera roja número uno. Un bote de acondicionador.

Un bote de acondicionador en el cuarto de baño de un hombre soltero es mucho más que un simple producto para el pelo. Es algo que señala la presencia de otra mujer. Y seguramente, no solo de una mujer, sino de varias. Así que podían ocurrir dos cosas: 1) que el tío follara con tantas mujeres que se había hartado de oír «¿Por qué no tienes acondicionador?», o 2) que una mujer fuera allí tan a menudo que se había comprado su propio suavizante para esa casa. Ningún tío utiliza acondicionador para el pelo a menos que lo tenga largo, lo que en sí mismo es una bandera roja y, en ese caso, yo no estaría sentada en su taza mientras su semen se deslizaba lentamente por mi coño.

Yo tenía unas cuantas reglas en lo que se refería a las citas, cosas que no podía pasar por alto ni permitir en ningún caso. Tal vez conociera al hombre perfecto, pero si él incumplía una de esas reglas, me largaría en cuanto me fuera posible.

«Tengo que marcharme. Debo reunirme con Spiegler.» Esa era mi excusa para largarme en aquella época. Ahora es: «Tengo que marcharme. Debo hacerme

una limpieza anal para la escena de mañana». Y por lo general es cierta.

Follamos una vez más y me marché. Nos acostamos más veces ese mes, pero nunca me lo tomé en serio. Su forma de follar me tenía hechizada; era el mejor sexo que había tenido en mi vida... y eso es mucho decir.

Toni tiene uno de los acentos españoles más marcado que he oído nunca. Así que cada vez que me llamaba, pulsaba el botón «Rechazar» y le enviaba un mensaje de texto con una excusa para no cogerle el teléfono. En persona era una cosa, porque veía sus expresiones faciales, los gestos de sus manos y todo eso, y nos comunicábamos bien. Pero por teléfono, sin ningún tipo de ayuda visual, apenas lograba entender un tercio de lo que me decía. Esa es la razón por la que estábamos todo el día con los mensajes. Y así apareció la segunda bandera roja.

Los emoticonos.

«Te veo esta noche :)»

«Estoy impaciente por follarte >.<»

«Ven a verme :p»

Cuando un hombre tiene tanta experiencia con los emoticonos solo puede significar una cosa: recibe mensajes de muchas, muchas mujeres.

Pero el lado bueno es que no tiene hijos, no tiene «mejores amigas» entre sus ex, no es un delincuente sexual (se lo pregunté) y no lleva Crocs. Creo que estoy dispuesta a pasar por alto un par de banderas rojas.

15 de marzo

Hemos vuelto de Cabo.

Los dos estamos enfermos de cojones. Estamos resfriados, y Toni tiene conjuntivitis en los dos ojos.

Fuera hay veintiséis grados de temperatura, pero hemos encendido la chimenea. Puede que meternos en el jacuzzi en México no fuera tan buena idea después de todo.

20 de marzo

Estoy en Florida y sigo fatal. Se supone que debería estar rodando, pero te juro que estoy demasiado enferma.

Anoche, cuando aterricé, le dije a Spiegler que no podría rodar hoy. Él le envió un mensaje al productor.

«Asa acaba de aterrizar en Miami, pero no se siente nada bien. Tiene fiebre. No es de las que se quejan, así que, por favor, no le des mucha caña si mañana no está al cien por cien.»

No es de las que se quejan. Ja, ja, ja.

21 de marzo

Me siento un poco mejor. Bordé mi escena anal. Me voy a meter en la cama otra vez.

23 de marzo

Estoy volando a Las Vegas para un rodaje.

1) Estamos en 2012. Debería haber pasarelas deslizantes en todas partes. Lo que más me gusta hacer es andar a paso normal en las cintas transportadoras (¿es así como las llaman?) y adelantar a toda la gente que camina por el suelo.

2) La gente que viaja con su propia almohada es seguramente gilipollas.

1 de abril

Hoy he rodado una escena de doble penetración con Toni y Michael. Me da la impresión de que esta puede haber sido la última vez que Toni y yo rodamos juntos este tipo de escena... Tenía cara de enfadado cuando Michael me follaba.

Me gustó.

10 de abril

He hecho una entrevista para un documental sobre Hello Kitty. Creo que intentaban hacerme llorar. Me hablaron sobre un pedófilo que atraía a sus víctimas con Hello Kitty, y no con las chucherías habituales... Me mantuve fuerte y no solté ni una lágrima.

Me siento orgullosa de haber logrado terminar el instituto sin un tatuaje de Hello Kitty. Porque era sin duda (¿lo soy todavía?) tan imbécil como para hacérmelo.

11 de abril

Acabo de tener el mejor sexo de mi vida, joder. En cierto momento, Toni me golpeó en la cara algo más fuerte de lo necesario y se me están poniendo los labios morados... Pero me gusta. No dejo de apretar el moratón con los dedos. Me gusta ese tipo de dolor.

Esta mañana he ido a la clínica a pillar hachís (para Toni) y estoy casi segura de que me coloqué solo por estar allí. Me asustaba cambiar de carril en la autovía, así que conduje a ochenta kilómetros por hora por el carril derecho hasta que llegué al estudio.

12 de abril

Esta noche se ha celebrado el certamen de premios XRCO. He ganado tres, ¡incluido el de Mejor Intérprete del Año!

Creo que oculté bastante bien el morado de la boca con la barra de labios.

Saqué el tema a colación con todas las personas con las que me encontré: «Hola, ¿qué tal estás? Por cierto, este moratón es por el sexo, no por violencia doméstica». Creo que al final solo he conseguido que la gente sospechara un poco.

También acabo de darme cuenta de una cosa: ¿por qué las mujeres con maridos maltratadores no se excusan diciendo que les va el sexo duro? Siempre sueltan la típica excusa de «Me he caído por las escaleras», o «Soy tan torpe que he vuelto a chocarme con la puerta», y nadie se lo cree. Los maltratos domésticos son algo horrible, por supuesto, pero si van a poner excusas, ¿por qué no se inventan una que sea creíble?

21 de abril

Siempre he querido ver a alguien resbalarse con una piel de plátano.

22 de abril

He reducido el consumo de cigarrillos a tres al día, pero estoy atascada. Sin importar cuánto me esfuerce, ¡no puedo fumar menos de tres!

Cuando estoy en el plató estoy bien; el problema es cuando estoy en casa... Tengo que buscarme un pasatiempo. Lo de escribir no está mal, pero no es suficiente. ¿QUÉ OTRA COSA PUEDO HACER?

23 de abril

He comprado el SingStar para la PlayStation, y Toni y yo nos hemos pasado el día karaokeando con las ventanas abiertas de par en par.

Solo hay una canción que se me da realmente bien, la de You Know I'm No Good, de Amy Winehouse. La he puesto una y otra vez, intercalada de vez en cuando con alguna de Britney.

Seguro que mis vecinos preferirían que volviera a fumar en el balcón y a follar dando gritos.

Además, ¡me han pedido que sea la presentadora de los premios de la AVN

este año!

La hostia. ¿Qué me voy a poner? ¿Y si la cago?

Estoy emocionadísima.

26 de abril

Cada vez se me da mejor lo del SingStar. Se ha convertido en un ritual diario: me levanto a las seis, me tomo un café, canto durante media hora (con las ventanas abiertas, por supuesto), hago ejercicio y me voy a trabajar.

17 de mayo

Acabo de despertarme en San Francisco. He bailado aquí las tres últimas noches.

No puedo parar de masturbarme, pero no pasa nada: no tengo que ir a ningún sitio hasta dentro de siete horas.

19 de mayo

¡Cómo me gusta este club, joder! Pagan genial y me permiten montar un numerito de dildo al final. No soy muy buena bailarina, así que cualquier

distracción es buena.

Lo único que detesto son los billetes de un dólar. Me da demasiada vergüenza utilizarlos, así que acabo llevando miles de dólares en el coche, «para imprevistos». Es curioso: no me lo pienso dos veces antes de enseñarle al mundo mis partes íntimas, pero pagar las cosas con billetes de un dólar me resulta demasiado humillante.

23 de mayo

Acabo de leer la crítica de una de mis escenas y no puedo creer lo que ven mis ojos.

He rodado para un sitio llamado Shesgonnasquirt.com. Lo más curioso es que no soy de las que eyaculan (en inglés, el término «squirt» hace referencia a la eyaculación femenina). Puede pasar, pero no lo controlo; si un tío sabe cómo tocarme con el dedo y presiona todas las teclas adecuadas para hacer que ocurra, pues ocurre. No es necesariamente bueno, ni malo. Todavía no tengo claro que no sea pis o alguna otra cosa; ni si de verdad se supone que debe coincidir con el orgasmo o si eso es solo un mito, como lo de los huevos morados o lo de «la puntita nada más».

—Te digo que no lo controlo, joder —le dije a Spiegler, cabreada, cuando me llamó para lo del contrato—. No puedo garantizarte que vaya a eyacular.

—Ya se lo dije a ellos. Te quieren de todas formas.

Cuando llegué al plató ese día, Dave me explicó lo que iba a pasar. Iban a cortar durante la escena de sexo, me vaciarían una bolsa de agua en la vagina mientras el pene me penetraba el culo y volverían a rodar cuando el agua saliera de mi interior. He visto escenas como esta antes, y siempre he pensado que eran completamente increíbles y humillantes para todos los involucrados. Pero como ya estaba allí y el protagonista masculino era uno de mis favoritos (Johnny), mantuve la boca cerrada y accedí.

La escena fue tan ridícula como me había imaginado. Alrededor de tres veces por posición, cortamos e hicimos el truquito de la bolsa. Estaba convencida de que todo el mundo notaría que era falso.

Sin embargo, hoy he leído las críticas.

«He visto a Asa centenares de veces, ¡y jamás la había visto eyacular así!»

Algunas veces se pasan.

¿Qué ocurre con la eyaculación femenina? ¿Es pis? No da la sensación de que lo sea, pero a veces tiene un tono amarillento, y sin duda huele y sabe como el pis. ¿Alguna vez coincide con el clímax? En mi caso no, pero he visto muchas películas en las que parece que esa eyaculación ocurre cuando las chicas tienen el orgasmo más intenso de sus vidas. ¿Acaso exageraban para la cámara, como hago yo? ¿O es que me estoy perdiendo algo alucinante?

27 de mayo

No he parado de grabar desde que volví de San Francisco. Hoy he tenido una discusión en el estudio sobre si a los tíos se les ponen o no los huevos morados. Yo aseguré que eso es una gilipollez, que es solo una excusa que ponen los tíos para conseguir que alguien los haga eyacular.

Al llegar a casa le he preguntado a Toni si era verdad. Me ha dicho que no, pero me da la impresión de que solo quería que me callara.

1 de junio

Hoy Toni ha cagado con la puerta abierta. He fingido que me daba asco, pero en realidad estaba súper emocionada. Ahora somos una pareja de verdad.

7 de junio

Me he pasado las últimas dos horas leyendo sesenta y seis páginas sobre cotilleos de famosos en Perez Hilton.com. Si no practicara sexo anal delante de la cámara para ganarme la vida, sería un desperdicio total para la humanidad.

10 de junio

Hoy es el día del desfile de Puerto Rico en Nueva York. O, más bien, el día del desfile de las violaciones. Te juro que todos los años violan a alguien.

Nadie en Los Ángeles ha oído hablar de ello.

Recuerdo que en el instituto, el hermano de mi amiga Christina fue a la cárcel porque supuestamente había violado a alguien en el desfile de 2001. Ella me dijo que era inocente.

— Todos lo son —respondí yo. Ambas sabíamos a qué me refería.

15 de junio

¡Qué puta mierda! Anoche no salí del plató hasta las dos de la madrugada y, por si fuera poco, se me pinchó una rueda de camino a casa. Estaba demasiado cansada para quitarme la ropa de rodaje antes de irme, así que llevaba puesta una mini camiseta que tenía escrito en el pecho: «Te las enseño a cambio de una cerveza».

¡Así es como ocurren las violaciones!

Por suerte, Anastasia todavía estaba despierta y vino a buscarme. Su compañero de piso cambió la rueda mientras nosotras cantábamos canciones de Alanis Morissette sentadas en su coche.

18 de junio

Acabo de terminar mi primera noche de baile en Atlantic City... derrotada. Y me refiero a derrotada de verdad. Archie (mi técnico de gira) no paraba de repetir «¡Ha sido brutal!» cada vez que volvíamos a la sala de descanso.

Nunca hubo más de seis tíos alrededor del escenario. Y era un escenario enorme. En un rincón había dos chicos negros que no me miraron ni una sola vez, sin importar lo mucho que me esforzara por llamar su atención. Caminé por el escenario hasta el extremo opuesto, un trayecto de unos veinte segundos, para acercarme a un tío borracho que me llenó de apuestos billetes de un dólar. Creí que era un fan, hasta que me incliné hacia él y me preguntó cómo me llamaba.

Esta noche me he sentido tal y como todo el mundo imagina a las strippers: triste, patética y sin futuro.

Puede que la gente diga que es muy degradante bailar en un escenario y quitarse poco a poco un biquini que ya es escaso de por sí delante de una multitud de hombres cachondos, pero lo que de verdad resulta degradante es desnudarse para unos cuantos hombres indiferentes que ni siquiera se fijan en si tengo los pezones duros o no. Porque les da igual.

Ha sido bochornoso. Mi ego ha recibido un severo golpe, eso seguro. Empecé

a bailar hace un año, cuando llevaba ya cuatro años de carrera. Nunca había bailado en un lugar que no estuviera lleno de fans deseosos de arrojarme dinero.

¿Ha sido por el local? ¿Por el promotor? ¿O ha sido lo que me da más miedo: que mi nombre ya no atrae a multitudes?

Las ventas fueron peor aún. Conseguí vender dos DVD y dos bailes privados. Me siento tan desanimada que ni siquiera me apetece ponerme a contar lo que he ganado, pero seguro que no da ni para cubrir el sueldo de Archie esta noche. Eso tendrá que salir del dinero que me paga el club, algo que nunca me había pasado. Siempre pago a Archie con el dinero que consigo en el escenario; ni siquiera tengo que echar mano de lo que saco con las ventas, y mucho menos del cheque que me dan por el trabajo.

Bailaré otra vez esta noche. Si consigo más trabajos como este, mi alma empezará a consumirse y, al final, todo el mundo que me mire a los ojos verá que están vacíos. Vacíos y muertos por dentro. Triste, patética, sin futuro.

22 de junio

Hoy he vuelto a casa y me he encontrado mi Fleshlight desarmada y secándose en el lavabo del baño de Toni. Una parte de mí se siente halagada; a la otra le asusta pensar que pueda gustarle más que yo.

2 de julio

Toni acaba de follarme al estilo prisión (con fuerza y por el culo) mientras sonaba una canción de Adele de fondo. Si eso no es romántico, no sé qué puede serlo.

Hablando del tema.

Sesenta y nueve: sobrevalorado.

Estilo prisión: infravalorado.

4 de julio

Feliz cumpleaños, América. Hoy he practicado sexo por dinero en tus tierras.

6 de julio

Toni se marcha a España hoy. Volverá dentro de un mes. Snif.

8 de julio

Hoy he rodado una escena de doble penetración a las ocho de la mañana y he vuelto a casa alrededor de las doce; me he quedado tumbada en el sofá, hecha una mierda, hasta que se ha puesto el sol y he tenido que levantarme a encender las luces.

Eso es lo más triste a veces, ese momento en el que hay claridad y estás viendo la tele, enredando en internet o enviando mensajes a tus amigos... y de repente todo se vuelve oscuro de la hostia y te encuentras sola en tu salón como una

idiota.

11 de julio

Hoy me voy de vacaciones a casa de Toni, en España. No creo que allí tenga tiempo para escribir.

12 de julio

Este viaje en avión es lo más aburrido que he hecho en mi vida.

En ocasiones, las mujeres se cagan durante el parto. Acabo de descubrirlo. Me pregunto si alguna vez alguien se ha cagado en los ojos de su hijo por accidente mientras paría. De ser así, ¿el bebé tuvo conjuntivitis?

Si alguna vez doy a luz, pienso limpiarme el culo con un enema en el mismo instante en que empiecen las contracciones.

14 de julio

¡La casa de Toni es maravillosa! Nado en su piscina todos los días. Quiero parecer una preciosa sirena, así que me pongo el biquini dorado y nado con los ojos cerrados. Las gafas son para los memos.

16 de julio

Paso de estar preciosa. Ahora no solo me pongo las gafas, sino también un gorro de látex que me hace parecer calva y me tapa las cejas, así que tengo pinta de paciente de cáncer. Como el biquini se me bajaba todo el rato, ahora nado desnuda. Supongo que esto pondrá a prueba el amor de Toni.

Hoy hemos rodado una escena anal para mi página web frente a un castillo abandonado. He tenido que subir una montaña con la ropa porno, pero ha merecido la pena.

17 de julio

Hoy le estaba escribiendo un mensaje a Mia y cuando puse «Asperger», el corrector automático del teléfono puso «Superhéroes». Me parece muy bonito.

24 de julio

Acabamos de llegar a Venecia, y es la cosa más bonita que he visto en mi puta vida. Me deja sin aliento. De camino, paramos en Saint-Tropez y en la casa de playa que Toni tiene en España (se me ha olvidado el nombre del pueblo).

Conocí a la familia de Toni. No follamos en los tres días que estuvimos allí.

Nunca he estado tan cachonda.

Aquí todo es muy antiguo, y no puedes ir a ningún sitio sin subirte a una góndola (una especie de barco). Nuestro remero (¿es así como llaman a los que llevan la barca?) cantó, como en las películas. Aquí me siento mágica.

27 de julio

Hoy Toni me ha tapado la cabeza con una bolsa de plástico mientras me follaba.

No puede decirse que no viva mi vida peligrosamente.

31 de julio

Hemos vuelto a la casa que Toni tiene en Barcelona y estamos viendo las Olimpiadas. ¿Me lo parece a mí o las gimnastas de ahora están más gordas? Creía que estaban tan anoréxicas que se les cortaba la regla... ¿O es a las bailarinas a quienes les pasa eso?

1 de septiembre

Las vacaciones se han acabado oficialmente y estoy de vuelta en Los Ángeles. Por suerte, no he encontrado mi dignidad. Volveré al plató mañana.

Ahora me siento muy internacional. Los americanos son unos incultos.

15 de septiembre

Anoche lloré hasta que se me salieron los ojos, y me resulta demasiado vergonzoso hasta el hecho de contar por qué.

Volví a casa después de rodar mi escena de doble penetración, y como todavía estaba cachonda, fui directa a por la polla de Toni.

—Me he hecho una paja justo antes de que llegaras —me dijo.

Así que lo dejé en paz.

Mientras veíamos una película por la noche, le pregunté en qué había pensado mientras se masturbaba. No esperaba que hubiera pensado en mí, pero supongo que sentía curiosidad. Y lo cierto es que una parte de mí esperaba en secreto que me dijera que había pensado en mí.

Y el hijo de puta va y me dice que se había conectado a una página de webcam y que se la había cascado mientras una tía le enseñaba el culo.

¡No me jodas!

Me reí y seguí viendo la película, pero menos de cinco minutos después estaba llorando como una posesa. Toni se enfadó (algo razonable, supongo) y eso solo consiguió empeorar las cosas. Al final acabé llorando en la habitación de invitados toda la noche, sin dejar de gritar: «¿Por qué no me has mentido? ¿Por quééé?».

Ni siquiera sé por qué estoy tan sensible. No es realista pensar que se va a masturbar pensando en la persona con la que mantiene relaciones sexuales en la vida real todos los días. Pero, por algún motivo, me siento muy, muy ofendida. A ver si esto te enseña algo: por cada mujer con quien te masturbas, existe un marido/novio/pareja harto que se la casca con otra zorra.

5 de octubre

El aburrimiento me pone cachonda, y eso me lleva a masturbarme, lo que a su vez me hace sentirme inútil, me aburre más, me pone más cachonda y hace que me masturbe más. Y después de masturbarme más me siento inútil, y me aburro, y me pongo cachonda, y me masturbo de nuevo, y luego me siento inútil, y me aburro...

19 de octubre

Joder. Se me ha retrasado la regla. No puedo creer que me pase esto justo ahora. Toni es el único que se corre dentro de mí, pero... ¿Y si...? No puedo pensar en esto ahora.

20 de octubre

Todavía no me ha bajado la regla. Me estoy acojonando.

21 de octubre

¡Ay, Dios! Joder, ¡gracias a Dios! Gracias, gracias, gracias, gracias. Hoy me ha bajado la regla. ¡Fiu!

He estado embarazada dos veces.

La primera, a los diecinueve. Apenas lo recuerdo. Fue con Eddie y en aquel momento no me pareció tan importante. La mayoría de mis amigas había pasado por algún aborto y, si acaso, me emocionaba entrar a formar parte del grupo de mujeres que había tenido esa experiencia.

La segunda vez fue diferente. Tenía veintiuno, y el bebé era del mismo tío. Entonces tomaba un montón de Oxy, así que lo de las náuseas matutinas no era ninguna novedad. Vomitaba todas las mañanas.

Cuando lo descubrí estaba haciéndome una «limpieza maestra»; es un programa de desintoxicación diseñado para limpiar el hígado y los riñones, pero yo lo hacía para perder peso. Básicamente es una especie de anorexia. La comida está prohibida; lo único que puedes tomar es una mezcla de agua caliente, zumo de limón, sirope de arce y cayena. Yo, por supuesto, también tomaba OxyContin.

La limpieza en sí es horrible. No puedes salir, porque no tienes fuerzas. No puedes quedar con nadie, porque al final ellos tienen que comer y la tentación es demasiado grande. Ni siquiera puedes ver la televisión, porque existe el riesgo de que aparezca un anuncio de comida o alguna persona comiendo. No sé cómo lo conseguí, pero aguanté la limpieza durante diez días.

El décimo día sentí el extraño impulso de hacerme un test de embarazo. Las razones por las que mi período estaba descontrolado eran: 1) los opiáceos, y 2) el hecho de que siempre olvidaba tomarme los anticonceptivos. El test dio positivo. Jodida como estaba por no haber ingerido otra cosa que analgésicos y zumo de limón durante los diez días anteriores, apenas tenía energía para llamar a nadie. Eddie y yo habíamos roto, y hacía semanas que no hablábamos; como es natural, no tenía fuerzas para enfrentarme a él. Llamé a mi amigo Jay.

—Estoy embarazada.

Me llevó a la misma clínica a la que había ido la vez anterior. No hay nada tan humillante como ir a abortar y que tu nombre ya aparezca en un archivo. Como para mi vergüenza ya estaba familiarizada con el proceso, zigzagueamos por el

edificio sin problemas. Cuando llegó el momento de hacerme la ecografía, me informaron de que ya estaba de tres meses.

—¿Te gustaría ver al bebé? —preguntó la doctora. Rechacé su oferta—. Puesto que el embarazo está bastante avanzado, tendremos que insertarte unas varitas para dilatarte el cuello del útero. Continuaremos con el procedimiento mañana.

No había entendido nada, pero asentí con la cabeza. Sabía que no deseaba tener un bebé. En especial, uno de mi ex.

Me enseñaron las «varitas», que eran justo lo que indicaba su nombre: diminutos palitos de madera que cualquiera habría tomado por mondadientes. No me parecieron amenazadores, así que no me puse nerviosa.

No he sentido un dolor parecido en toda mi vida. Tampoco entendí que me insertarían los palitos «en horizontal». El dolor fue tan intenso que me desmayé. Cuando recuperé la consciencia, oí a las enfermeras gritar en español, aterradas.

—Nos has asustado —me dijo una de ellas mientras yo bebía con una pajita de un pequeño envase de zumo de manzana—. Tenías la cara tan blanca como esta sábana.

Me fui a casa aquel día, y el dolor era tal que me acurruqué en la cama, gritando. Jay se tumbó a mi lado. Me practicarían el aborto al día siguiente, así que opté por no tomar ninguna de mis drogas habituales.

Al final el dolor se intensificó tanto que llamé a la clínica. Me dijeron que no tomara nada porque iban a operarme al día siguiente, pero no podía dormir. En algún momento, sumida en la neblina del dolor, decidí que lo mejor sería tomarme un Xanax para poder descansar un poco.

Jay volvió a llevarme a la clínica al día siguiente. Al ver el dolor físico que experimentaba, me ingresaron a toda prisa. Cuando desperté, me vomité encima. Todavía tenía dolor, pero ni de lejos tanto como cuando tenía las varitas dentro.

Como tenía que ir a trabajar, Jay llamó a Eddie para que viniera a recogerme. Todavía me sentía mareada por la anestesia, así que tardé un segundo en darme cuenta de que había alguien en el asiento trasero cuando me subí a su coche.

—¿Qué coño está haciendo Eug aquí?

—Teníamos planeado jugar al póquer, así que le pregunté si quería acompañarme a recogerte.

Me di la vuelta para mirar a Eug.

—Yo no sabía que vendríamos a recogerte aquí —dijo con tono avergonzado e incapaz de mirarme a los ojos.

Mientras íbamos en el coche de vuelta a casa, el dolor empeoró. Notaba la sangre deslizándose fuera de mí, empapando la compresa de algodón que me habían dado. Cuando me bajé del coche, había un charco de sangre en el asiento del acompañante. Eug me miró, horrorizado.

—Voy a sacar dinero —dijo Eddie al tiempo que se alejaba con el coche.

Eug decidió quedarse conmigo. Pedimos comida, fumamos hierba y vimos la televisión. Me pasé el resto del día cambiando las toallas ensangrentadas de la cama.

Creo que ese fue el primer paso para dejar el Oxy.

22 de octubre

Me duele el culo. Las nalgas, no el agujero. (Día de piernas en el gimnasio.)

23 de octubre

Me he enterado de una historia curiosa mientras me sacaban sangre para el análisis mensual de las enfermedades de transmisión sexual. Según parece, un tío

se presentó la semana pasada con la intención de entrar en la industria del porno. Estaba claro que jamás se había hecho un análisis para las ETS, porque cuando salió del cuarto de baño, el bote para la orina estaba lleno de semen.

¡Ja, ja!

Me ha recordado a otra historia que me contó Ivan hace unos años. Estaba rodando la primera escena anal de una chica, y cuando le pasó un enema para que se limpiara el culo, ella le quitó el tapón allí mismo, delante de todo el mundo, y se bebió la solución líquida.

27 de octubre

Hoy he hecho una escena con una BBW. Son las siglas de Big Beautiful Woman, una chica hermosa y grande... lo que viene a ser una chica gorda. Era mi primera vez, y ha sido increíble. Hay mucho que agarrar, y me metí mucho en el papel. Follamos por todas partes, y cuando las cámaras cortaron, seguí comiéndole el coño. Su olor era un poco diferente al de otras chicas. Me gustó. Además, hizo que me sintiera súper delgada.

28 de octubre

Anoche soñé de nuevo que me saltaba la dieta. No dejaba de preguntarme «¿Debo o no debo?» mientras me comía todos los dulces que tenía a la vista.

No hace falta decir que al despertar me sentía fatal.

Creo que voy a ir a clase de yoga para deshacerme de toda esta energía negativa antes de la escena de orgía de hoy. Quiero ir con actitud positiva.

1 de noviembre

El otro día fui a hacerme la manicura con Mia y con su hermana. Un fan me reconoció a través del escaparate y entró en el local. Se ofreció a pagarme la manicura. Me eché a reír y le dije que no, que le agradecía la oferta, y luego me acordé de Mia y de su hermana.

—Aunque aceptaré tu oferta si pagas también la de mis amigas —le dije medio en broma.

El caballero se negó y se marchó. Sin embargo, diez minutos después regresó con una nota en la mano.

—He cambiado de opinión. Pagaré las tres manicuras.

Pagó, me entregó la nota, nos estrechó la mano y se fue.

Cuando salió por la puerta, chocamos los cinco por haber conseguido una manicura gratis. Cuando nos subimos al coche, leí su nota en voz alta. Incluía un número de teléfono y una dirección de correo electrónico.

Esto ocurrió hace dos semanas y ahora necesito otra manicura. Pero me da miedo volver sola. Creo que iré a otro sitio.

3 de noviembre

Hoy me aburría en el plató y me entraron ganas de averiguar si el dominio «hooker.com» (algo así como «prostituta.com») estaba cogido. Lo estaba. Me pareció divertido, pero cuando lo abrí en el móvil lo primero que apareció fue una

foto mía de rodillas, con la cara cubierta de semen. Toma dosis de realidad.

12 de noviembre

Ayer, mientras Toni estaba en el plató, eché un vistazo a su twitter. Había publicado una foto suya con Renee, y estaban en una camilla de masajes.

Le envié un mensaje que decía: «Así que hoy te han dado un masaje. Qué suerte».

«No, fui yo quien dio el masaje», me corrigió.

«Vaaaya.»

«Tú también has dado un masaje hoy, ¿no? He visto tu Instagram», me dijo.

«No. Yo era una doctora», lo corregí.

Ser una pareja porno es muy divertido.

13 de noviembre

Acabo de ver el anuncio de una comedia romántica protagonizada por Meryl Streep y Tommy Lee Jones, y casi vomito. Respeto muchísimo a Meryl Streep, pero ver cómo se enamoran los viejos es asqueroso.

14 de noviembre

Hoy he visto a una médium en un programa de la BBC. Dijo que yo no ganaría ningún premio de la AVN este año. Menuda putada.

21 de noviembre

Cuando era más joven, mi abuela (que en paz descanse) solía hablarme de las veces que había cascado un huevo y se había encontrado dentro un feto de pollo muerto.

Alguien me dijo el otro día que en la actualidad los huevos que comemos no están fertilizados.

Hasta ese momento, cada vez que cascaba un huevo temía por un instante que saliera un feto muerto de la cáscara.

Tengo la sensación de que toda mi vida ha sido una mentira enorme.

Otra cosa. ¿Estoy loca o es muy raro que los vegetarianos coman huevos? Es algo así como comerse un aborto, ¿no?

28 de noviembre

Oír a mi novio de treinta y siete años jugando a la consola arriba y diciendo gilipolleces por el micro de los auriculares es algo que jamás creí que me pasaría a mí.

29 de noviembre

Me estaba masturbando esta mañana y, justo cuando estaba a punto de correrme, me dio un calambre en la puta pierna derecha. Te juro que me ha pasado al menos ocho veces seguidas antes de darme por vencida. Siempre que me ocurre esto, siento que Dios me está castigando por ser una puta.

Me pregunto si a los tíos les pasa alguna vez. Sería de lo más gracioso que le ocurriera a un intérprete masculino durante una escena, ¿no?

Y lo peor de todo es que no deja de llover y tengo que ir a comprar comida. Algunas veces pienso que la vida sería más fácil si cometiera un delito y estuviera en arresto domiciliario.

8 de diciembre

En el rodaje de ayer utilicé unas bolas kegel por primera vez. Me las metí en el coño mientras Derrick me daba por el culo. Y me encantaron. Me gustaron tanto que la directora dejó que me las quedara. Me ha dicho que son el último grito entre las mujeres ahora mismo; al parecer, si te las dejas en el coño mientras haces las tareas, los músculos internos se hacen más fuertes.

Las llevo puestas ahora mismo, y no me las quitaré cuando vaya a entrenar más tarde. O es una idea de la hostia, o la peor que he tenido nunca.

Actualización: al final me he rajado y me las he quitado antes de ir a entrenar. Me habría muerto de vergüenza si se me hubieran salido.

15 de diciembre

Hoy, mientras corría en la cinta, mi entrenador me ha dicho: «Los corredores de maratón tienen cuerpos corrientes». Creo que he encontrado pareja para mi cuerpo deforme.

Además, el que corría en la cinta de al lado era un tío macizorro con los ojos morados debido a una reciente operación de nariz. Me he sentido muy de Los Ángeles.

17 de diciembre

Hoy he mantenido una conversación de lo más interesante con Mia. Me ha confesado que se moría por saber lo que era follar con un pene. Yo le he respondido que me moría por saber lo que es que te follan por el culo teniendo próstata. Hemos prometido que si mañana nos levantáramos siendo hombres, ella utilizaría su pene para follarse mi culo prostático.

18 de diciembre

Esta mañana me he levantado y tenía un correo electrónico de Groupon.

«Faciales europeos por 50 dólares.»

Justo había empezado a emocionarme cuando he comprendido lo que

significa de verdad. Los tíos europeos son los mejores.

20 de diciembre

Hoy he grabado un programa televisivo para promocionar el Fleshlight, el «Juguete sexual masculino número uno en todo el mundo».

La cosa ha ido así:

Presentador: «Chicas, todas vosotras tenéis vuestras propias texturas. ¿Por qué no me contáis algo más sobre eso?».

Stoya: «La mía es Destroya, porque mi nombre es Stoya. Tiene dientes, pero son muy suaves. La textura gomosa de los dientes es sensacional».

Misty: «La mía se llama Bump & Grind, y tienes que sentir cómo muele y aplasta, chaval».

Kayden: «A la mía la han llamado la comelibros. Mis fans me conocen por ese nombre, y el diseño se parece a un gusano». Kayden es la puta perfección: rubia, delgada, guapísima y divertida.

Yo: «Mi textura se llama Dragon, porque soy asiática».

Ah, además esta mañana le he comprado un Mercedes a Toni como regalo de Navidad. Espero no arrepentirme.

22 de diciembre

Llevo en Nueva York desde ayer, pero me quedaré hasta mañana en el puto

Flushing, Queens, por un trabajito de baile. Toni volará hasta aquí mañana por la mañana y luego iremos a casa de mis padres, en Brooklyn, a pasar las vacaciones.

Anoche, durante mi primer número, bailé al son de «Wicked Games», de The Weeknd, y oí que un chico borracho blanco que se daba aires de negro le gritaba una y otra vez a su colega: «Tío, ¡es la mejor canción que he escuchado en mi vida!». Fue desternillante.

Y el cartel que había en el vestuario también era para partirse de risa. Decía: «La parte de arriba hay que quitársela al final de la segunda canción, una vez en el escenario. Toda aquella que “olvide” esta norma será enviada a casa y/o despedida».

Le saqué una foto. Quizá empiece a recopilarlas para publicar un libro de esos tan bonitos.

25 de diciembre

¡Toni me pidió matrimonio anoche!

Habíamos desayunado con mis padres, y supongo que ellos ya lo sabían... Toni habló con ellos la noche anterior. Me lo pidió al lado del enorme árbol del Rockefeller Center. ¡Mi anillo es una puta maravilla! ¡AGHHH! ¡Estoy comprometida! Mi madre lloró y todo.

27 de diciembre

Anoche vi al bebé de mi prima.

Quiero uno, quiero uno, quiero uno.

Quizá el año que viene.

Mañana volvemos a Los Ángeles.

1 de enero

Nos casó Elvis el día 30 de diciembre. Volvimos a Los Ángeles y pensamos: «¡Joder, vámonos a Las Vegas ahora mismo». Todo fue jodidamente perfecto y muy al estilo Amor Verdadero. Elvis se había cortado la barbilla al afeitarse y tenía una mancha de sangre que yo no pude dejar de mirar en toda la ceremonia. No dejaba de pensar: sida. Se lo conté a Toni y después él tampoco pudo dejar de mirarlo.

Es genial poder decir: «Me casé el año pasado», aunque en realidad solo hayan pasado unos días. Ja, ja.

3 de enero

Hoy he cumplido veintiocho años. También me he dado cuenta de que estoy en Facebook desde hace siete años. Eso es lo más duradero que he hecho nunca.

Creo que estoy cogiendo la gripe. Me siento como una mierda. O quizá solo es la sensación de estar cerca de los treinta y no estar segura de lo que hacer el resto de mi vida, cuando sea demasiado vieja para hacer porno.

5 de enero

Definitivamente, tengo la gripe. He tenido que cancelar todos los rodajes. Sin embargo, hice una entrevista telefónica esta mañana en la que me preguntaron cuál había sido mi relación sexual más memorable.

Lo pensé un instante y me di cuenta de que mi relación sexual más memorable era un poquito gay. No gay en el sentido de dos personas del mismo sexo follando, sino en el de los unicornios y los arcoíris.

Tuvo lugar el año pasado en Cabo. Toni y yo estábamos de vacaciones en un resort de esos de «todo incluido» en los que pagas al llegar y después todo es gratis: comidas, bebidas, habitaciones, actividades... ¿He mencionado las bebidas?

Durante nuestra primera noche allí, paseábamos por la playa cogidos de la mano (¿ves a lo que me refiero con lo de «gay»?), cuando nos topamos con una hoguera. No había nadie más a la vista. Apenas había tenido tiempo suficiente para asimilar que aquella era una oportunidad única para practicar sexo en la playa, de esas que solo se dan una vez en la vida (y junto a una hoguera, nada menos), cuando Toni se abalanzó sobre mí. Me levantó el vestido, me apartó las bragas, se escupió en la mano para lubricarse la polla durísima y se introdujo dentro de mí. Gemí muy alto. Estábamos en un lugar público, pero, como ya he dicho, no había nadie a la vista. Además, no iba a desperdiciar el momento con un polvo silencioso. Es mucho mejor cuando es ruidoso, y eso es un hecho. Hizo que me corriera, y cuando sintió las palpitaciones de mi coño, se le puso más dura todavía.

«Córrete en mi coño. Necesito tu semen», le dije.

Apreté los músculos de la vagina y me esforcé por alcanzar un nuevo orgasmo con él.

Cuando se corrió, juro por Dios que vi una estrella fugaz. Y luego me corrí por última vez.

Ese momento mágico en el que vi una estrella fugaz mientras el hombre al que amo se corría dentro de mí fue sin duda mi relación sexual más memorable.

De todas formas, acabé contestando que había sido la vez que me follaron siete tíos a la vez.

10 de enero

Por fin se ha pasado la puta gripe. Y por fin me he afeitado el coño hoy. Mientras me duchaba, me he quedado horrorizada al ver los pelos que tenía; no me puedo creer que haya dejado que Toni me follara así. Una buena forma de medir el amor en una relación es la frecuencia con la que la mujer se afeita el coño... Nunca dejaré que vuelva a ocurrir.

11 de enero

Hoy he tenido que enviar algo por correo por primera vez en mi vida. Llegué a la oficina de correos antes de darme cuenta de que no tenía ni la menor idea de lo que debía hacer. Me puse a la cola y dejé que la señora que había detrás del mostrador lo hiciera todo en mi lugar. Me miró como diciendo: «¿Y bien? ¿Cuál es tu excusa?».

Espero que no lo hiciera mal a propósito. Sé muy bien cómo manejar once pollas al mismo tiempo con elegancia, pero no sé cómo enviar una carta.

15 de enero

Estoy de camino a Las Vegas para el certamen de premios de la AVN. Estoy impaciente por comerme una enorme y grasienta hamburguesa cuando acabe.

21 de enero

Por fin he vuelto de Las Vegas. El certamen de la AVN fue un éxito, y gané seis premios, ¡incluido el de la Mejor Intérprete del Año! ¡Sí! Esa noche lo celebré pidiendo una hamburguesa gigante al servicio de habitaciones. Esta noche voy a pedir pizza, je, je. Estoy súper emocionada.

27 de enero

Un poco tarde, pero mejor tarde que nunca.

Objetivos:

- 1) Dejar de fumar de verdad.
- 2) Nada de pizza. Solo una vez cada dos semanas como máximo.
- 3) Escribir un libro.
- 4) Correr más rápido en la cinta que el macizorro del gimnasio.

15
El otro lado

Le envié un mensaje a Dee.

«No voy a poder ir :(Estoy dirigiendo una peli de sexo en grupo y la chica solo puede grabar el mismo día de la reunión.»

Se suponía que el sábado 3 de mayo iba a ser ese día que solo ocurre una vez en la vida: la tan esperada reunión de los diez años del instituto. Y justo tenía que coincidir con mi debut como directora.

Creí que no me importaría. Ni siquiera me había graduado en ese instituto. Pero, cómo no, de los tres a los que había asistido, era el único que celebraría esa fiesta.

¿Tenía siquiera algún recuerdo agradable de ese instituto? Robar las pastillas recetadas de nuestras madres para esnifárnoslas después en el baño. Inhalar Dust-Off en el pasillo antes de entrar en clase. Llamar a la secretaria del centro como si fuéramos nuestras madres para tomarnos un día de «enfermos». Al parecer, los mejores recuerdos consistían en escapar de aquel lugar.

Le dije a Dee que se asegurara de enviarme mensajes con los cotilleos: quién era gay, quién era rico, quién estaba sin blanca, quién estaba gordo, quién se drogaba, quién había muerto.

Y luego me di cuenta de que... sería yo. Era muy probable que el tema principal de cotilleo fuera yo. Adivina quién se ha metido en el porno.

Una semana después, cuando dirigía la primera escena de mi primera película, empecé a apreciar lo de ser intérprete. Jamás me había dado cuenta de todo lo que implica una producción. Como intérprete, iba al plató, me sentaba en la silla de la maquilladora durante una hora y media, chismorreaba con el personal y los demás actores, hacía algunas fotos, practicaba un sexo alucinante y luego me iba a casa. Como director, la producción no empieza la primera mañana de rodaje, sino días o semanas antes. Y ni siquiera echaba un polvo.

El primer paso era contratar a los intérpretes. La mayoría de las chicas de la industria tiene agentes. Algunos chicos también tienen, pero suelen representarse a sí mismos. En este negocio hay seis agencias principales a las que acudir. Por norma general, para tener éxito en el porno una chica necesita firmar con una de esas agencias. En la típica página web de una agencia, la chica tendrá entre seis y diez fotos en distintos estados de desnudez; una lista de características, como la edad, la raza, la altura, el peso; y otra lista en la que se enumeran los actos sexuales que ofrece.

Cuando empecé en este negocio, hace años, estaba con una agencia llamada Goldstar Modeling, que en aquel momento era una de las grandes. El director de Goldstar era Joel, que a su vez también era intérprete. Recuerdo que me hizo llorar una vez.

—No me siento cómoda trabajando en despedidas de soltero... te lo dije —señalé por enésima vez.

—Es fácil: solo tienes que ir allí, bailar para un puñado de tíos borrachos, cobrar y marcharte. ¿Dónde está el problema? ¿Puedes hacer porno, pero esto no? Venga ya —dijo burlándose de mí.

Siempre he sido de las que se aturullan bajo presión, y me eché a llorar.

—No quiero hacerlo, y no puedes obligarme —protesté, como una niña.

Al final no hice el trabajo, pero tuve que trabajar dos años más con Goldstar antes de quedar libre por fin para unirme a las Chicas Spiegler.

El problema de las agencias porno es que todas consiguen trabajo. Sobre todo cuando eres nueva. Todos los directores revisan las páginas web de las agencias, y siempre se contrata a las chicas nuevas: todo el mundo quiere ver a una chica nueva. La clave de una buena agencia es que seguirá consiguiéndote trabajo a lo largo de tu carrera. Así es Spiegler. Es el mejor, y todo el mundo lo sabe.

Una vez que contratas a los intérpretes llega la hora de encontrar una localización. Hay varias páginas web con listados de localizaciones, pero muchas de ellas son mansiones que deben reservarse directamente con el dueño. Me encanta ver que en las producciones convencionales también aparecen las casas en las que he grabado; he visto una casa en un programa de la televisión en la que he grabado escenas anales muchas veces, y a un rapero cantando en un sofá en el que yo me había corrido poco antes. Las mejores localizaciones tienen un montón de ventanas

que proporcionan luz natural; de esa forma, la penetración está siempre bien iluminada y queda preciosa.

Después de contratar las localizaciones viene todo el rollo de asegurar la producción, contratar a los maquilladores que han pedido los intérpretes, preparar los documentos legales y los formularios necesarios para que todo el mundo los rellene en el plató, enviar los avisos de rodaje y solicitar el vestuario. En una producción gonzo, la chica suele llevar su propia ropa. Lleva una maleta llena de lencería y vestidos y, junto con el director, decide qué ropa se utilizará.

Siempre me gusta ver qué aspecto tiene la maleta de una chica del porno: cómo guarda las cosas, si está desordenada, cuántas prendas son nuevas y cuántas viejas. Creo que la maleta de una chica dice muchas cosas sobre ella. Algunas chicas lo arrojan todo dentro sin ningún orden, y las suelas de los zapatos de tacón rozan la parte de las bragas que cubre el coño. Conozco a una chica que lo pone todo en una percha, incluidos los biquinis, y luego lo mete todo en su maleta.

A nivel personal, tengo una maleta para lencería y biquinis que se queda siempre en el maletero de mi coche. Guardo todas las piezas en su propia bolsita zip individual para no perder nada. Tengo una bolsa deportiva aparte solo para los zapatos, y también está siempre en el coche. Todo lo demás, como los vestidos, los disfraces de colegiala, etcétera, lo guardo cuando toca para cada rodaje.

El día que se suponía que debía estar en la reunión del instituto, grabé a Alexis. De pelo rubio y con unas tetas enormes, nadie adivinaría que nació en Nueva York, como yo.

—Debes de destacar mucho en la ciudad —le digo siempre. Nueva York no es como Los Ángeles: la gente no es rubia, y no se ven mucho los implantes de pecho o los labios rellenos. Alexis siempre se ríe al oírlo y asiente. Creo que, en secreto, adora destacar tanto. A mí también me pasa.

Al abrir su maleta me di cuenta de que Alexis no había guardado las cosas de una manera organizada (no había un plan evidente), pero tampoco estaba todo liado. La mayoría de sus cosas eran nuevas, todavía con etiquetas y todo. Apunté mentalmente que debía ir a comprar lencería para mí lo antes posible.

Elegimos para ella un vestido ceñido rojo, sin nada debajo. Ese día rodaría su primera escena de sexo con un grupo de tíos, y el escenario era un club de sexo. Me pareció que si alguna vez tenía que ir a un club de sexo, iría sin ropa interior. Así

que decidimos que iría en plan comando.

—Empezaremos abajo, con el agujero glorioso —le dije a Alexis mientras se sentaba en la silla de la maquilladora—. Le chupas la polla durante un minuto exactamente y luego vamos a otra habitación, donde le harás una mamada a Danny durante otro minuto. Después avanzarás por el pasillo, follarás con John otro minuto y luego él te agarrará del pelo y te arrastrará hasta la sala del sexo en grupo. Todo será una toma continua, y esa será la intro. Una vez en la sala de sexo en grupo, cortaremos, juntaremos a todos los chicos y se la pondremos dura, y después la escena no tendrá cortes a menos que sea necesario.

—¡Estoy tan emocionada! —exclamó Alexis, que mantenía los ojos cerrados mientras se le secaba la máscara de pestañas.

—Pues yo estoy algo celosa —admití. Al pensar en mi primera escena de ese tipo, recordé que la había calificado en muchas entrevistas como el mejor día de mi vida. El novio que tenía en esa época vio una de las entrevistas y, por supuesto, rompió conmigo.

—¿Todavía te ves con ese tío? —preguntó Alexis.

—¿Con quién? ¿Con el último? ¿El de Queens? —Alexis era una neoyorquina de pura cepa, como yo.

—Sí, la última vez que te vi estabas con un tío que no era del negocio.

—Ah, sí. Corté con él. Ahora intento mantenerme soltera y hacer esto por mí, ¿entiendes?

Lo entendía. Después de haber pasado por unas cuantas relaciones a lo largo de mi carrera en el porno, era muy consciente de lo duro que resultaba mantener una. Es muy difícil decir qué es peor: salir con alguien del negocio o con alguien de fuera, con un «civil». Las dos cosas tienen sus pros y sus contras. El beneficio de salir con alguien que trabaja en el porno es obvio: entiende la diferencia entre el sexo del trabajo y el sexo en casa. Sabe que si haces una escena de doble penetración por la tarde, es posible que estés demasiado dolorida para practicar sexo esa noche. Y en las raras ocasiones en las que pillas clamidia o gonorrea... no te avergüenzas cuando tenéis que medicaros juntos. Eso es mucho más duro si sales con un civil.

«Hummm... Oye... No sé cómo decirte esto, pero... Tengo clamidias. Y eso significa que muy probablemente tú también las tengas. Así que... ¿podrías venir

conmigo al médico mañana para que nos receten las pastillas?»

Es una conversación extraña que casi nunca tiene lugar en otra situación.

Sin embargo, salir con un chico del porno tampoco es muy fácil. Sus amigos son los chicos con los que trabajas todos los días. Son los tíos con los que él sale el sábado por la noche, los tíos a los que les cuenta sus problemas cuando os peleáis. Y si no son amigos suyos, se los encuentra en los rodajes y en el gimnasio. Y, en ocasiones, debes mantener relaciones sexuales con tíos a los que él detesta. En general, la mayoría de ellos es capaz de ser objetivo al respecto... pero todo el mundo tiene un mal día.

Un civil no se enfrenta a nada de eso: está fuera del negocio y no sabe con exactitud a quién te estás follando.

Los chicos empezaron a llegar uno a uno mientras rodábamos una pequeña secuencia de striptease para colocarla al comienzo de la introducción. Había siete en total. La noche antes les había pedido a todos que llevaran camisetas blancas de tirantes y vaqueros azules. Todos ellos llegaron vestidos así al plató y eso me causó cierta envidia. Cambiarme de ropa al llegar y al salir es una de las cosas que menos me gusta del porno. Si pudiera salir de la cama, meterme en la ducha, ponerme una ropa y no tener que quitármela en todo el día (salvo para el sexo), mi trabajo sería absolutamente perfecto.

Después de grabar la intro hicimos un descanso. Todo el mundo se fumó el último cigarrillo, se limpió las pelotas con toallitas húmedas e hizo lo necesario para que su polla estuviese dura.

Lo que sucedió a continuación fue una escena perfecta de sexo en grupo. Alexis empezó de rodillas: se arrastró por la fila de vergas duras y se detuvo para dedicarle a cada una un tiempo en su boca. Cuando acabó la fila, se subió encima de Prince y se sentó en su polla para montarlo. Casi por instinto, los otros chicos se agruparon alrededor de la acción y estiraron la mano para tocar lo que podían: una teta, su cara, su clítoris... lo que fuera. Solo cortamos una vez. Alexis estuvo «hermética» durante unas tres cuartas partes de la escena, lo que significa que sus tres agujeros (boca, coño y culo) estaban llenos. Al final, recibió dos descargas en el coño y el resto en la cara y en la boca.

Me sentí celosa. Me fui a casa preguntándome si dirigir porno iba conmigo. Me parecía el lado asqueroso del asunto: más trabajo, menos dinero, y ni siquiera

tenía un orgasmo al final. Mientras rodaba, me molestó no estar delante de la cámara. Debería haber sido yo la que recibía una doble penetración mientras la estrangulaban. Debería haber sido yo el centro de atención de todos los tíos, la que les suplicaba que la llamaran zorra.

Y me había perdido la reunión del instituto por eso.

Al día siguiente me senté con el editor para empezar con la posproducción de la escena. Cuando unimos la introducción y empecé a ver mi visión hecha realidad (el viaje de una chica a través del sórdido club de sexo, llevando a cabo diferentes actos sexuales en distintas salas hasta entrar por último en la habitación del sexo en grupo, donde siete tíos estaban esperando para follársela como posesos) me excité, pero de una forma distinta. Yo había unido todo aquello. Resultaba gratificante ver a Alexis así, la expresión de gozo de su cara... y todo en el escenario que yo había ideado. En ese momento se hizo real delante de mis ojos, en el monitor del ordenador. Muy pronto, la gente de todo el mundo se masturbaría con lo que había dentro de mi cerebro. Sonaba genial.

No hace falta decir que cuando llegué a casa después de rodar la segunda escena, unos días después, me sentía diferente. Estaba feliz, satisfecha y emocionada con mi futuro como directora. Cuando Dee me envió un mensaje para preguntarme cómo había ido el rodaje, le dije que había merecido la pena perderme la reunión. Y lo dije en serio.

Una carta de ruptura

9 de agosto de 2013

Debo dejar bien claro que esto es una carta de ruptura. Durante los últimos seis preciosos años, has cuidado de mí. A decir verdad, me has visto crecer. Cuando me conociste no era más que una joven que no sabía nada. Ahora soy una mujer. Me enseñaste mucho sobre el amor, la vida, el sexo y también sobre mí misma.

Lo que quiero decir es que no es culpa tuya, sino mía.

Es solo que últimamente siento que... te me estás quedando pequeño. Ambos sabíamos cuando empezamos que esto no duraría para siempre. Sin embargo, de algún modo, durante el segundo o tercer año de esta relación mágica, conseguí olvidarme de eso. Hiciste que eso me resultara fácil, con tus maneras salvajes e implacables. Me quedé absorta en la emoción de la relación, en la excitación. Siempre se te ha dado genial excitarme. ¿Recuerdas la primera vez que accedí a que me dieran por detrás por ti? ¡Estaba tan nerviosa! No lo había hecho mucho antes de conocerte, y te portaste como un perfecto caballero. Dejaste que lo hiciera a mi propio ritmo, a mi manera.

¡Quién habría imaginado lo que ocurriría después! Yo desde luego no me esperaba tanto éxito. Tú fuiste quien hizo todo eso posible para mí.

¿Y te acuerdas aquella vez en el helicóptero? ¿O la vez que lo hice con diez tíos en el cine? Son recuerdos muy entrañables... de una época en la que el final parecía muy lejano.

Me enseñaste a amarme tal como soy. Me enseñaste a no comprometer nunca mis deseos. Siempre que la gente decía: «El porno gonzo no tiene profundidad», yo te defendía, le mostraba al mundo que una chica puede pasarlo bien cuando la follan como si fuera una sucia puta, sin escenario, sin contexto, solo un polvo

hardcore. Me enseñaste a aceptar ese lado de mí misma; a descartar la vergüenza que conlleva amar el sexo. Y de no ser por ti, ni siquiera sabría hacer que mi ano se abra en un círculo perfecto.

Así que... antes de que te enteres por otro, quiero decírtelo yo.

He conocido a alguien.

Ahora, antes de que te enfades... ¿recuerdas que cuando acudí a ti por primera vez no eras lo que deseaba? ¿Te acuerdas de lo muchísimo que deseaba ser una chica de contrato? En aquel entonces no sabía lo que eras... Ni siquiera sabía lo que significaba «gonzo».

Bueno, pues por fin ha sucedido. Con esta nueva oferta he recordado cuál era mi sueño original. Ser glamurosa. Hacer porno bonito. También he visto una forma de alargar mi carrera... de continuar viviendo mi sueño de excitar a la gente, de practicar sexo delante de la cámara... sin formar parte de una feria de bichos raros. Sin que me metan un puño en el culo todas las semanas. No me entiendas mal: me encantaba hacer esas cosas contigo. No cambiaría esas experiencias por nada. Pero sabías que esa fase de mi vida no duraría siempre, que mis gustos madurarían al final. Solo es cuestión de tiempo que la gente se harte de verme «llevarlo hasta el siguiente nivel». Por no mencionar que ya no hay siguiente nivel.

En el porno argumental voy a hacer distintos tipos de películas. Voy a enseñarle al mundo un lado diferente de mí misma. Voy a demostrarles a todos que puedo ser igual de sexy sin montar un circo. Voy a empezar una nueva era: quiero hacer películas que las mujeres corrientes deseen ver, que se puedan ver en pareja. Del mismo modo que te defendía cuando la gente decía que «el porno gonzo no tiene profundidad», quiero defender también que el porno argumental puede ser apasionado, que puedo excitar a la gente igual sin tener dos pollas en el culo al mismo tiempo. Voy a aprender todo lo necesario para ser una buena actriz, y ganaré el premio de la AVN a la Mejor Actriz, ya lo verás. Sé que piensas que no puedo ganar nada sin ti... y a una parte de mí también la asusta esa posibilidad. Pero ya lo verás. Como he dicho, fuiste tú quien me enseñó a creer en mí misma.

Sé que esto puede resultar algo desconcertante después de las cosas que he dicho. Siempre me enorgullecí de ser una chica gonzo, una chica que conseguía una sucia escena hardcore en todas las ocasiones.

«Mi corazón está en el gonzo», le decía a todo el mundo.

Y era verdad. Pero, como ya he dicho, ahora me encuentro en una fase diferente de la vida.

Ha llegado el momento.

Hoy he firmado un contrato para actuar en exclusiva para la compañía de porno argumental más importante del mundo: Wicked Pictures. Me siento orgullosa y emocionada por haberme embarcado en este nuevo viaje. Tú has sido muy bueno para mí, gonzo, pero espero que me desees felicidad en este nuevo capítulo de mi vida.

Siempre te amaré, y espero que podamos seguir siendo amigos.

Con amor,

ASA

Haiku

*Shaving the butt-hole;
Only thing more im-por-tant
Than shaving the vag.*

Afeitarse el agujero del culo.
Lo único más importante
que afeitarse la vulva.

Porno alimenticio

Hice el pedido online a toda prisa, antes de que la culpabilidad me lo impidiera.

—Dime que tengo que hacerlo. Si no lo haces, no podré apretar la tecla —le dije a Toni.

—Tienes que hacerlo. O lo haces, o te dejo.

—Di que lo dices en serio. Por favor, esto no es broma: no puedo apretar la tecla para hacer el pedido.

—Escucha, zorra estúpida, me da igual lo que comas tú, pero a mí me pides esa puta pizza antes de que abofetee esa carita de zorra que tienes y te encierre en tu armario para que llores.

Pedido enviado.

He pasado buena parte de mi vida pensando en la comida. Yo diría que alrededor de un ochenta por ciento de las horas que he permanecido despierta. La falta de comida, el hambre, fantasear con ella, la decisión de comerla, la culpabilidad resultante de hacerlo. Jamás he sido capaz de entender a la gente que no come cuando tiene estrés. Puesto que yo soy una comedora de la clase emocional A, todo me da hambre. Estar feliz me da hambre. Las celebraciones, los duelos, la evasión, el aburrimiento... todo me incita a darme un festín. He llegado incluso a comer un montón de cosas estando colocada con Adderall.

Por dentro, soy una mujer obesa cuya gula se muere por manifestarse. Y, por empatía, puedo ver este problema en otras mujeres que comparten mi dolor.

—Desea muchísimo estar gorda —comenté al ver a una chica que se comía una ensalada en un restaurante mientras su novio daba cuenta de su plato de pasta—. Mira lo hambrienta que está —señalé proyectando mi propio estado.

Noto que se me acelera el corazón mientras aprieto una y otra vez la tecla de «actualizar» en mi correo entrante, a la espera del correo de confirmación.

Asalotapuss:

Gracias por realizar su pedido en la pizzería Papa John's a través de nuestro servicio de pedidos online. Por favor, revise los detalles de su pedido más abajo:

DETALLES DEL PEDIDO

1 pizza Club Original grande de pollo a la parrilla (cebolla, beicon, pollo a la parrilla, tomate de pera, champiñones)

1 bono: compra cualquier pizza grande por 11\$ y consigue una segunda pizza grande por 9.99\$

Pizza fina crujiente con piña

Pizza fina Alfredo con espinacas

1 pizza Original grande de ternera y queso

15 piezas de bocaditos de pollo

Añadir refresco de dos litros al pedido

Pepsi Max de 2 litros

Tarifa de reparto 2.99\$

Total del pedido: 59.11\$

Tipo de pedido: Entrega a domicilio

Método de pago: EFECTIVO

Tiempo estimado de entrega: 45-55 minutos

Gracias por realizar su pedido en Papa John's Pizza

Este correo electrónico. Mi correo electrónico favorito.

—¿Estás nervioso? ¿Lo estás? —le pregunté a Toni, histérica.

—Sí, estoy súper nervioso a tope —dijo con una sonrisa reconfortante. Conocía las reglas para mantenerme calmada y libre de la neurosis cuando me saltaba la dieta: mostrar entusiasmo, no ser un aguafiestas. Necesitaba saber que a él le gustaba tanto que me saltara la dieta como a mí—. ¿Cuánto dice que tardarán?

—Entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco minutos. No está mal. Voy a poner el cronómetro en marcha ahora mismo. —Cogí el móvil para hacerlo.

Encendí la televisión y, automáticamente, apreté los números del mando a distancia para poner el canal de cocina Food Network. Apareció el programa de Paula Deen, Paula's Party.

Perfecto.

Mientras Paula preparaba cupcakes, le pedí a Toni que me dijera qué tipo de pizza había pedido. Había sido yo quien había hecho el pedido, así que ya lo sabía, pero quería oír las palabras.

—Una pizza club con champiñones, beicon, pollo a la parrilla y tomates. ¿Añadiste cebolla para mí?

Asentí con la cabeza y visualicé todos los ingredientes de su pizza asándose en el horno. El queso derretido y burbujeante, los tomates tostados ligeramente, el aceite de las carnes impregnado en la masa, brillante. Pensé en mi propio pedido, una pizza fina crujiente con piña y una pizza fina Alfredo con espinacas. Alternaría las porciones para disfrutar de la dulzura de la piña y del sabor salado de la pizza Alfredo. Eso era lo que más me gustaba, la variedad. Y también una buena cantidad.

Habían pasado dos semanas desde el último día que me salté la dieta. El tiempo ideal era un mes, pero aun así pensaba disfrutar de la comida. Había días de pizza que eran totalmente inmerecidos, cuando apenas habían pasado unos días desde la última vez. Sin duda, el día que me resulta más difícil comer sano es el día

después de la pizza. Es como una droga: cuando escapa de mi organismo, mi cuerpo pide más.

Mientras crecía, siempre estuve muy delgada. Era una chica que podía comer de todo y se levantaba a la mañana siguiente con el vientre plano. Lo cierto es que me avergonzaba pesar tan poco; mentía y decía que pesaba 45 kilos, cuando en realidad pesaba entre dos y cuatro kilos menos.

«Decirle a una persona delgada que está demasiado delgada es como decirle a una persona gorda que necesita perder peso», solía comentar, estúpida de mí.

Desearía poder volver atrás en el tiempo y sacarme esa gilipollez de la cabeza. Y después disfrutar de un gigantesco almuerzo y levantarme al día siguiente con el vientre plano.

Más o menos al final de la época del instituto, empecé a ganar peso. Me alegró que mi culo engordara, que los chicos puertorriqueños y los negros me silbaran por la calle y gritaran: «Joder, ¡mira qué culo tiene esa chavala asiática!».

Fue cuando vivía en Tampa cuando realmente empecé a tener sobrepeso. Trabajaba en el programa de radio dos veces a la semana, grababa algo para mi página web una vez a la semana, y pasaba los cuatro días restantes comprando y comiendo. No olvides que estaba en Tampa: lo más saludable que había allí era la ensalada refrigerada de Applebee's: ensalada de pollo con nueces caramelizadas y salsa de sirope de maíz. Divertirse a costa de mi sobrepeso se convirtió en algo frecuente en el programa de radio.

«Llegaste aquí como una chica asiática cañón y ahora tenemos que conformarnos con una samoana», bromeaban.

Aun así, no me molestaba; me parecía sexy.

Y luego me mudé a Los Ángeles. Jamás volví a estar satisfecha con mi peso.

Es posible que la mujer media sea más delgada en Los Ángeles. Quizá lo que ocurrió fue que cambié de mentalidad. O tal vez fuera que el porno me hizo ser más consciente de mí misma. O quizá fue solo algo relacionado con la edad. El peso que me gustaría tener ahora me habría horrorizado cuando vivía en Nueva York.

Es una lucha diaria. De verdad que sí. Cuando me levanto, me siento bien. Me tomo un batido y voy al gimnasio, a yoga, a correr o a la clase que tenga ese día

particular de la semana. No me tomo ningún día libre. Vuelvo a casa, como algo ligero y saludable y me voy al rodaje.

Hasta aquí, todo bien.

Luego, cuando estoy en el plató, hay comida basura por todas partes. Una vez que empiezo a grabar estoy bien, pero antes de eso, mientras paso por la maquilladora, la zona del vestuario y los diálogos, no dejo de pensar en el cuenco de barritas de chocolate y en la bandeja de bocadillos. Constantemente. Mientras hablo con el director, mientras leo el guión y memorizo los diálogos, mientras me doy una ducha vaginal para prepararme para la escena... siempre, en un rincón de mi cabeza, estoy pensando en la comida que tengo al alcance de la mano y que podría zamparme. Pasar cerca de la cocina demasiadas veces es peligroso.

Una vez que termino de grabar y vuelvo a casa, me paso el resto del tiempo luchando contra las ganas de decir «Que le den a todo» y comerme un montón de calorías inútiles. Luchando contra las ganas de pedir pizza, de comerme un pastel de queso o un burrito, de salir a zamparme un bistec.

«Hazlo ya, disfruta la vida», susurra la chica gorda y glotona que tengo en el hombro.

«No puedes, tienes que rodar mañana y las demás chicas están más delgadas que tú», dice la zorra anoréxica situada en el otro.

Mi cuerpo, por naturaleza, quiere pesar al menos doce kilos más de lo que pesa ahora. He probado todas las dietas que existen salvo la bulimia, y eso porque no tengo reflejo faríngeo. Esa carencia es un beneficio en mi profesión, pero si pudiera vomitar... toda mi vida sería diferente. A día de hoy, no como otra cosa que ensaladas (¡sin salsa!) y batidos. Básicamente, solo vegetales crudos y frutas.

Salvo, por supuesto, los días que hago trampas y me salto la dieta. Vivo para esos días.

Miré el cronómetro. Solo habían pasado diez minutos. Faltaban entre treinta y cinco y cuarenta y cinco más.

—Vamos a jugar a algo —le dije a Toni.

Él sabía a qué me refería.

—Vale. Si solo pudieras comer una cosa durante el resto de tu vida, ¿qué elegirías?

—Bah, esa pregunta es aburrida; ya sabes que elegiría la pizza. O las patatas. Se pueden preparar de tantas formas... En puré, asadas, gratinadas...

—Está bien. ¿Cuál es mi comida favorita?

Lo pensé un momento. Le gustaban muchas cosas.

—¡Las salchichas españolas con pan con tomate y queso! —grité—. ¡Ah! ¡Y la sopa! —añadí—. ¡Otra! ¡Pregúntame otra cosa!

—Es tu último día en la tierra. Puedes cenar lo que quieras. Venga, adelante.

Esa era una de mis favoritas.

—Empezaría con una sopa espesa de langosta...

—¿Nada de ensaladas? —bromeó Toni.

—Que les den por culo a las ensaladas, es mi último día en la tierra. Si pudiera no volver a comerme una puta ensalada nunca más, ay, Dios... Vale, entonces sopa de langosta, mmm... En realidad iría a un bufet. Y comería un poco de todo. Y de postre, la tarta de queso red velvet. Y luego volvería al bufet. —Podía saborear los alimentos mientras los imaginaba. ¡Estaba tan emocionada con mi pizza!

Justo cuando la emoción por nuestro pedido llegaba a su máximo nivel, comencé a darme cuenta de cómo me sentiría al día siguiente. Lo peor es la mañana después del día de saltarme la dieta. Me levanto, recuerdo la noche anterior y empiezo con el autodesprecio. Me siento floja. Me siento gorda. Y falta muchísimo tiempo para mi próximo día de trampas.

Cerré los ojos y fingí que acababa de levantarme después de haber comido pizza la noche anterior. Me sentía fatal y sentía ganas de echarme a llorar.

¿Debía cancelar el pedido? ¿Iba a merecer la pena? Esa noche comería pizza, pero lo pagaría durante al menos los tres días siguientes: en el plató, cuando me quedara en ropa interior, me sentiría avergonzada.

Justo cuando las dos chicas de mis hombros empezaban a discutir de nuevo, sonó el móvil.

—Hola, soy de Papa John's. Estoy abajo, con su pedido.

Todo rastro de inseguridad desapareció. Nos levantamos a toda prisa, y Toni bajó a recoger nuestra comida mientras yo preparaba la mesita de café que hay delante de la televisión.

Después de zamparme mis dos pizzas y de que Toni diera cuenta de la suya y de los bocaditos de pollo, nos tumbamos en el sofá sin mover ni un músculo.

—Soy asquerosa —gimoteé.

—No pasa nada, te lo mereces. Mañana comeremos sano otra vez —me aseguró Toni.

Limpiamos todo y nos fuimos a la cama. Me tumbé bocabajo, demasiado llena para estar de otra manera sin atragantarme. No había hecho más que encender el iPad para leer algo cuando sentí algo en la espalda. Toni se estaba haciendo una paja arrodillado detrás de mí. Levanté el culo y sonreí.

Y luego me lo pensé mejor. No estaba segura de tener ganas de sexo.

—Estoy muy gorda —gimoteé una vez más.

Toni no me hizo ni caso. Se colocó sobre mi espalda, me la clavó hasta el fondo y me susurró al oído:

—Mi polla también.

Me folló con fuerza, pero en lo único en lo que yo podía pensar era en lo lleno que tenía el estómago. ¿Eso era lo que se sentía cuando se estaba embarazada? ¿En serio? ¿Todo el tiempo?

Mientras Toni me follaba y me zarandeaba de un lado a otro, mi estómago también daba saltos, y juré que si el sexo durante el embarazo iba a ser así, permanecería célibe durante nueve meses.

Sentí algo líquido subiéndome por el pecho hasta la garganta y la parte de atrás de la lengua, donde saboreé el vómito. Un poquito.

—Voy a vomitar —le dije.

—Vale, seré rápido —replicó Toni con los ojos cerrados.

Y antes de que me diera tiempo a pensar «Sexo matrimonial»... se corrió.

17

Nervios

Eran las doce del mediodía, y a pesar de que ya hacía horas que estaba levantada, todavía no estaba preparada para descorrer las cortinas de mi habitación de hotel. Me había paseado de un lado a otro de la habitación muchas veces, nerviosa de la hostia. La luz del sol conseguiría de algún modo que todo fuera demasiado real. De un lado a otro, de un lado a otro. Esa noche debía presentar el certamen de la AVN, el espectáculo de premios más importante en el negocio del porno. Era un verdadero honor que te pidieran ser la presentadora. No paraba de fumar un cigarro detrás de otro. ¿Por qué? Si había dejado de fumar... Sin embargo, no se me ocurría otra cosa que hacer con las manos que sujetar un cigarrillo entre el dedo índice y el corazón, llevarlo de forma rítmica y robótica hasta mis labios y sacudirlo luego para tirar la ceniza al suelo. Mi cabeza repasaba una frase tras otra a toda velocidad. De un lado a otro, de un lado a otro.

—No te preocupes, vas a estar genial —dijo Toni con una sonrisa, acurrucado bajo las limpiísimas sábanas blancas de la cama del hotel.

En Las Vegas, la semana del certamen AVN es un fiestón para todo aquel que forme parte de la industria del porno. Salvo para mí. Toni tenía resaca y todavía estaba en ropa interior; no se había afeitado, ni duchado ni nada. ¿Cómo podía? En la habitación apenas había luz suficiente para poder vernos.

—No estoy nerviosa, joder. Solo estoy aburrida —respondí con tanta naturalidad como pude. Sabía que la velocidad con la que había hablado me traicionaba. Si hay algo que odio es que me digan que no estoy tranquila—. Pásame un cigarrillo —dije, distraída.

—Ya tienes uno en la mano, Asa. —Toni esbozaba una sonrisa burlona. Él nunca lo admitiría, pero podía verle el perfil de la cara. Se burlaba de mí—. Relájate y ya está.

Hay algo en la palabra «relájate» que provoca justo el efecto contrario.

—¡No quiero relajarme ahora mismo, Toni, joder! ¡Estoy aburrida a más no

poder y me muero de hambre!

—Pues come algo.

Los hombres pueden llegar a ser muy crueles.

—¡No puedo! El vestido ya me queda demasiado ceñido. ¿Por qué me haces esto? ¡Siempre haces lo mismo! ¡Sé amable conmigo, por favor! —grité.

Toni suspiró y encendió la televisión. Yo sabía que me estaba comportando como una loca. Él sabía que me estaba comportando como una loca. Sin embargo, faltaban horas para los premios, y cuanto mejor intentaba comportarme, peor lo hacía.

Lo cierto era que no me ponía nerviosa ser la presentadora. Ni tampoco el hecho de no caber en el vestido.

Lo que me ponía de los nervios era la posibilidad de no ganar nada.

Creo que de niña no era competitiva. Nunca se me dieron bien los deportes. Como no tenía hermanos, hacía lo que me daba la gana y no esperaba ser mejor en nada. Más bien me ocurría justo lo contrario: prefería quedarme en un segundo plano, pasar desapercibida.

«La gente tímida nunca consigue nada», me repetía mi madre con su acento inglés. Yo lo comprendía y asentía, pero no abandonaba mi timidez.

Mucho después, en secundaria, le hice a Dan Sherzer mi primera mamada y me convertí en la comidilla del colegio. De pronto, era la chica mala. Las demás me pedían consejos sobre chicos. Los chicos me pedían salir. Me sentía bien.

Años después, en el instituto, era la más zorra de mi clase. Salía con los parias, con los «rebeldes» de mi escuela privada de Nueva York. Nos creíamos gente de puta madre; hacíamos lo que otros chicos deseaban hacer.

Al final de mi cuarto año en el porno, había ganado catorce premios de la AVN y era considerada la estrella asiática más importante en la historia del porno. Esa noche había un nuevo certamen. Estaba nominada para el codiciado premio de Mejor Intérprete del Año por tercer año consecutivo, pero aún no lo había ganado; y lo deseaba más de lo que estaba dispuesta a admitir ante nadie.

—Dame el puto mando a distancia —murmuré mientras me acercaba a Toni. Se lo quité de las manos y apagué el televisor antes de arrojarlo al suelo.

Toni no pudo más.

—Me voy abajo a buscar a Ramon —dijo con calma mientras se levantaba. Sabía que cuando me comportaba así era una batalla perdida. Me pondría tan histérica como él me lo permitiera, y luego, cuando recuperara el sentido, me disculparía llorando.

Le grité que se quedara, que lo sentía, pero era demasiado tarde.

—No quiero estar sola —dije entre sollozos. Pero se marchó de todas formas.

Me quedé a solas en la habitación, sin nada que hacer. No quería estar sola, porque en ese momento no me aguantaba ni yo. Empecé a preguntarme si Toni conocía la verdadera razón por la que estaba tan nerviosa. De ser así, ¿qué pensaría de mí? ¿Acaso era una gilipollez por mi parte querer... no, necesitar una cosa con tanta desesperación? Estaba claro que él no podía considerarme una persona mentalmente estable si una estupidez semejante tenía tanta importancia para mí.

Empecé a cabrearme con Toni. Es lo que suele ocurrir cuando me decepciono a mí misma. Me acerqué a la taza del váter para tirar el cigarrillo mientras pensaba en todas las veces que me había cabreado con él. La vez que me llamó gorda. La vez que me mintió diciéndome que había tirado la coca, cuando en realidad la tenía guardada en el bolsillo del vaquero. La vez que me dio una puntuación de ocho sobre diez.

—Bien, en primer lugar no eres lo bastante alta para tener un diez —explicó.

—Soy tu novia. ¡Deberías darme al menos un once! —grité llorando.

Pensar en eso hizo que me cabreara de nuevo. ¿Es que Toni no se daba cuenta de que había millones de hombres en el mundo dispuestos a cortarse un dedo para estar en su posición? Me encendí otro cigarro e intenté calmarme. ¿Por qué necesitaba tanta reafirmación externa? Toni, los premios... ¿Por qué no tenía la seguridad en mí misma necesaria para no depender de la opinión de los demás? ¿Cuándo me había convertido en una persona tan insegura?

De lo que más me arrepiento en la vida es de no haberles pedido a mis padres un hermano o una hermana. Tengo el típico complejo del hijo único: necesito

espacio libre, pero siempre me siento sola. También podría añadir que soy egoísta y prepotente. Vivo dentro de mi cabeza más que en la realidad, y todos los defectos de mi personalidad se deben a la falta de hermanos. Me odio a mí misma por eso.

Mientras reflexionaba sobre eso, la soledad empezó a hacerse notar. Le envié un mensaje de texto a Toni.

«Siento haberme vuelto loca. Vuelve, por favor. Tienes razón, estoy nerviosa. Te prometo que seré buena.»

No respondió. Sabía que no estaba preparada.

Apagué el cigarro y, antes de que la furia remplazara de nuevo a la soledad, me tumbé en la cama para masturbarme.

Visualicé las imágenes con las que solía empezar siempre. Toni besándome, Toni ahogándome, Toni metiéndome la punta, Toni diciéndome que es mi dueño. Siempre ha sido así: cuando tengo una relación, solo pienso en la persona que me importa al masturbarme. Soy fiel mentalmente, aunque no lo intente. Luego me imaginé que entraba en nuestra habitación y pillaba a Toni follando a otra. Da igual quién es o el aspecto que tiene; lo importante es el hecho de que se esté follando a otra chica y que yo le importe una mierda. Pensé en todas las películas porno en las que aparece él, en las que hace que otras chicas eyaculen, se corran, griten.

Durante el último año o así, más o menos desde el mismo momento en que decidí dejar de ser tan quisquillosa, he desarrollado un nuevo gusto por masturbarme gritando. Al principio empecé con algunos ruidillos ocasionales que muy pronto se convirtieron en gemidos. En ese momento, grité a todo pulmón mientras me corría: «Necesito tu semen dentro de mí, ¡por favor!». Me sentía mejor cuando me ponía en plan ruidoso. A menudo me preguntaba si mis vecinos pensarían que engañaba a Toni mientras él estaba fuera. Pero «la vida es demasiado corta para masturbarse en silencio», me decía, y luego gritaba. Allí, en la cama del hotel, no fue diferente.

—Toni, por favor... —grité mientras tensaba las piernas. Cuando me dejé ir y me corrí, chillé—: ¡Este es tu culo, soy tuya!

Mientras me recuperaba del orgasmo, oí que alguien tosía en el pasillo. Sentí un agujonazo de vergüenza. Tal vez por haber gritado tanto; tal vez por masturbarme en general. Eso de sentirme culpable después de correrme... ¿era algo

que me ocurriría siempre? ¿Alguna vez dejaría de sentirme mal después de tocarme? De niña me pillaron muchas veces. Hubo una época en la que mi madre no me dejaba dormir arropada porque sabía que empezaría a tocarme. A pesar de ello, o quizá debido a eso, no puedo dormir sin ponerme la mano en el coño.

Le escribí otro mensaje a Toni.

«Te echo de menos.»

Nada.

Me vestí para bajar al gimnasio, pero en lugar de eso me tomé un batido y volví a subir a la habitación. Después de intentar leer el libro que me había descargado en el Kindle, compré una película del hotel, pero apenas le presté atención. Estaba intranquila.

«Estoy embarazada», le escribí a Toni mientras estaba tumbada en la cama con la mano en el coño.

«No te creo.»

Al menos había respondido.

Me apresuré a buscar en Google «test de embarazo positivo» y abrí la pestaña de imágenes. En la tercera página había una fotografía casera perfecta en la que se apreciaba el «positivo» a las mil maravillas. La guardé en el teléfono, se la envié a Toni y esperé su respuesta.

Debo admitir que fue bastante divertido.

Al final, después de pasar dos horas arrancándome el vello corporal a causa de los nervios, Toni me llamó.

—Será mejor que cuando suba estés desnuda y a cuatro patas, zorra.

Colgó.

Me quité la ropa del gimnasio que aún llevaba puesta, me puse de rodillas y esperé a que abriera la puerta. Cuando entró, me arrastré de inmediato hasta su polla. Él me dio una bofetada.

—¿Crees que eres la que manda aquí? Siéntate y cierra los ojos, zorra estúpida.

Fue un placer obedecerlo. Me hacía feliz el simple hecho de verle la cara, sin importar la expresión furiosa de sus ojos. Me senté sobre los pies, cerré los ojos y presté atención para oír cómo se quitaba el reloj, y luego el suéter, y después el cinturón y por fin el resto de la ropa. Mi corazón se derritió al percibir su aroma. Es alucinante, pero cuando desconectas uno de los sentidos, los demás se vuelven mucho más sensibles. Me aplastó la cara contra la moqueta y me arrastró hasta sus pies. Abrí la boca para adorarlo con la lengua, empezando por la punta del dedo gordo del pie.

—¿Estás arrepentida? ¿Me has echado de menos, putita?

Asentí como pude mientras él levantaba el pie descalzo y me lo colocaba sobre la cabeza. Mi cara estaba de lado entre su pie y el suelo. Pude oler dónde había caído la ceniza de mi cigarro antes.

—Entonces demuéstremelo.

Apartó el pie de mi cabeza y empecé a dejar un reguero ascendente de besos por su pierna. Su polla estaba dura como una piedra. La besé de extremo a extremo, cada trocito de piel, cada centímetro cuadrado de superficie.

—Te he echado mucho de menos. No me pondré histérica. Te prometo que seré buena —supliqué. La tenía durísima, y supe que él me deseaba tanto como yo a él.

—Cierra la boca. —Toni me puso la mano detrás de la cabeza y me empujó hacia su polla.

Estuvo a punto de ahogarme, pero le dio igual; embistió una y otra vez contra la parte trasera de mi garganta, cada vez más adentro. Empezaron a llorarme los ojos. Al verlo, me tapó la nariz para que no pudiera respirar. Me entró el pánico. Empecé a darle golpes en la pierna y a intentar apartarme, a patlear. Al final, Toni me permitió respirar.

—¿Vas a hacer lo que te diga? ¿O vas a ser una putita?

Bofetada.

—Haré lo que me digas, te lo juro. Voy a ser buena.

Me corrían las lágrimas por las mejillas, pero me metí su polla hasta la garganta y esperé a que me tapara la nariz. Esa vez no me atreví a moverme.

—Buena chica.

Se agachó para besarme.

Echaba mucho de menos sus labios. Son mi vida.

Mucho más rápido de lo que pude decir «Te quiero», Toni se irguió, me agarró del pelo y me arrastró por el suelo enmoquetado, aunque intenté seguirlo a cuatro patas para que no me tirara tanto del pelo. Con un solo movimiento, tiró un poco más para ponerme de pie y me colocó de cara a la pared. Frotó la polla entre mis piernas. Estaba tan dura que casi podía notar sus palpitaciones en la cara interna del muslo. Tenía el coño tan mojado que parecía que me había meado encima.

Oí que escupía y luego sentí sus dedos dentro de mí. Me folló con la mano y supe que iba a correrme. No podía evitarlo, no tenía el control. En el instante en que apartó la mano, empecé a eyacular por todo el suelo.

—Agáchate y lámelo.

Habría hecho cualquier cosa para complacerlo, así que me agaché y lamí la moqueta sucia y llena de ceniza mientras él me observaba acariciándose la verga.

Lo deseaba muchísimo. Sabía que me pondría un montón de obstáculos antes de darme lo que quería.

Odio el sabor de la eyaculación femenina, pero mientras la lamía me dije que me merecía aquello.

Cuando lamí lo suficiente para su gusto, Toni me hizo ponerme en pie y me guio hasta la cama.

Me tumbé en ella de espaldas. Toni se echó encima de mí.

—¿Quieres saber un secreto?

Asentí con la cabeza.

Sonrió por primera vez desde que había entrado en la habitación.

—Te he echado de menos.

Empecé a llorar. Por lo que había dicho. Por lo mucho que me dolía la cabeza a causa de los tirones de pelo. Por lo mucho que me dolía la mandíbula por la bofetada que me había dado. Porque me olía la cara a la puta eyaculación. Por lo mucho que lo había echado de menos. Por lo mucho que me odiaba por ser tan insegura. Y por lo feliz que me hacía que él estuviera allí.

Mientras me agitaba con la cara llena de lágrimas, él me besó por todas partes y me dijo lo preciosa que era antes de meterme la polla por fin. De inmediato, los músculos de mi coño se apretaron y me corrí casi al instante. Había estado esperándolo durante lo que parecía una eternidad.

Me folló en esa posición durante un rato e hizo que me corriera una y otra vez.

—Eres mía —me dijo mientras sacaba la polla. La frotó contra mi culo mientras me separaba más las piernas—. Mantén las piernas así —me pidió con dulzura mientras presionaba el ano con la punta.

Contuve el aliento mientras se abría camino. Poco a poco, centímetro a centímetro, penetró en mi culo hasta el fondo, y la punta de su polla tocó el lugar perfecto.

—¡Solo tu ponto placer! —le dije, como le había dicho otras muchas veces. Apreté el culo y me concentré en el orgasmo—. Por favor, córrete dentro de mí. Echo de menos tu semen y lo necesito —le supliqué. Estaba a punto de correrme, pero esperé a que él me alcanzara—. Necesito correrme ya, pero quiero sentir cómo palpita tu polla. La tendré dentro todo el día como una niña buena.

Con eso bastó. Se corrió en mi culo con un gemido mientras me apretaba la cintura. Yo también me dejé ir. Sentí el semen que salía de su verga y se derramaba dentro de mí.

Cuando acabamos, ya había llegado el momento de ir a la habitación de la maquilladora. Toni me acompañó hasta allí y fue a recogerme cuando terminé. Caminamos por la alfombra roja y presenté el espectáculo sin cometer ni un solo

error. Gané el premio a la Mejor Intérprete del Año y otros cinco más. Toni y yo fuimos a celebrarlo al club después de la gala y acabamos la noche en la habitación del hotel. Para entonces, volvía a ser yo misma.

Algunas veces, una chica necesita que le quiten el nerviosismo a polvos.

Carta a mi futuro hijo

Queridísimo futuro hijo mío:

Es muy posible que cuando leas esta carta ya seas viejo. Quizá seas joven todavía, o tal vez nunca llegues a leerla. Sea cual sea el caso, espero tener el coraje necesario para hablarte de mi vida. Y espero que puedas aceptar quién era tu madre antes de que nacieras.

Verás, mamá era una actriz porno. Y no cualquier actriz porno: era la Reina Anal, muchas veces galardonada.

Mamá siempre quiso ser una actriz porno y tuvo la suerte de conseguirlo, aunque fuera solo por unos años; incluso llegó a ser considerada una «estrella» en algunos círculos. Quizá tú también quieras ser una estrella algún día. Puede que quieras ser médico. O profesor. Puede que quieras crecer y ser uno de esos artistas que aceptan donativos en la estación de metro para seguir adelante con su pasión o para mantener su pareja. Eso también me parece bien. Mamá desea que hagas lo que quieras con tu vida, porque toda persona tiene derecho a hacerlo.

¿Alguna vez te he contado cómo nos conocimos tu padre y yo? ¿No me has hecho esa pregunta todavía? Me pregunto si te habré contado que nos conocimos en el trabajo. ¿Te di muchos detalles? Es posible que haya eludido la verdad y te haya dicho que nos conocimos en eHarmony.com. Espero de corazón haberte dicho algo cercano a la verdad.

Mamá y papá se conocieron en la primera escena de DP de mamá. ¿Sabes lo que es eso? DP significa «doble penetración». Quiere decir que, durante una escena de sexo, mamá tenía el pene de un hombre en su vagina y el pene de otro hombre en el recto al mismo tiempo. En un principio la escena no iba a ser así. Hasta ese momento, mamá no había rodado ninguna escena anal. Pero estaba enamorada. Y cuando la gente se enamora a veces ocurren cosas extrañas.

Fue en esa escena donde mamá vio por primera vez a papá en la vida real. Había visto muchas de sus películas y se sentía fascinada. Jamás había conocido a un hombre capaz de dominar a una mujer de esa manera. Podía tratar a una mujer

como a una sucia puta durante un minuto y estrangularla hasta el punto de hacerle perder el sentido, y al siguiente le daba una bofetada en la cara para que recuperara la consciencia y le hacía el amor susurrándole bobadas al oído. Mamá estaba decidida a conocer a papá.

Papá también había visto las películas de mami, y era uno de sus fans. Pero papá vivía en España y solo venía a trabajar a Estados Unidos una vez al año. Por eso, sus caminos tardaron mucho en cruzarse.

Era julio. Papá estaba en Estados Unidos. Incluso ahora, él siempre le recuerda a mami que vino a este país buscándola.

Mamá estaba rodando una película importante y pidió que papá participara en ella. Quería que él formara un trío con ella y con otro chico. Papá aceptó el trabajo. Ambos estábamos muy emocionados, pero, al mismo tiempo, ninguno nos dimos cuenta de que el sentimiento era mutuo.

En el momento en que mamá vio a papá, sintió algo parecido al amor. Como mamá es capricornio, no creía en cosas tan tontas como el amor a primera vista; pero tenía claro que eso había sido algo especial. Digamos que en el instante en que puso los ojos en papá, empezó a enamorarse. Él la miraba de una manera tan intensa que le provocaba un aleteo en el pecho. La besaba con pasión, algo que ella no hacía muy a menudo delante de las cámaras. El otro chico y él mantuvieron relaciones sexuales con ella y la hicieron correrse una y otra vez. Mamá se sentía en la gloria. Cuando papá estaba dentro de la vagina de mamá, ella se sentía tan bien... mejor que con ningún otro pene que hubiera tenido dentro. Y eso es decir mucho. Le tocaba en los lugares precisos, y ella sentía que podría dejar que le hiciera cualquier cosa. Quería someterse a él en todo. Así pues, mami le pidió a papi que se la metiera en el culo. Suplicó y suplicó, y él accedió. Ella separó más las piernas, él se escupió en la mano, le frotó la saliva por el ano y le metió la polla dentro, primero la punta, luego la cabeza y al final todo lo demás. Papá sabía que ella nunca había rodado una escena anal antes. Al principio fue delicado, pero vio que ella se dilataba entre gemidos y empezó a empujar con fuerza. Mami estaba hechizada.

Mientras tanto, mami tenía su mano en la verga del otro chico. Se agarraba a ella como si fuera un ancla mientras papá deslizaba su polla dentro y fuera, dentro y fuera. Mamá miró al chico con la felicidad dibujada en la cara. El chico supo lo que ella necesitaba.

Rodeó a mamá mientras papá le hacía el amor a su culo e introdujo su pene

en la vagina. La sensación fue abrumadora, pero en el buen sentido. Fue como un despertar. Mamá se tapó la boca con la mano y, extasiada, alzó la mirada por encima de la cámara hacia los ojos de Sam, la encantadora señora que dirigía la película.

«Sigue así, puedo cortar esto después si quieres. Solo sigue.» Sam sabía que la primera escena de doble penetración de mamá sería muy rentable. Era amiga de mamá y no quería arruinar un momento perfecto con razonamientos y susceptibilidades. Sabía que a mamá le estaba ocurriendo algo mágico.

Mami continuó. Ni siquiera sabía que esa sensación existía. Era, literalmente, lo más increíble que había experimentado en su vida. Tenía veinticinco años y, tonta de ella, creía que ya lo había visto todo. Puede que tú ahora tengas una edad en la que te da esa impresión. Sin embargo, en ese instante en el que tuvo dos penes dentro de ella, todo cambió. Si existía algo así que ella no había descubierto hasta ahora, seguro que había mucho más.

Papá y el otro chico penetraron a mamá durante un rato. Cuando acabaron, se corrieron en su cara.

Mamá estaba más encaprichada que nunca con papá. Le pidió su número de teléfono. Salieron un par de veces antes de que papá regresara a España.

La escena llegó a ganar el premio a la Mejor Escena de DP del certamen de la AVN de ese año. ¿Sabes lo que son los premios AVN? Pues son los premios más prestigiosos del porno, considerados algo así como los «Oscar» de la industria. Durante la gala, las chicas llevan incluso vestidos largos que tapan la mayor parte de su cuerpo. Para que veas lo importantes que son estos premios.

En los años siguientes, mamá y papá solo se vieron cuando él viajaba a Estados Unidos.

Sin embargo, mamá se sentía sola, ya que mantener relaciones sexuales a cambio de dinero puede ser un trabajo muy solitario, y papá tenía su vida en España: su negocio, sus amigos y su familia. Mamá salió durante un tiempo con un chico para llenar el vacío de su vida. El chico era inseguro, estaba trastornado y la amaba solo de la manera que puede hacerlo alguien que se odia a sí mismo. Más tarde, ese chico salió del armario y empezó a hacer porno gay, para bochorno de mamá.

Al final, un día de San Valentín, papá estaba rodando una película en Estados

Unidos y contrató a mamá para que trabajara con él. Mientras ella estaba sentada en la silla de la maquilladora, papá le regaló una rosa con un tapón anal dentro del envoltorio. Todo muy romántico, por supuesto. La escena fue electrizante. Mamá le pidió a papá que pasara la noche con ella, y él accedió. A partir de ese día, estuvieron juntos hasta que él tuvo que regresar a España. Y cuando se marchó, mami lo siguió. Estuvieron viajando de un país a otro hasta que se casaron y papi pudo quedarse con mamá en Estados Unidos para siempre.

Así que ¿ves? Si mamá no hubiera enseñado nunca sus partes íntimas en internet, jamás habría conseguido el regalo más importante de su vida: tú.

Espero que veas lo feliz que soy con todas las decisiones que he tomado en mi vida, y que entiendas por qué vivir mis sueños, sin importar cuáles fueran, fue absolutamente decisivo para crear tu vida. Espero no haberte causado mucho dolor, y si lo he hecho, espero que puedas perdonarme. Por último, espero haber sido el tipo de madre que ha aceptado y amado sin condiciones cada pedazo del milagro que eres.

Con amor,

TU MADRE

18
UNO

Me bajé del autobús. Había sido un viaje de tres horas, y los últimos veinte minutos, en los que por fin había conseguido dormirme, me habían dejado atontada. Miré a mi alrededor, pero no vi ni a Travis ni a Gina. Hacía un frío de la hostia, más frío incluso que en Nueva York. Aquel lugar gris, vacío y silencioso estaba sin duda en medio de ninguna parte. Había una única tienda de donuts, un aparcamiento, y nada más a la vista. Aparte del motor de algún que otro coche que pasaba cerca, solo se oía el ruido del viento. Me pareció el tipo de lugar donde podía haber un montón de tíos llamados Don. Casi nadie se había bajado en aquella parada conmigo.

Justo cuando me decidí a sentarme en el banco, Travis se acercó a mí. Solo lo había visto unas cuantas veces, pero no fue difícil distinguirlo: pelo rubio platino y una ropa que después reconocería como el típico atuendo porno, consistente en una camiseta estilo Affliction, unos vaqueros Ed Hardy y bisutería llamativa.

—Gina está en el coche —dijo con una sonrisa mientras caminábamos hacia el aparcamiento—. ¿Estás nerviosa?

—Creo que no —respondí después de pensármelo un rato.

Por desagradable que pueda parecerle al resto del mundo, había fantaseado durante bastante tiempo con la idea de hacer pública mi vida sexual. De la misma forma que otras mujeres de mi edad estaban programadas para desear un niño, yo sentía que el porno era algo que necesitaba hacer. Sabía que no sería feliz si no hacía la prueba; sabía que, si no lo intentaba, siempre miraría atrás y me arrepentiría.

En casa, en el Lower East Side de Manhattan, me esperaban el chico con el que estaba saliendo, Evan, y nuestros compañeros de piso, Peter y Stephen, que eran pareja. No tenía muy claro si esa seguiría siendo mi casa al final del día.

—Todo el mundo en el porno tiene herpes —argumentaba Evan.

—Será porque merece la pena —replicaba yo, testaruda.

Me senté en el asiento de atrás y Gina se dio la vuelta. Hablamos de cómo nos habían ido las cosas y cuáles eran las novedades... que, en mi caso, podían reducirse a nada. Menos de un año antes, había vuelto a mudarme a Nueva York desde Florida y había permanecido sentada en el sofá desde entonces. Antes de mudarme había dejado por completo el Oxy y el tabaco, pero no se lo mencioné. Gina me habló de los premios que habían ganado Travis y ella en el certamen de la AVN un par de meses antes.

Cuando llegamos a la casa, el maquillador ya estaba allí. Dejé mi bolsa de deporte en el suelo y rellené algunos documentos antes de sentarme en su silla. Aunque había utilizado mi verdadero nombre, me resultó extraño escribir mi nombre porno al completo por primera vez. Eché un vistazo por encima del hombro mientras lo escribía, como si en algún momento alguien pudiera ver lo que había escrito y decirme: «Esa no eres tú».

—¿Cómo quieres que te maquille? —me preguntó el maquillador mientras me sentaba frente a él. Me encogí de hombros con una sonrisa. No lo sabía.

Al final no me gustó nada su forma de maquillarme. Cuando entré en el baño, me quedé espantada al ver mi reflejo. Fui a toda prisa a buscar mi bolsa de maquillaje y lo arreglé a mi gusto. Ese día, más que ningún otro, quería sentirme yo misma.

Me vistieron con un biquini azul de lunares blancos y posé para las fotos de la cubierta en una otomana situada dentro de una sala blanca con una alfombra raída. A la parte de las fotos estaba acostumbrada (lo había hecho ya muchas veces para el programa de radio y para mi página web); habría podido hacerla colocada hasta las trancas y medio dormida. A decir verdad, ya había pasado.

La primera posición que grabamos fue la de la chica encima. Hasta ese instante, había pensado que me sentiría nerviosa. Angustiada. Hasta el último segundo, creí que me cuestionaría por un momento lo que estaba haciendo. Me había imaginado a mí misma pensando «Allá vamos» antes de respirar hondo y ponerme manos a la obra.

No sentí ni pensé ninguna de esas cosas. Me sentí poderosa. Invencible. Fui consciente en todo momento de dónde estaba la cámara, y del hecho de que todos los hombres que me rodeaban me estaban mirando. Eso me animó como ninguna otra cosa me había animado en mi vida. Era un subidón nuevo, y sabía que me había enganchado. En muchos sentidos, fue el mejor sexo que había tenido hasta

ese momento.

Me dio la impresión de que nunca antes había estado cachonda de verdad. Siempre había sentido curiosidad, excitación, ganas de practicar sexo. Pero aquello era diferente. Me sentía como si hubiera un foco de luz concentrado en mí que ensalzara todos mis movimientos. Me sentí más sexy que en toda mi vida. Pensé en la gente que me vería con sus amigos. En los que me mirarían avergonzados. En los que me mirarían mientras se follaban a su pareja. En los que me mirarían durante horas mientras se masturbaban delante del monitor del ordenador, con su pareja dormida en la planta de arriba. Mientras pasábamos de una posición a otra, me sentí segura y convencida de lo que estaba haciendo. Estaba impaciente por terminar para poder recordar cada maravilloso segundo.

Nunca había sentido tanta atención. Nunca me había sentido tan deseada.

Exhausta, me quedé frita en el autobús de camino a casa mientras pensaba en cómo sería mi nueva vida. Me acostaría con los tíos que mejor follaban de todo el país. Hombres de todo el mundo se harían pajas mirándome. Había dado el primer paso. Eso era lo que quería hacer a partir de ese momento. Por primera vez, contemplaba con entusiasmo el resto de mi vida.

Cuando desperté ya habíamos llegado a Port Authority. Me bajé del autobús por segunda vez ese día y, como un robot, caminé hacia el tren A del centro que me llevaría a casa de mis padres. No volvería con Evan esa noche; él solo intentaría convencerme de que lo dejara, y ya había tomado una decisión. Sonreí para mis adentros mientras pensaba: «Habría sido una chica estupenda si no tuviera el impulso de practicar sexo delante del mundo integrado en mi propio ser».

Cuatro días después volé a Los Ángeles.

Y comenzó el viaje.

Agradecimientos

En primer lugar, a Morgan Entrekin, Peter Blackstock y todo el mundo de Grove/Atlantic: gracias por darme esta oportunidad única en la vida. No podría estar más orgullosa de formar parte de vuestra plantilla.

A Toni, mi marido. Gracias por amarme, por soportarme y por apoyarme. Gracias por no cotillear en mi ordenador mientras escribía esto. Y, si lo hiciste, gracias por ocultarlo tan bien.

A Mark Spiegler, mi agente porno y mi mejor amigo. En una página no caben suficientes palabras para expresar lo agradecida que estoy por tu existencia.

A Dave Choe, mi hermano/primo/tío de la esposa de la abuela de la hija de mi sobrina con dos generaciones de diferencia. ¿Qué le vamos a decir a la gente ahora? Gracias por la preciosa cubierta. Eres el mejor artista del mundo.

Por último, aunque no menos importante, a Mark Gerald: mi agente literario, también conocido como el «chulo de maleta literario». Sin ti, este proyecto ni siquiera habría empezado. Gracias por creer en mí, por guiarme, por darme seguridad y, sobre todo, por inspirarme.

Sin todos vosotros, esto no habría sido posible. Os lo agradezco desde lo más hondo de mi ~~vagina~~ corazón.

Asa Akira (Nueva York, 1986) es una actriz de cine para adultos y modelo estadounidense de origen japonés. Ha rodado más de trescientas películas y ha sido galardonada con los principales premios del cine erótico: los AVN, los XRCO, los XBIZ, los AEBN VOD y los Urban X, convirtiéndose en una de las más conocidas y deseadas actrices de la industria.

Solo para adultos es su aclamado debut literario.

Título original: *Insatiable*

Edición en formato digital: junio de 2014

© 2014, Asa Akira

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2014, Concepción Rodríguez González, por la traducción

© Alexey Podoba. La editorial no ha podido contactar con el autor o propietario de la imagen de cubierta, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Fotografía de la cubierta: © Alexey Podoba. Todos los derechos reservados

www.megustaleer.com

Índice

Solo para adultos

Nota de la autora

1. La escena perfecta

2. De putas

Carta a mamá

Haiku

3. Envidia de pene

4. Suite Cascanueces

5. Mentirosa, mentirosa

Haiku

6. Crimen y castigo

7. El arte de la mamada en grupo

8. Chicas

Haiku

9. Florida

Mierdas que dicen los actores porno

10. Nada de sexo en la Sala Champán

Haiku

11. Gloria

12. La regla del dos

Haiku

13. Dando las gracias

Haiku

14. Craigslist

14 (y medio). Dee

Diario, 2012-2013

15. El otro lado

Una carta de ruptura

Haiku

16. Porno alimenticio

17. Nervios

Carta a mi futuro hijo

18. Uno

Agradecimientos

Biografía

Créditos